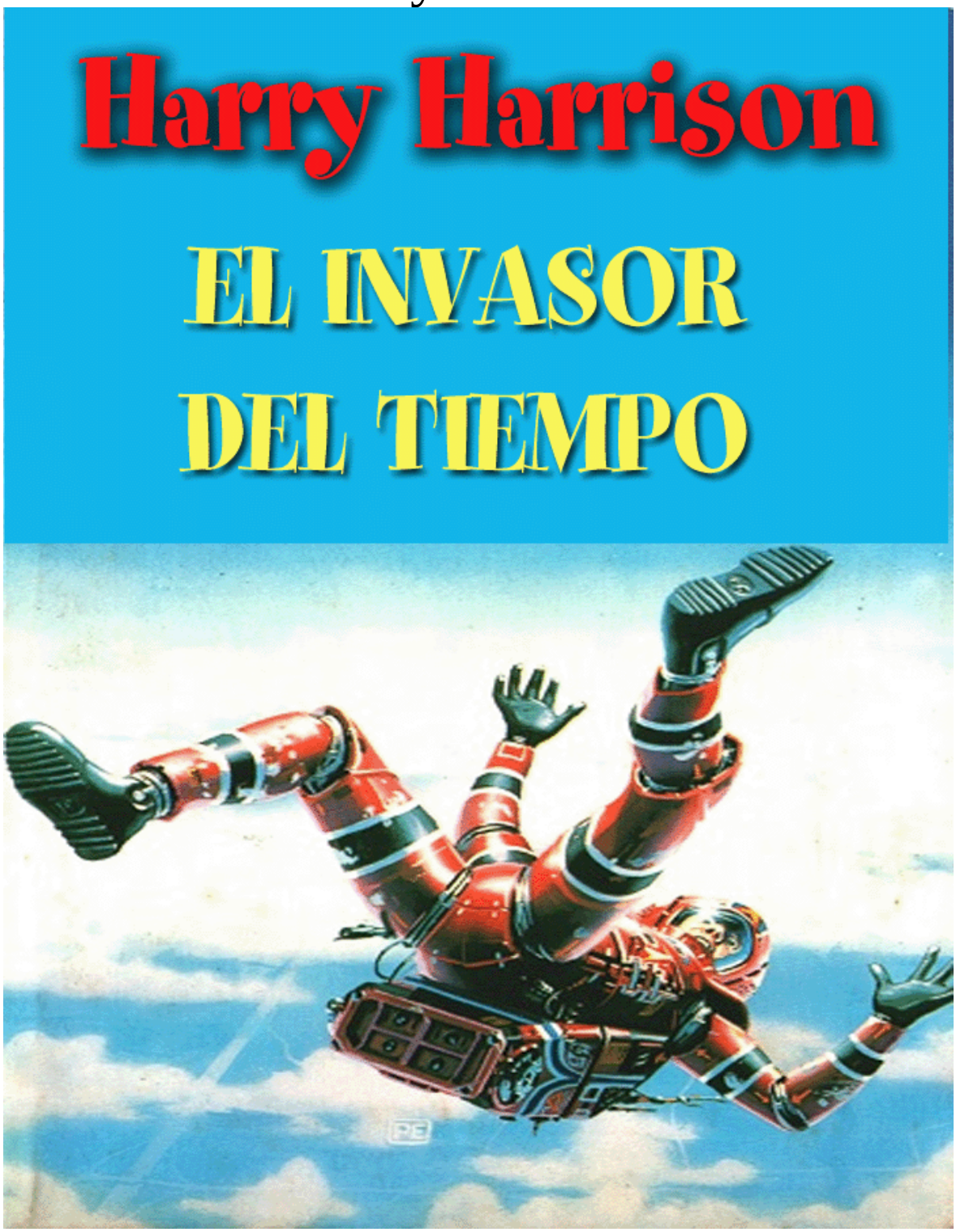
El Invasor Del Tiempo
Harry Harrison



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

-Eres un bribón, James Bolívar diGriz -dijo Inskipp, emitiendo sonidos inarticulados desde el fondo de su garganta, al tiempo que agitaba amenazadoramente la pila de papeles en dirección a mí. Me apoyé contra la biblioteca de su despacho, con aire de horrorizada sinceridad.

-Soy inocente -dije, sollozando-. Víctima de una campaña de arteras calumnias. -Tenía su caja de cigarros a la altura de mi espalda y, simplemente al tacto ya que soy muy bueno en estas lides, tanteé la cerradura.

-Defraudación, estafa y otras cosas peores. Siguen llegando los informes. Has traicionado a tu propia organización, a tu División Especial, a tus compañeros...

-¡Jamás! -exclamé, maniobrando con la ganzúa.

-¡Por algo te llaman Jim el Escurridizo!

-Eso es un error, un sobrenombre infantil. De niño, me escurría de las manos de mi madre cuando me enjabonaba en el baño. -Se abrió la cigarrera y sentí en la nariz el impacto del aroma del tabaco.

-¿Sabes cuánto has robado? -Su rostro estaba colorado y comenzaban a saltársele los ojos de una manera sumamente desagradable.

-¿Yo? ¿Robar? ¡antes prefiero morir! -declamé con aire patético mientras extraía un puñado de cigarros increíblemente costosos, reservados para las visitas muy importantes. Les daría un uso mucho más apropiado fumándolos yo. Debo reconocer que mi atención se centraba más en el tabaco hurtado que en las tediosas quejas de Inskipp, de modo que al principio no noté el cambio en su voz. De pronto caí en la cuenta de que casi no podía escuchar lo que decía. No es que me importara mucho, de todos modos. No daba la impresión de hablar en sueños. Más bien parecía tener una perilla de volumen en la garganta y haberla bajado de golpe.

-Hable más fuerte, Inskipp -dije, en tono firme-. ¿O es que de repente le entró la culpa por hacer acusaciones falsas?

Me alejé de la biblioteca girando a medias a medida que me adelantaba para disimular el hecho de estar colocando en el bolsillo esos exóticos y valiosos cigarros. Él siguió parloteando con voz débil, ignorándome y agitando los papeles, pero ahora silenciosamente.

-¿No se siente bien? -le pregunté, con un cierto grado de verdadera preocupación porque comenzaba a sentirlo muy distante. No dio vuelta la cabeza para mirarme cuando me moví; en cambio, siguió con la vista fija en el lugar que yo había ocupado, hablando con voz inaudible. Estaba pálido. Parpadeé y miré de nuevo.

No pálido, sino transparente.

El respaldo de la silla se hacía claramente visible a través de su cabeza.

-¡Basta ya! -grité, pero él no dio muestras de escuchar-. ¿Qué clase de juego es éste? ¿Acaso una proyección tridimensional para embromarme? ¡No se tome la molestia! ¡A Jim el Escurridizo no se le embroma así no más!

Crucé rápidamente la habitación, extendí una mano y le metí el dedo índice en la frente Entró -con escasa resistencia-, y a él pareció no importarle en lo más mínimo. Pero cuando lo retiré, se oyó un leve chasquido y él desapareció por completo. Al carecer de apoyo, la pila de papeles cayó sobre el escritorio.

-¡Ajum! -gruñí, o algo igualmente incomprensible. Me incliné para buscar mecanismos escondidos debajo de la silla cuando un fuerte ruido me indicó que habían derribado la puerta de la oficina.

Bueno, esto sí podía entenderlo. Giré en redondo, aún agachado, y me apronté para recibir al primer hombre en cuanto traspuso la puerta. Le di un golpe con el canto de la

mano en la garganta, justo debajo de la máscara de gas. Gorgoteó y se desplomó. Pero venían muchos más detrás de él, con máscaras y guardapolvos blancos. Traían pequeños bultos negros en la espalda, y llegaban amenazando con los puños o portando improvisadas cachiporras. Todo era insólito. La superioridad numérica me obligó a retroceder. No obstante, bajé a uno de una patada en el mentón, y a otro, de una trompada en el plexo solar. En seguida me encontré con los hombros contra la pared, y comenzaron a arremolinarse sobre mí. De un puñetazo en la nuca aplasté a uno que cayó y se esfumó antes de llegar al piso.

Fue muy interesante. Los hombres que había dentro de la habitación empezaron a disminuir rápidamente a medida que se evaporaban algunos de los que yo agredía. Esto me hubiera venido muy bien para superar la desigualdad, a no ser porque seguían apareciendo más hombres en la misma proporción. Traté de llegar a la puerta. No tuve éxito, y fue entonces cuando me dieron un cachiporrazo en la cabeza que me revolvió los sesos.

A partir de ese momento, fue como intentar pelear en cámara lenta debajo del agua. Herí a varios más, pero ya no me esforzaba mucho. Me sujetaron de brazos y piernas y me sacaron arrastrando de la habitación. Me retorcí bastante y los insulté en una media docena de idiomas con fluidez, pero con esto logré los resultados que usted se imagina. Me sacaron apresuradamente del cuarto, por el pasillo, hasta el ascensor. Uno de ellos sostenía un recipiente de lata. Traté de desviar la cabeza, pero el chorro de gas me dio de lleno en la cara.

No sentí ningún efecto, aunque sí me encolericé más. Pateaba, hacía chasquear los dientes, profería insultos. Los enmascarados me respondían mascullando irritados, y sólo conseguían aumentar mi furia. Cuando llegamos al lugar de destino yo estaba dispuesto a matar -cosa que por lo general no me resulta fácil hacer-, y por cierto que lo habría hecho si no me hubieran amarrado, a una complicada silla eléctrica, donde me aplicaron electrodos en las muñecas y los tobillos.

-¡Díganles que Jim diGriz murió como un hombre, hijos de puta! -grité, echando espuma. Me calzaron un casco de metal en la cabeza, y justo antes de que me cubriera la cara, alcancé a exclamar-: ¡Viva la División Especial! ¡Viva...!

Descendió la oscuridad. Supe que sería inminente la muerte, la electrocución, la destrucción cerebral o algo peor.

Pero no ocurrió nada. Volvieron a levantar el casco, y uno de mis atacantes me echó otro chorro de gas en la cara. Sentí que la furia arrolladora desaparecía tan pronto como se había apoderado de mí. Parpadeé impresionado y noté que me desataban brazos y piernas. También comprobé que ahora la mayoría se había quitado la máscara, y reconocí que eran los técnicos y científicos de la División que siempre andan por este laboratorio.

-¿Alguien me podría decir qué diablos pasa aquí?

-Antes permítame arreglar esto -respondió uno de ellos, un hombre canoso, de dientes salidos como viejas lápidas amarillentas asomando entre sus labios. Colgó de mi hombro una de las cajas negras y de allí sacó un trozo de cable que tenía un botón metálico en el extremo. Colocó el botón contra mi nuca y quedó adherido.

-Usted es el profesor Coypu, ¿verdad?

-Efectivamente. -Los dientes subían y bajaban como teclas de piano.

-¿Le parece muy grosero de mi parte que le pida una explicación?

-De ninguna manera. Es muy natural, dadas las circunstancias. Lamento muchísimo haber tenido que tratarlo con dureza. Era el único modo. Teníamos que hacerle perder el equilibrio, enfurecerlo. La mente enojada existe por sí misma y puede sobrevivir por sí misma. Si hubiéramos tratado de persuadirlo, de anticiparle el problema, habríamos visto frustrado nuestro objetivo. Por eso debimos atacar. Suministrarle el gas de la ira, y

respirarlo nosotros también. No quedaba otro remedio. ¡Caramba! Se nos va Magistero. El gas se está volviendo más poderoso incluso aquí.

Uno de los hombres de guardapolvo blanco cobró brillo y se hizo transparente. Luego, desapareció.

-Inskipp se esfumó así -dije.

-Claro. Fue el primero en irse.

-¿Por qué? -pregunté, con una sonrisa afectuosa, pensando que ésta era la conversación más idiota que jamás había mantenido.

-Están persiguiendo a la División, y primero eligen a la gente más valiosa.

-¿Quiénes?

-No sé.

Oí que mis dientes rechinaban, pero logré conservar la calma.

-¿Tendría la amabilidad de explicarme mejor o buscar a alguien que me aclare esto con más detalles?

-Perdón. La culpa es mía solamente. -Se enjugó unas gotas de sudor de la frente, y con la lengua se humedeció los bordes de los dientes-. Todo ocurrió tan rápido... Medidas de emergencia, todo. Supongo que podría llamárselo tiempo de guerra. Alguien, en algún lugar, en algún momento, está entremetiéndose con el tiempo. Como es natural, tuvieron que elegir la División Especial como primer objetivo, cualesquiera sean las otras ambiciones que puedan tener. Dado que la División es el organismo custodio de la ley más efectivo, el más difundido en un ámbito supranacional e interplanetario en la historia de la galaxia, automáticamente nos convertirnos en el principal obstáculo en su camino. En cualquier ambicioso plan de alteración del tiempo, tarde o temprano hay que chocar con la División. Por tanto, eligieron hacerlo lo antes posible. Si logran eliminar a Inskipp y a los otros hombres de mayor importancia, disminuirá la probabilidad de existencia de la División y todos nos esfumaremos, como acaba de hacerlo el pobre Magistero.

Pestañeé rápidamente.

-¿Podríamos tomar algo que sirva para estimular mis pensamientos?

-Magnífica idea. Yo lo acompaño.

Sirvió del botellón un espantoso líquido verde, pero yo pedí una «pantera siria, dulce» que tomé casi de un solo trago. Esta bebida tremenda -cuya venta está prohibida en casi todos los mundos civilizados por sus horrorosos efectos posteriores- me hizo muchísimo bien en este momento. Terminé la copa, y un súbito recuerdo emergió de la enmarañada confusión de mi subconsciente.

-Dígame si estoy equivocado, pero ¿no lo escuché una vez disertar sobre la imposibilidad de viajar a través del tiempo?

-Desde luego; es mi especialidad. Tal vez podría decir que eso era una cortina de humo. Aquí ha existido el viaje a través del tiempo durante muchos años, pero tenemos miedo de usarlo. Altera el curso del tiempo y trae ese tipo de problemas. Exactamente lo que está ocurriendo ahora. Pero hemos tenido un proyecto constante de investigación del tiempo, y por eso fue que supimos lo que estaba sucediendo casi desde el momento en que todo esto comenzó. Sonaban las alarmas y no había tiempo de advertir a nadie, aunque las advertencias no habrían servido de nada. Fuimos conscientes de nuestro deber y del hecho de ser los únicos que podíamos hacer algo al respecto. Instalamos un fijador de tiempo alrededor de este laboratorio; luego fabricamos un modelo portátil más pequeño, como el que usted tiene puesto ahora.

-¿Para qué sirve? -pregunté, tocando con gran respeto el disco de metal adherido a mi nuca.

-Posee una grabación de su memoria que sigue alimentando a su cerebro cada tres milésimos de segundo. Le dice quien es usted, rehace cualquier cambio de personalidad

que le puedan haber producido las alteraciones de tiempo. Es un mecanismo puramente defensivo, pero es lo único que tenemos. -Por el rabillo del ojo vi que otro hombre desaparecía. La voz del profesor se hizo implacable-. Debernos atacar si queremos salvar a la División.

-¿Atacar? ¿Cómo?

-Mandar a alguien que retroceda en el tiempo para descubrir las fuerzas que han arremetido contra nuestra época y destruirlas antes de que nos destruyan. Tenemos una máquina.

-Me ofrezco como voluntario. Es el tipo de trabajo que sé hacer.

-No hay modo de regresar. Se trata de una misión sin retorno.

-Retiro mi ofrecimiento. Me gusta este lugar. -Un súbito recuerdo- sin duda restituido tres milésimos de segundo antes -se apoderó de mí, y un aguijonazo de miedo inyectó una cantidad de interesantes sustancias químicas en mi sangre.

-¡Angelina, mi Angelina! Debo hablar con ella...

-¡Ella no es la única!

-La única para mi, profesor. Hágase a un lado o lo piso.

Dio un paso hacia atrás, con el ceño fruncido, refunfuñando, mientras se golpeaba los dientes con las uñas. Marqué el código en el teléfono. La pantalla zumbó dos veces y los segundos transcurrieron lentamente como caracoles de plomo, hasta que ella respondió.

-¡Estás ahí! -musité.

-¿Dónde creías que podía estar? -Una expresión ceñuda se pintó en sus perfectas facciones, y olfateó, como queriendo aspirar el olor a alcohol de la pantalla-. Estuviste bebiendo temprano.

-Un traguito, nada más, pero no es por eso que te he llamado. ¿Cómo estás? Se te ve muy bien, fantástica, y no transparente.

-¿Un traguito? Parecería que una botella. -Su voz se enfrió, y noté en ella rastros de la antigua Angelina, la de antes de regenerarse, la pilla más despiadada de la galaxia antes de que los médicos de la División le enderezaran los nudos del cerebro-. Te sugiero que cuelgues. Tómate una píldora para mejorarse y llámame cuando vuelvas a estar sobrio. -Extendió una mano para alcanzar el botón del interruptor.

-¡No lo hagas! Estoy totalmente lúcido; ojalá no lo estuviera. Esta es una emergencia, prioridad máxima. Ven para aquí de inmediato y trae a los mellizos.

-Desde luego. -Se puso de pie en seguida, lista para partir-. ¿Dónde estás?

-¡Rápido, la ubicación de este laboratorio! -dije, dirigiéndome al profesor Coypu.

-Piso 112. Habitación 30.

-¿Oíste? -dije, volviendo a dirigirme a la pantalla.

Pero la hallé en blanco.

-Angelina...

Corté y conecté su código en las teclas. La pantalla se encendió. Leí el mensaje: «Este es un número desconectado». Corrí hacia la puerta. Alguien me tomó del hombro, pero yo me desprendí de él, llegué hasta la puerta y la abrí de golpe.

No había nada afuera. Una nada sin forma, sin color, que me produjo un extraño efecto en el cerebro al mirarla. Luego me sacaron la mano de la puerta, y la cerraron. Coypu apoyó la espalda contra ella respirando con dificultad, las facciones contraídas por las mismas sensaciones innombrables que yo había experimentado.

-Desapareció -dijo con voz ronca-. El pasillo, la estación, los edificios, todo. Todo se esfumó. Solo queda el laboratorio, amarrado aquí por el fijador de tiempo. La División Especial ya no existe; en la galaxia nadie tiene ni un recuerdo de nosotros. Cuando el fijador de tiempo desaparezca, también desapareceremos nosotros.

-¿Dónde está Angelina? ¿Dónde están todos?

-Nunca nacieron. Nunca existieron.

-Pero yo la recuerdo, a ella y a todos.

-Con ello contamos. Mientras haya una persona con vida que recuerde a los de la División, tenemos una posibilidad microscópica de una eventual supervivencia. Alguien debe detener el ataque del tiempo. Si no por la División, por el bien de la humanidad. La historia está volviendo a escribirse, pero no para siempre, si podemos contraatacar.

»Un viaje sin retorno de regreso a una época de un mundo extraño, en un tiempo extraño. El que lo emprendiera sería el hombre más solo, viviría miles de años antes que su gente, sus amigos, antes incluso de haber nacido.

-Prepárense -dije-. Iré.

2

-Primero debemos averiguar a dónde irá. Y cuándo.

El profesor Coypu cruzó tambaleante el laboratorio. Yo lo seguí, casi en las mismas condiciones. El mascullaba mientras se iban plegando y apilando en el suelo las hojas que arrojaba la computadora.

-Tiene que ser exacto, muy exacto -dijo-. Hemos hecho un sondeo regresivo del tiempo siguiendo las huellas de estas alteraciones. Encontramos el planeta en particular. Ahora debemos volver el tiempo a cero. Si usted llega tarde, quizás ellos ya hayan terminado su tarea. Si llega con anticipación, puede morirse de viejo antes de que nazcan los enemigos.

-Me parece espléndido. ¿De qué planeta se trata?

-Tiene un nombre extraño. Le dicen Polvo, o Tierra, o algo por el estilo. Se supone que es la cuna legendaria de toda la humanidad.

-¿Otro más? Nunca oí hablar de él.

-No tiene por qué haberlo hecho. Explotó en una guerra atómica hace miles de años. Aquí está. Tenemos que hacerlo retroceder treinta y dos mil quinientos noventa y tres años. No podemos garantizarle que no haya una diferencia de más o menos tres meses, desde esta distancia.

-No creo que me dé cuenta. ¿Qué año sería?

-Bueno, antes de nuestro actual calendario. Creo que será el año 1975, según el sistema primitivo de los aborígenes de esa época.

-No serán tan aborígenes si se entremeten con los viajes a través del tiempo.

-Quizás no todos ellos. Hay posibilidades de que las personas que usted va a buscar estén operando en ese período.

-¿Y cómo hago para encontrarlos?

-Con esto. -Uno de los ayudantes me entregó una cajita negra con diales y botones en la parte superior, y una protuberancia transparente que contenía una aguja que se movía libremente. La aguja vibraba como un perro de caza, y seguía marcando la misma dirección, por más que yo agitara la caja.

-Es un detector de generadores de energía temporal -dio Coypu-. Una versión portátil y menos sensible de nuestras máquinas más grandes. En este momento está señalando hacia nuestras hélices de tiempo. Cuando regrese a Polvo, lo utilizará para descubrir a la gente que busca. Este otro dial es para la fuerza del campo, y le dará un calculo aproximado de la distancia que hay hasta la fuente de energía.

Miré la caja y experimenté el primer borbotón de una idea.

-Si puedo llevar esto, también puedo llevar otros equipos, ¿verdad?

-Correcto. Objetos pequeños que puedan adherirse a su cuerpo. El campo de tiempo genera una carga de superficie parecida a la electricidad estática.

-Entonces, llevaré todo el armamento posean en el laboratorio.

-No hay mucho. Quedan sólo las armas más pequeñas.

-En tal caso, me fabricaré algunas. ¿Hay aquí algún experto en armas?

Paseó la vista a su alrededor y pensó.

-El viejo Jarl trabajó en la sección armas. Pero no hay tiempo de fabricar nada.

-No es eso lo que tenía en mente. Díganle que venga.

El viejo Jarl se había hecho recientemente los tratamientos de rejuvenecimiento, de modo que parecía un veinteañero con una suspicaz expresión de anciano en los ojos.

-Quiero esa caja -dije, señalando la unidad de memoria que portaba en la espalda. Gimió como potrillo espoleado y se alejó, apretando el dispositivo.

-¡Es mío, mío! No se lo puede llevar. Es injusto incluso que me lo pida. Sin él, desapareceré. -Lágrimas de senil autocompasión inundaron sus ojos jóvenes.

-¡Contrólese, Jarl! Yo no quiero hacerlo desaparecer. Sólo necesito un duplicado de la caja. Póngase a trabajar.

Se alejó arrastrando los pies, hablando solo entre dientes. Los técnicos se me acercaron.

-No entiendo -dijo Coypu.

-Es muy simple. Si voy a perseguir a una gran organización, puedo necesitar armas pesadas caso en el cual conectaré al viejo Jarl en mi cerebro y utilizaré sus recuerdos para fabricarlas.

-Pero... él será usted, se apoderará de su cuerpo. Nunca se ha hecho.

-Se está haciendo en este preciso momento. A grandes males, grandes remedios. Lo cual me recuerda otro aspecto importante. Usted dijo que sería un viaje de ida a través del tiempo, que no podría regresar.

-Sí. La hélice del tiempo lo lanzará al pasado, pero no habrá hélice que lo haga retornar.

-Y si construyo una allí, ¿podría regresar?

-Teóricamente, sí. Nunca se ha intentado. No podrá conseguir entre los habitantes primitivos muchos de los materiales y equipos necesarios.

-Pero si contara con los materiales, podría fabricar una hélice de tiempo. ¿Quién cree usted que podría construirla?

-Solamente yo. Yo mismo diseñé y construí la hélice.

-Muy bien. Quiero su caja de memoria, también. Controle que los muchachos pinten sus nombres en la parte exterior, así no conecto un especialista equivocado.

Los técnicos asieron al profesor.

-¡El fijador de tiempo está perdiendo su poder! -gritó uno de los ingenieros, con una voz cada vez más patética-. Cuando baje el campo, moriremos. Nunca habremos existido. No puede ser... -Chillaba. Luego, cayó de bruces, al tiempo que uno de sus compañeros le aplicaba un chorro de gas para ponerlo fuera de combate.

-¡Apúrense! -exclamó el profesor Coypu-. ¡Lleven a diGriz a la hélice! ¡Prepárenlo!

Me agarraron y me introdujeron en la habitación contigua, mientras se gritaban instrucciones unos a otros. Casi me tiran cuando dos de los técnicos se esfumaron a un mismo tiempo.

La mayoría de las voces denotaba histeria. Era lógico, ya que había llegado el fin del mundo. Algunas de las paredes más lejanas se veían borrosas, confusas. Sólo el entrenamiento y la experiencia impidieron que el pánico se apoderara también de mí. Finalmente tuve que alejarlos de un empujón del traje espacial de emergencia que intentaban colocarme, para poder prender yo mismo los broches. El profesor Coypu era el único que mantenía la serenidad en todo el grupo.

-Póngase el casco pero deje la placa de protección abierta hasta último momento. Así está bien. Aquí están las memorias. Creo que el bolsillo del pantalón es el lugar más

seguro. El paracaídas de gravedad, en su espalda. Supongo que sabrá manejarlo. Sobre su pecho, estas armas. El detector temporal aquí...

Esto prosiguió hasta que casi no pude tenerme en pie. No protesté.

-¡Una unidad idiomática! -grité-. ¿Cómo voy a hacer para hablar con la gente si no conozco su lengua?

-No tenemos una aquí -dijo Coypu, calzándome una hilera de recipientes de gas debajo del brazo-. Pero aquí tiene un memorigrama...

-Me hace doler la cabeza.

-...que puede utilizar para aprender el idioma local. En este bolsillo.

-¿Qué debo hacer? Aún no me lo ha explicado ¿Cómo llego?

-Muy alto. Es decir, en la estratosfera, así hay menos posibilidades de chocar con algo material. Nosotros nos encargamos de llevarlo. A partir de allí, seguirá por su cuenta.

-¡Desapareció el laboratorio del frente -gritó alguien, dejando de existir casi en el mismo instante.

-¡A la hélice de tiempo! -exclamó Coypu con voz ronca, y me arrastraron por la puerta.

Cada vez más despacio, a medida que los científicos y técnicos iban desapareciendo de la vista como globos pinchados. Hasta que sólo quedaron cuatro y, fuertemente pertrechado, caminé con pasos torpes, vacilantes.

-La hélice de tiempo -dijo Coypu, jadeante- es una raya, una columna de fuerza pura a la que se ha dado forma de espiral y puesto en tensión.

Era verde y brillaba. Y casi llenaba la habitación. Una luz centelleante, enroscada, del ancho de mi brazo. Me hizo acordar a algo.

-Es como un gran resorte.

-Sí, tal vez. Pero preferimos llamarla hélice de tiempo. La hemos retorcido... puesto en tensión. Calculamos cuidadosamente la fuerza. Usted será colocado en el extremo exterior y soltaremos el pestillo de contención. A medida que lo lance al pasado, la hélice se arrojará de vuelta hacia el futuro, donde las energías poco a poco se desvanecerán. Debe partir.

Quedábamos nada más que tres.

-No se olvide de mí -dijo el técnico moreno, bajito-. ¡No se olvide de Charlie Nate! En tanto usted me recuerde, yo nunca...

Coypu y yo quedamos solos. Las paredes desaparecían, el aire se iba oscureciendo.

-¡El borde! ¡Tóquelo! -exclamó. ¿Acaso su voz ya era más débil?

Caminé a los tumbos. Casi me caí sobre el extremo resplandeciente de la hélice, con los dedos extendidos. No experimenté ninguna sensación, pero al tocarlo, instantáneamente me vi rodeado por el mismo resplandor, que me impedía ver con claridad. El profesor estaba en la consola accionando los controles, tanteando en busca de un interruptor grande.

Apretándolo...

3

Todo se detuvo.

El profesor Coypu se quedó rígido, de pie frente a los controles, apretando con la mano el interruptor. Yo había quedado mirando en dirección a él; si no, no lo habría visto porque tenía la mirada fija hacia delante, mi cuerpo y mi mente vibraron de pánico y trataron de saltar dentro del esqueleto cuando caí en la cuenta de que había dejado de respirar. Advertí que tampoco me latía el corazón. Estaba seguro de que algo había andado mal, ya que la hélice de tiempo permanecía firmemente enroscada. Sentí más pánico silencioso en el momento en que Coypu se hizo transparente y, detrás de él, las paredes adquirieron un

tono brumoso. Todo se evaporaba ante mis ojos. ¿Sería yo el próximo? No había modo de saberlo.

Una parte primitiva de mi mente, la heredada del hombre mono, se asustó, gimió, echó a correr en círculos. Al mismo tiempo, sin embargo, sentí un frío desapasionamiento e interés. No cualquiera tenía el privilegio de presenciar la disolución de su mundo colgando de un campo de fuerza helicoidal capaz de lanzarlo de vuelta al pasado remoto. Era un privilegio que con gusto habría cedido a cualquier voluntario. No se presentó nadie, de modo que ahí me quedé suspendido, con los ojos muy abiertos, tieso como una estatua, al tiempo que el laboratorio se esfumaba y yo flotaba en el espacio interestelar. Aparentemente, aun el asteroide en el cual se había erigido la base de la División Especial ya no poseía ninguna realidad en este nuevo universo.

Algo se movió. Me sentí remolcado de una manera imposible de describir, arrastrado en una dirección que nunca supe que existiera. La hélice de tiempo empezaba a desenroscarse. O quizás lo hubiese estado haciendo desde un comienzo, y la alteración del tiempo me hubiese impedido darme cuenta de ello. Por cierto que algunas estrellas parecían moverse cada vez más rápido, hasta que formaron líneas borrosas. No era una visión reconfortante. Traté de cerrar los ojos pero la parálisis aún me inmovilizaba. Una estrella pasó súbitamente a mi lado bastante cerca como para verle el halo y dejó una imagen profunda en mi retina. Todo se desplazaba con suma rapidez a medida que se aceleraba la velocidad de mi tiempo. Por último, el espacio se convirtió en algo gris borroso, en tanto que el sucederse de las estrellas se hizo demasiado precipitado para poder distinguirlas. Esta confusión me produjo un efecto hipnótico -o mi mente se vio afectada por el paso del tiempo- porque mis pensamientos se embrollaron por completo, mientras yo me sumergía en un cuasi estado entre el sueño y la inconsciencia que duró mucho tiempo. O poco tiempo, no estoy bien seguro. Puede haber sido un instante o una eternidad. Quizás algún rincón de mi cerebro siguió consciente del lento paso de todos esos años, pero si fue así, no me interesa pensar en ello. La supervivencia ha sido siempre importante para mí, y sólo he recurrido a mí mismo en busca de ayuda. Hay más modos de fracasar que de tener éxito, de enloquecerse que de permanecer cuerdo, y en ese momento necesitaba todas mis energías mentales para hallar el rumbo adecuado. De manera que yo existía y permanecí relativamente cuerdo durante el loco viaje temporal, esperando que algo ocurriera. Luego de un inconmensurable período de tiempo, algo ocurrió.

Llegué. El final de la travesía fue más dramático que el comienzo, ya que todo sucedió de una sola vez.

Pude moverme de nuevo. Pude ver de nuevo -al principio la luz me encegueció-, y fui recuperando todas las sensaciones corporales que habían permanecido en suspenso durante tanto tiempo.

Además, me iba cayendo. Mi largamente paralizado estómago dio un vuelco. La adrenalina y sustancias similares que mi cerebro añoró segregar en la sangre durante los pasados 32.598 años -meses más, meses menos- comenzaron a fluir, y el corazón se puso a latir saludablemente. A medida que caía, me di vuelta y ya no vi el sol. Contemplé el cielo negro y las nubes sedosas allá abajo. ¿Esto era Polvo, la misteriosa cuna de la humanidad? No había manera de asegurarlo, pero aun así era un genuino placer estar en algún lugar, en algún momento, y que no se disolvieran las cosas a mi alrededor. Me pareció no haber perdido nada de mi equipo. Cuando toqué el control que llevaba en la muñeca, sentí un sacudón del paracaídas de gravedad que se acomodaba. Fantástico. Lo apagué y seguí descendiendo libremente hasta que percibí los primeros indicios de la delgada atmósfera que me tironeaban del traje. Cuando llegué a las nubes iba cayendo suavemente como una hoja, sumergiéndome con los pies en su mojado abrazo. Enceguecido, disminuí el ritmo del descenso y froté el líquido que se había condensado en la mirilla del traje espacial. Luego

emergí de las nubes. Puse el control en flotar y paseé lentamente la vista por este nuevo mundo, que quizás fuera la cuna de la raza humana, y por cierto mi hogar para siempre.

Las nubes pendían sobre mi, como un húmedo y suave cielorraso. Abajo había árboles y campiña a unos tres mil metros, pero los veía borrosos por la mirilla mojada. En algún momento tendría que probar la atmósfera. Esperando que mis remotos antepasados no respiraran metano, abrí la mirilla y olfateé el aire rápidamente.

No era malo. Algo frío a esta altura, aunque dulce y refrescante. Y no me mató. Levanté bien el visor, respiré hondo y contemplé el mundo a mis pies. Bastante agradable se veía desde allí. Onduladas colinas verdes cubiertas de árboles, lagos azules, caminos que cortaban por los valles, una especie de ciudad en el horizonte expidiendo nubes de contaminación. Por ahora, me mantendría lo más lejos posible de esto. Primero tendría que establecerme, conocer los alrededores...

El sonido golpeteaba en mi conciencia, un leve zumbido como el de un insecto. Pero no podía haber insectos a esta altura. Tarde o temprano habría pensado en ello si no hubiera estado prestando atención al paisaje de abajo. En el mismo instante me percaté de que el zumbido se convertía en rugido, y me di vuelta a mirar sobre el hombro. Me quedé boquiabierto. Al ver la aeronave globular sostenida por una arcaica ala giratoria. A través de los costados transparentes noté que un hombre me miraba azorado. Con un golpe puse el control de la muñeca en levantar, y volví a internarme en la nube protectora.

La cosa no había empezado muy bien. El piloto había podido verme claramente, aunque siempre existía la posibilidad de que desconfiara de lo que vio. No desconfió. Los equipos de transmisión de esta época debían ser muy sofisticados, al igual que su preparación militar o su paranoia, porque al cabo de unos minutos escuché el estruendo de unos poderosos jets allá abajo. Describieron círculos rugiendo, bramando, y uno de ellos llegó a lanzarse hacia arriba, atravesando las nubes. Capté una fugaz visión de una forma plateada semejante a una flecha. Luego desapareció. Las nubes se agitaron turbias detrás de la estela. Era el momento de partir. El control lateral del paracaídas de gravedad no es muy preciso, pero me deslicé bamboleante en medio de las nubes para poner la mayor distancia posible entre mí y esas máquinas. Cuando hubo pasado un rato sin escucharlas, me arriesgué a descender hasta debajo del nivel de las nubes. Nada. En ninguna dirección. Cerré la mirilla y corté la energía.

La caída libre no debe haberme insumido mucho tiempo, aunque me pareció mucho más. Me imaginaba a los detectores golpeteando, las computadoras procesando la información y apuntando dedos mecánicos, poderosos implementos de guerra avanzando en dirección a mí. A medida que descendía, rotaba con los ojos entornados, listos para el primer impacto visual del metal brilloso.

No ocurrió nada. Unos pájaros blancos grandes pasaron aleteando con agudos graznidos mientras yo caía. Divisé el espejo azul de un lago a lo lejos y, con un impulso de energía, me dirigí hacia allá. Si seguían persiguiéndome, podría sumergirme debajo de la superficie y escapar así del campo detector. Cuando hube pasado el nivel de las colinas y oí el ruido del agua desagradablemente cerca, accioné la potencia. Gemí estremecido y sentí que las correas se me incrustaban en la carne. El paracaídas de gravedad que llevaba en la espalda se recalentó, aunque yo empecé a transpirar por otro motivo. Me faltaba descender un largo trecho aún, caer al agua dura como el acero.

Cuando por fin me detuve, tenía los pies en el agua. Bastante bueno el aterrizaje. Aún no había huellas de persecución en el momento en que me elevé un poco sobre la superficie y floté en dirección al gris acantilado que caía directamente en el lago, en el extremo más alejado. Me agradó el olor del aire al volver a abrir la mirilla. Reinaba un silencio absoluto. No había voces ni ruidos de máquinas. Ni rastros de vida humana. Me acerqué a la costa y escuché el rumor del viento entre las hojas pero eso fue todo.

Necesitaba un hueco donde esconderme hasta tanto arribaran mis pertenencias, y este lugar me pareció adecuado. El acantilado gris resultó ser una muralla de roca sólida, alta e inaccesible. Volé bordeando la ladera hasta que encontré un reborde lo suficientemente pronunciado como para sentarme, y allí me senté. Me gustó.

-Hace mucho tiempo que no me oigo -dije en voz alta, feliz de escuchar mi voz. «Sí». me espetó mi malicioso subconsciente, «unos treinta y tres mil años». Me volvió la depresión y añoré poder tomar algo. Pero ésa era la provisión fundamental que había olvidado de traer, error que debería corregir de inmediato. Al haber desconectado la energía, el traje espacial comenzó a calentarse bajo el sol, de modo que me lo saqué y puse todos los elementos del equipo contra la roca, lejos de la orilla.

¿Y ahora, qué? Sentí que algo me crujía en el bolsillo, y extraje un manojo de costosos cigarros, espantosamente deshechos. Una tragedia. Por milagro uno se conservaba intacto, así que le corté el borde para encenderlo e inspiré profundamente. ¡Maravilloso! Fumé un ratito sentado, con las piernas colgando de la cornisa y conseguí levantarme el ánimo hasta su alto nivel habitual. Apareció un pez en la superficie del lago y volvió a sumergirse chapoteando. Unos pajarillos se regodeaban en los árboles. Pensé en lo que debía hacer a continuación. Necesitaba un refugio, pero cuanto más me movilizara para hallarlo, más posibilidades había de que me descubrieran. ¿Por qué no me podía quedar ahí mismo?

Entre la variedad de porquerías con que me habían revestido a último momento, estaba una herramienta de laboratorio llamada masificador. Yo había protestado, pero no obstante me lo colgaron de la cintura. Lo saqué para estudiarlo. El mango que contenía el generador de energía era un cuerpo abultado, que se afinaba hasta terminar en punta. El extremo generaba un campo que poseía la interesante habilidad de poder concentrar casi todas las formas de materia incrementando la energía aglutinante de las moléculas. Esto las aplastaría en un espacio más reducido, aunque desde luego tendrían la misma masa. Algunas cosas, según el material y la energía utilizados podrían comprimirse a la mitad de su tamaño original.

Del otro lado, la plataforma se estrechaba hasta desaparecer. La recorrí caminando. Apoyé la punta de la herramienta sobre la superficie de piedra gris y pulsé el botón. Se produjo una profunda grieta cuando un trozo de roca comprimida, del tamaño de una mano, cayó desde la ladera del acantilado. Era pesado, más similar al plomo que a la roca. Lo arrojé al lago, aumenté la cantidad de energía y me puse a trabajar.

Una vez que le tomé la mano, todo anduvo muy rápido. Noté que podía generar un campo casi esférico que haría desprender una bola sólida de piedra comprimida, del tamaño de mi cabeza. Luego de forcejear para empujar dos de estos pesos pesados por la cornisa -casi me arrastran a mí- seguí trabajando en ángulo, cortando la roca sobre el declive. Las esferas se desprendían, rodaban por la pendiente y caían desde el borde, hundiéndose ruidosamente en el agua, allá abajo. De tanto en tanto me detenía, escuchaba y miraba. Seguía solo. El sol ya estaba cerca del horizonte cuando terminé una linda cuevita en la ladera de la roca, que me albergaría a mí y a todos mis pertrechos. Ansiaba meterme en esa caverna de animal Cosa que hice, luego de un corto viejecito flotando hasta el lago, para traer agua. Los alimentos concentrados no tenían gusto a nada, pero al menos mi estómago sintió que había cenado, aunque mal. Cuando empezaron a salir las estrellas, me puse a planear el próximo paso a seguir para conquistar a Polvo, o Tierra, o cualquiera fuese su nombre.

Mi viaje a través del tiempo debía haberme fatigado mucho más de lo que pensaba porque lo que advertí a continuación fue que el ciclo estaba negro y que una luna llena color naranja se posaba sobre las montañas. Tenía frío el trasero por el contacto con la roca, y estaba entumecido de dormir en posición de sentado.

-Vamos, poderoso transformador de la historia -dije, quejándome, al tiempo que me crujían los músculos y las articulaciones-. Hay que salir a trabajar.

Eso era exactamente lo que debía hacer. La acción provocaría la reacción. En tanto me mantuviera escondido en esta gruta cualquier planificación que hiciera carecería de valor dado que no me podía manejar con hechos. Hasta ahora no sabía aún si éste era el mundo exacto, el tiempo exacto, ni nada. Tenía que salir y disponerme a trabajar. Aunque había algo que debía haber hecho apenas llegué. Maldiciendo mi propia estupidez, me puse a revisar los variados trastos que había traído y extraje la caja negra del detector de energía de tiempo. Utilicé una lámpara para iluminarlo, y el corazón se me aplastó sobre el estómago cuando vi que la aguja flotaba laxa. No era en este mundo que se alteraba el tiempo.

-Ja, ja, eres un atrasado mental -dije en voz alta, animado por el sonido de la voz que más me gustaba-. Este aparatito funcionaría mucho mejor si le conectaras la energía. -Un descuido. Respiré hondo y apreté el control.

Nada, aún. La aguja seguía tan fláccida como mis esperanzas desinfladas. Existía la posibilidad, sin embargo, de que los que jugueteaban con el tiempo anduvieran cerca y hubiesen desconectado su máquina por el momento. Esperaba que así fuera.

A trabajar. Oculté algunos mecanismos convenientes en mi persona y desenganché el paracaídas de gravedad del traje espacial Todavía me quedaba la mitad de la carga energética, suficiente para subir y bajar del acantilado varias veces. Pasé los brazos por las correas, me acerqué a la cornisa y toqué los controles, de modo que mi caída a pique se convirtió en un arco que apuntaba en dirección al camino más cercano, que había divisado antes de llegar. Mientras flotaba a la altura de los árboles, controlé constantemente la dirección y los puntos de referencia. El descomunal y resplandeciente reloj que siempre llevo en la muñeca sirve para muchas más cosas que para decirme la hora. Un leve toque en el botón de la izquierda iluminó la aguja de la radiobrújula que había puesto en cero en la base antes de partir. Seguí notando a la deriva silenciosamente.

La luna se reflejaba en el bosque, y yo descendí entre los árboles hasta la tierra. Se filtraba luz suficiente a través de las ramas, de modo que no necesité usar mi linterna al dirigirme hacia el camino. Recorrí los últimos metros con sumo cuidado. Estaba vacío en ambas direcciones; la noche era silenciosa. Me incliné a examinar la superficie. Tenía una única capa de un material blanco duro, que no era metal ni plástico y que parecía poseer diminutos granos de arena. Totalmente falto de interés. Giré en dirección a la ciudad que había vislumbrado, y me puse a caminar. No iba rápido, pero al menos ahorraba la energía del paracaídas de gravedad.

Lo que ocurrió a continuación sólo puedo atribuirlo a negligencia, mezclada con la fatiga y sazonada con mi ignorancia de este mundo. Mi mente deambulaba de Angelina a los chicos y a mis amigos de la División, aunque todos ellos existían únicamente en mis pensamientos, y no eran más reales que los personajes que recordaba haber leído en alguna novela. Esta era una idea muy deprimente, y en lugar de rechazarla, me puse a cavilar sobre ella, de modo que me tomó completamente desprevenido el súbito rugir de motores. En ese momento yo entraba en una curva del camino que aparentemente cortaba una pequeña colina, ya que había escarpados peraltes a ambos lados. Debería haber considerado la posibilidad de que me prendieran en este paso y planeado algún modo de evitarlo. Mientras seguía considerando la conveniencia de trepar la cuesta, de elevarme en el paracaídas de gravedad o por algún otro medio, unas intensas luces brillaron adelante, en la curva, y el rugido se hizo más estrepitoso. Por último, me tiré a un lado de la ruta, en la zanja que corría paralela a ella, y allí me quedé, escondiendo la cara en el brazo.

Mis ropas eran de un color gris oscuro y podrían confundirse con la tierra.

Luego el fragor del estruendo se me vino encima; las luces refulgentes me bañaron y siguieron de largo. De inmediato me incorporé y miré los cuatro extraños vehículos que habían pasado. No distinguí muy bien los detalles ya que los vi sólo como siluetas contra sus propios faros, pero parecían muy angostos, como monociclos, y cada uno tenía una luz roja en la parte posterior. El sonido se apaciguó, mezclándose con una especie de graznido semejante al de un animal y un penetrante chillido. Reducían la velocidad. Debían haberme visto.

Roncos crujidos, resonaron en el camino cuando las luces giraron en semicírculo y alumbraron hacia mí.

4

En un momento de duda, lo mejor es dejar que el otro tipo cometa el primer error, reza uno de mis más antiguos principios. Podía intentar escapar trepando o volando, pero esta gente podía tener armas y yo me convertiría en un blanco magnífico. Aun cuando lograra escapar, sólo conseguiría atraer la atención hacia esta zona. Era preferible ver primero quiénes eran y que eran. Di la espalda a las luces para que no me enceguecieran y esperé pacientemente hasta que las máquinas se detuvieron con un ruido sordo, y me rodearon. Los motores carraspearon y me enfocaron los faroles. Cerré los ojos para protegerlos del resplandor y escuché la extraña cháchara de los motociclistas. Ni una palabra me resultó comprensible. Lo más probable era que mis ropas les parecieran algo exóticas. Deben haber llegado a un acuerdo porque el motor de uno de los invisibles rodados se llamó a silencio y el conductor emergió en medio de la luz.

Intercambiamos miradas de interés recíproco. Era algo más bajo que yo pero aparentaba ser más alto por el casco metálico en forma de balde que ostentaba. Estaba adornado con remaches y tenía una punta prominente en la parte superior, tan poco atractiva como el resto de su atuendo. Todo de plástico negro con brillosos botones y broches llevados al pináculo de la vulgaridad por una estilizado calavera y huesos cruzados en el pecho, tachonados con joyas de imitación.

-¿Kryzl prtzblk? -dijo, con un tono muy grosero, sacando la mandíbula. Sonreí para demostrar que yo era un tipo bondadoso, y respondí de la manera más cálida posible.

-Tendrás un peor aspecto muerto que vivo, idiota, y así vas a quedar si sigues hablándome de este modo.

Eso pareció confundirlo, y hubo más parloteo incomprensible. Al primer conductor se le unió otro, con atavío igualmente insólito, que señalaba excitado en dirección a mi brazo. Todos miraron mi cronómetro y se produjeron agudos chillidos de interés que se trocaron en furia cuando coloqué el brazo detrás de mi espalda.

-¡Prubl! -exclamó el primer asesino, dando un paso adelante con la mano extendida. Se oyó un punzante ruido metálico, y apareció una brillante navaja en su otro puño.

Bueno, este idioma sí lo entendía, y casi sonrío al verla. Estos no eran hombres decentes, a menos que la ley de la tierra estipulara apuntar con armas a los extraños e intentar robarles.

-¿Prubl, prubl? -dije, retrocediendo y levantando los brazos en un gesto de desesperación.

-¡Prubl drubl! -gritó el sinvergüenza que sonreía maléficamente, dando un salto hacia mí.

-¿Qué te parece este prubl? -pregunté, pateándole la muñeca. La navaja saltó volando en la oscuridad y él chilló de dolor. El chillido se convirtió en un estertor cuando le clavé los dedos rígidos en la garganta.

A esta altura, todos los ojos debían estar posados en mí, de modo que extraje una mini llamarada del receptáculo de la manga y la tiré al piso, cerrando los ojos justo antes de que explotara. El resplandor me quemó los párpados y vi pequeñas manchitas de luz cuando volví a abrirlos. Pero a mis atacantes les fue peor, ya que quedaron temporariamente ciegos, si es que sus quejidos y lamentos significaban algo. Ninguno me detuvo cuando caminé hasta ubicarme detrás de ellos y le di a cada uno, por turno, una patada con mi bota puntiaguda en el lugar donde más les hacía falta. Todos aullaban de dolor y corrían describiendo círculos hasta que dos de ellos de casualidad chocaron y comenzaron a darse golpes despiadados. Mientras ellos así se divertían, yo examinaba sus vehículos. Extraños rodados con sólo dos ruedas y ni huellas de algo que sirviera para estabilizarlos en movimiento. Contaban con un único asiento donde montaba el conductor. Parecían muy peligrosos, y no sentí ningún interés por aprender a manejarlos. ¿Qué debía hacer con estos individuos? Nunca me gustó matar gente, así que no podía silenciarlos de ese modo. Si eran delincuentes -tal como aparentaban-, lo más probable sería que no denunciaran el hecho a las autoridades. ¡Delincuentes! Justo la clase de informantes que precisaba. Con uno me bastaría. Preferentemente el primero, dado que no me remordía la idea de ser duro con él. Iba recuperando el conocimiento entre gemidos, pero un soplo de gas durmiente volvió a ponerlo fuera de combate. Llevaba un ancho cinto de cuero con tachas metálicas que parecía fuerte. Lo sujeté a una de las hebillas de mi cinturón y lo sostuve pasándole el brazo por debajo de las axilas.

Luego accioné el control del paracaídas de gravedad.

Lenta, suavemente ascendimos y nos alejamos del bullicioso grupito en dirección a mi refugio junto al lago. La desaparición de su compañero les resultaría misteriosa, pero aun si la denunciaban ante las autoridades, no lograrían nada con ello. Yo me escondería con mi amodorrado acompañante unos días para aprender la lengua de este mundo. Seguramente mi acento sería de lo peor, pero eso podría corregirse luego. El refugio me abrió su boca acogedora. Entré zumbando y dejé caer la blanda carga sin miramientos sobre el suelo.

Cuando recobró el conocimiento en medio de gemidos, yo estaba listo y tenía todo el equipo desplegado. Fumé con gusto un cigarro sin decir una palabra mientras él se dedicaba a hacer una serie de gestos de dolor. Chasqueó profusamente los labios antes de abrir los ojos e incorporarse, sólo para quejarse y agarrarse la cabeza. El gas adormilante deja ciertos deplorables efectos posteriores. Pero el recuerdo de su navaja apuntándome me ayudó a insensibilizarme ante su sufrimiento. Luego vino la feroz mirada a su alrededor, la expresión de asombro al verme a mí y al equipo, el taimado vistazo al boquete de entrada y el modo aparentemente accidental con que encogió las piernas. Para saltar por la abertura. Para caer de bruces, debido al cable con que le había atado los tobillos a una roca.

-Ahora se terminaron los jueguitos y vamos a trabajar -le dije en tono amable. Lo senté contra la pared y le coloqué en la muñeca el sencillo pero efectivo mecanismo que había preparado mientras él dormía. Contenía un medidor de presión sanguínea y resistencia de la piel que yo podía leer en la caja de control que sostenía frente a mí, un modelo rudimentario de detector de mentiras. También poseía un circuito de refuerzo negativo. Normalmente no habría utilizado esta técnica con un ser humano -solía reservarse para animales de laboratorio-, pero este ser humano en particular era una excepción. Nos ateníamos a sus reglas de juego, y este atajo directo me ahorraría mucho tiempo. Cuando comenzó a gritar -me daba cuenta de que eran insultos ofensivos- y a tratar de arrancarme la caja, oprimí el botón de refuerzo. Aulló y se revolcó con entusiasmo en el instante en que le llegó la corriente eléctrica. No era algo tan malo. Yo lo había probado, y había puesto el nivel en levemente doloroso, el tipo de dolor que uno soporta con facilidad aunque preferiría no tener que hacerlo.

-Ahora empezamos -dije-, pero primero quiero prepararme.

Observó en silencio, con los ojos desmesuradamente abiertos, cómo me adhería las almohadillas metálicas del memorigrama a las sienes y activaba el circuito.

-La palabra clave es -miré a mi compañero- horrible. Comenzamos.

Tenía una pila de objetos simples a mi lado. Tomé el primero y lo sostuve de modo que él pudiera verlo. Cuando lo miró, yo dije «piedra» en voz alta. Luego me quedé en silencio. El también se quedó callado y, al cabo de un momento, accioné el circuito de refuerzo. Pegó un salto por el dolor repentino y echó furiosas miradas a su alrededor.

-Piedra -repetí, con voz tranquila, paciente.

Le llevó un tiempo darse cuenta, pero al final comprendió. Recibía una descarga cuando insultaba o decía algo impropio, y una descarga doble cuando trataba de mentirme con alguna palabra. Eso me lo indicaba el polígrafo. Pronto se saturó de esto y le resultó más fácil suministrarme la palabra que necesitaba. Repasamos rápidamente el arsenal de objetos y cambiamos por dibujos o acciones representadas. Le aceptaba el «No sé» siempre y cuando no lo usara muy a menudo y aumentara mi caudal de vocablos. Bajo la presión de las microcorrientes del memorigrama, el nuevo vocabulario se me acumulaba en la capa cortical, no sin los dolorosos efectos colaterales. Cuando ya creí que me iba a estallar la cabeza, tomé un calmante y continué con los juegos de palabras. No demoré mucho tiempo en almacenar suficiente cantidad de palabras como para pasar a la segunda parte del proceso de aprendizaje: gramática y sintaxis. «¿Cómo es tu nombre?» pensé, y agregué la palabra código, «horrible».

-¿Cómo... nombre? -dije en voz alta. Realmente, un idioma muy poco atractivo.

-Slasher.

-Yo... llamarme... Jim.

-Déjame ir. No te he hecho nada.

-Primero aprender... después partir. Dime, ¿qué año?

-¿Qué año qué?

-¿En qué año estar, idiota?

Repetí la pregunta de distintas maneras hasta que la comprensión finalmente atravesó la dura caparazón de su cerebro. Yo ya estaba empezando a transpirar.

-¡Ah, el año! 1975. 19 de junio de 1975.

¡Justo en el blanco! La hélice de tiempo me había transportado con exactitud a través de siglos y milenios. Mentalmente agradecí al profesor Coypu y demás científicos desaparecidos. Dado que sólo vivían en mi memoria, ésa era la única forma de enviarles el mensaje. Muy animado por este dato, proseguí con la lección de lenguaje.

El memorigrama aprehendía todo lo que Slasher me iba diciendo, lo almacenaba en lo más recóndito de las maltrechas circunvalaciones de mi cerebro. Ahogué un quejido y tomé otro calmante. Al amanecer, cuando consideré que ya tenía relativo dominio del idioma como para seguir aprendiendo por mi cuenta, apagué la maquinita. Mi compañero se quedó dormido y se golpeó la cabeza contra la roca, pero no se despertó. Lo dejé dormir y desconecté a ambos del equipo electrónico. Al cabo de una sesión que duró toda la noche, yo también estaba agotado, pero lo arreglé con una tableta estimulante. El hambre me retorcía las entrañas. Slasher se despertó de pronto y compartió el desayuno conmigo. Comió una de las barras cuando vio que yo también comía. Eructé con satisfacción, y él hizo lo propio. Me observó a mí y al equipo antes de hacer un comentario positivo.

-Sé quién eres.

-A ver, dímelo.

-Eres de Marte, eso es.

-Qué es Marte?

-El planeta.

-Sí, quizás tengas razón. No importa. ¿Harás lo que te pedí? ¿Me ayudarás a apoderarme de un botín?

-Ya te dije que estoy en libertad bajo palabra. Si me llegan a pescar, me encierran y tiran la llave.

-No te preocupes. Te quedas conmigo y vas a ver que no te ponen un dedo encima. Vas a nadar en billetes. ¿Tienes algún dólar? Quiero ver cómo son.

-¡No! -exclamó, y su mano se dirigió a un bulto que llevaba en el bolsillo de su prenda inferior. A esta altura yo ya podía detectarle las mentiras sencillas sin necesidad de mi instrumental.

El gas adormilante lo acalló. Encontré entre sus ropas una suerte de sobre que contenía recortes de un papel verde, indudablemente los dólares que había dicho no poseer. Al verlos no pude evitar echarme a reír. La máquina copiadora más ordinaria podría obtener barriles de duplicados, a menos que hubiese métodos ocultos de autenticación. Para comprobarlo, los estudié con el dispositivo más especial. No hallé rastros químicos, físicos o radioactivos de identificación. Sorprendente. El papel parecía tener cortos filamentos de una cierta sustancia, pero el duplicado les imprimiría en la superficie unas líneas bastante parecidas, que seguramente pasarían muy bien. Ojalá tuviese un duplicador. ¿No había traído uno? A último momento me equiparon con toda clase de elementos. Hurgué entre la pila y encontré un modelo chiquito de duplicador de escritorio. Estaba cargado con un block de un material muy denso que se expandía celularmente dentro de la máquina y producía una plancha suave de plástico blanco sobre la que se imprimían las copias. Luego de hacer una serie de ajustes, conseguí reducir la calidad del plástico hasta lograr la aspereza y la rugosidad de los dólares. Cuando oprimí el botón de copia, la máquina emitió un dólar igual al original El billete más grande que tenía Slasher era de 10 dólares. Hice varias copias del mismo. Claro que todos salieron con el mismo número de serie, pero la experiencia me ha enseñado que la gente nunca se fija mucho en el dinero que recibe.

Era hora, ya, de introducirme en la siguiente fase de mi penetración en la sociedad de este planeta primitivo, Tierra. (Había descubierto que Polvo era incorrecto, y significaba algo totalmente distinto). Coloqué alrededor de mi persona los dispositivos que podría necesitar y dejé el resto en la caverna, con mi traje espacial. Siempre que lo precisara, estaría aquí. Slasher roncaba aún cuando cruzamos el lago volando bajo entre los árboles, hacia el camino. Ahora que era de día había más tránsito -escuchaba el rugir de los motores al pasar-, de modo que, una vez más, aterricé en el bosque. Antes de despertar a Slasher enterré el paracaídas de gravedad y el transmisor de radio el cual en caso de necesidad, emitiría una señal para orientarme de vuelta.

-¿Qué, qué? -dijo Slasher, incorporándose, en el instante en que le hizo efecto el antídoto. Paseó la vista por el bosque que lo rodeaba, sin comprender.

-Andando, ya. Tenemos que irnos de aquí.

Caminó a los tumbos detrás de mí, medio dormido todavía, aunque se despertó bastante rápido cuando agité debajo de sus narices el manojo de billetes.

-¿Qué te parecen estos dólares?

-Sensacionales. Pero creía que no tenías nada de plata.

-Tenía suficiente comida, pero no suficiente dinero. Entonces hice estos billetes. ¿Salieron bien?

-Perfectos. Nunca he visto otros mejores -Los estudió con los ojos apreciativos de un profesional-. El único modo de darse cuenta es por la numeración igual. El verde es excelente.

Me los devolvió sin ganas. Hombre de poca imaginación y escrúpulos; justo lo que me hacía falta. Al ver los dólares pareció perderme el miedo y se unió a mí activamente para planificar cómo obtener más dinero, mientras recorríamos el camino.

-Ese traje que llevas está bien a la distancia, como ahora. Desde los autos, nadie nota nada. Pero tienes que procurarte otra ropa. Hay una tienda al pie de la colina. Si me esperas en el camino, yo entro y te compro lo que necesitas. Quizás antes debamos conseguirnos cuatro ruedas; estos pies me están matando. Ahí hay una fábrica chica con una playa de estacionamiento. Veremos qué venden.

La fábrica resultó ser un edificio chato, cuadrado, con una cantidad de chimeneas que expedían humo y contaminación. Una variedad de vehículos multicolores estaban dispuestos a un lado. Siguiendo el ejemplo de Slasher, me agaché mientras nos aproximábamos al que estaba más cerca, en la fila de afuera. Cuando se aseguró de que nadie nos observara, mi compañero destrabó la cerradura de una cosa grande, colorada, y levantó una tapa inmensa. Miré el interior y quedé espeluznado al ver el motor a propulsión excesivamente complejo y primitivo que contenía. Realmente me hallaba en el pasado. Respondiendo a mis preguntas Slasher me lo describió, a medida que cortaba unos alambres que parecían controlar la puesta en marcha.

-Le llamamos motor de combustión interna. Casi nuevo. Debe tener unos trescientos caballos. Súbete y nos escaparemos antes de que nos vean.

Anoté mentalmente que más adelante debía preguntar a Slasher cómo era la teoría de la combustión interna. En anteriores conversaciones me había hecho a la idea de que los caballos eran unos cuadrúpedos relativamente grandes, de modo que, tal vez, para meter muchos de ellos dentro del motor, utilizaran un proceso de miniaturización animal. Sin embargo, por más primitivo que el rodado me pareciera, se movía con verdadera rapidez. Slasher accionó los controles, hizo girar el enorme volante y salimos disparando al camino, aparentemente sin que nos descubrieran. Yo estaba más que contento de que Slasher condujera, así podía apreciar este mundo al que había llegado.

-¿Dónde se guarda todo el dinero? Quiero decir, el lugar donde lo encierran.

-Seguramente te refieres a los bancos. Son lugares con paredes anchas, grandes depósitos, centinelas armados. En cada ciudad hay por lo menos uno.

-¿Y cuánto más grande la ciudad más grande el banco?

-Veo que comprendes.

-Entonces, vamos a la ciudad grande más cercana a buscar el banco más grande. Necesito mucha plata, así que vamos a limpiarlo esta noche.

Slasher se quedó boquiabierto del susto.

-¡No puedes hablar en serio! Tienen todo tipo de alarmas.

-Me dan risa los mecanismos de la Edad de Piedra. Tú encuentra la ciudad, el banco y algo para comer y tomar. Esta noche yo te hago rico.

A decir verdad, nunca robé un banco con tanta facilidad ni forcé una caja de caudales más simple. El establecimiento que elegí se hallaba en el centro de una ciudad con el estrambótico nombre de Hartford. Estaba construido de austera piedra gris y todas las aberturas se veían cubiertas por gruesos barrotes dé metal. Claro que estas defensas se anulaban por el hecho de que había otros edificios anexos al banco, a ambos lados. Un ladrón no suele entrar por la puerta principal. Partimos al atardecer. Slasher estaba inquieto, nervioso, a pesar de todo el alcohol barato que había consumido.

-Tendríamos que esperar hasta más tarde -se quejó- Todavía hay mucha gente en la calle.

-Así es mejor. Nadie va a reparar en dos tipos más. Estaciona este artefacto a la vuelta de la esquina, donde lo planeamos, y trae las valijas.

Yo llevaba mis herramientas en una valijita; Slasher, por su parte, me seguía con dos enormes maletas que habíamos comprado. El edificio que teníamos al frente, a la izquierda del banco, estaba a oscuras, y la puerta de entrada, seguramente cerrada con llave. Ningún problema. Yo había echado un vistazo a la cerradura con anterioridad, y había determinado

que no presentaría ningún problema en absoluto. El mecanismo que portaba en mi mano izquierda neutralizó la alarma, mientras introduje la ganzúa con la derecha. Se abrió tan fácilmente que Slasher ni siquiera tuvo que detenerse sino que entró junto a mí, con las valijas. Ni un alma nos prestó la más mínima atención. Un pasillo conducía a otras puertas trancadas -que atravesamos con la misma facilidad- hasta llegar a una oficina, al fondo.

-Una pared de esta habitación debe dar con el banco. Voy a averiguarlo -dije.

Silbaba entre dientes cuando me puse a trabajar. Esta no era, de ningún modo, la primera vez que asaltaba un banco, y no tenía intenciones de que fuese la última. De todas las formas de delito, robar un banco es la más gratificante, tanto para el individuo como para la sociedad. El individuo, desde luego, obtiene mucha plata -no es necesario decirlo- y hace un bien a la sociedad al poner en circulación grandes cantidades de dinero en efectivo. Se estimula la economía, prosperan los negocios de los pequeños empresarios, la gente se entera de la noticia con gran interés, y la policía tiene así oportunidad de poner en práctica sus diversas habilidades. Es bueno para todos. Y sin embargo he escuchado a muchos tontos decir que se le hace un mal al banco. Esto es una insigne tontería. Los bancos están asegurados, así que no pierden nada, y las sumas robadas son minúsculas comparadas con el volumen total de operaciones de la compañía aseguradora, donde lo más que puede pasar es que, al final del año, se abone un dividendo microscópicamente menor. Muy poco precio a pagar por tanto bien causado. Como benefactor de la humanidad, no como ladrón, es que pasé la sonda acústica de la pared. Del otro lado, una gran abertura: sin duda, el banco.

Había una cantidad de cables y cañerías en la pared -para la electricidad y el agua, supuse-, junto con otros que evidentemente eran del sistema de alarmas. Marqué las posiciones en la pared hasta que el dibujo se hizo claro. Tracé una línea alrededor de una zona libre de toda obstrucción.

-Vamos a entrar por aquí -dije.

-¿Cómo haremos para voltear el muro? -Slasher se debatía entre el júbilo y el susto, ansioso por el dinero, temeroso de que lo descubrieran. Sin duda era un delincuente, y éste, el mayor operativo en que había participado.

-No la voltearemos, tonto -dije en tono amable, sosteniendo el masificador-. La convenceremos de que se abra para nosotros.

Por supuesto que no tenía idea de qué hablaba yo, pero pareció tranquilizarse al ver el brilloso instrumento. Yo había revertido el mecanismo de manera que, en lugar de aumentar la energía aglutinante de las moléculas, reducía su atracción casi a cero. Con lenta precisión hice correr la punta del artefacto sobre la zona elegida de pared; luego lo apagué y lo guardé.

-No pasó nada -se quejó Slasher.

-Pasará ahora. -Empujé la pared con la mano, y toda la zona que había preparado se desplomó como si fuese de polvo. Y en eso se había convertido. Espiamos el iluminado interior del banco.

Éramos invisibles desde la calle cuando atravesamos el hueco y nos acercamos gateando hasta detrás del mostrador, donde normalmente se sientan los empleados. Los constructores habían previsto instalar los depósitos en las profundidades del edificio, fuera del alcance de la vista desde la calle, de modo que una vez que bajamos las escaleras pudimos enderezarnos y realizar cómodamente nuestra tarea. En rápida secuencia traspuse dos puertas cerradas y una reja de gruesos barrotes de acero. Las cerraduras Y alarmas eran muy simples. La puerta misma de la caja fuerte parecía más peligrosa, pero resultó ser la más sencilla de todas.

-¡Mira esto! -exclamé, entusiasmado-. Hay una cerradura de tiempo que se abrirá automáticamente mañana.

-Yo sabía -se lamentó Slasher-. Salgamos antes de que suenen las alarmas...

Echó a correr por las escaleras. Le hice una zancadilla y le apoyé un pie en el pecho mientras le explicaba.

-Esto nos viene bien, zonzo. Para abrirla, lo único que tenemos que hacer es adelantar el reloj, así piensa que es mañana.

-¡Imposible! ¡Está recubierto por cinco centímetros de acero!

Claro, él no tenía por qué saber que el manipulador de un mecánico común está diseñado para perforar revestimientos de todo tipo. Cuando sentí que el campo enganchaba en los dientes, lo hice girar. Los diales pasaron rápidamente, el mecanismo emitió un click de satisfacción, y se abrió la puerta.

-Trae las maletas -ordené, al entrar en la cripta.

Silbando y tarareando alegremente llenamos al tope, las dos valijas con los mazos de billetes.

Slasher cerró la suya primero y se puso a murmurar impaciente por mi lentitud.

-¿Qué apuro hay? -le pregunté, cerrando la maleta y recogiendo las herramientas-. Hay que tomarse el tiempo necesario para hacer bien las cosas.

En el instante en que guardaba el último implemento noté que una aguja saltaba. Luego se quedaba quieta. Interesante. Ajusté la fuerza de campo, permanecí con el implemento en la mano y miré a mi alrededor. Slasher se hallaba del otro lado de la caja fuerte, maniobrando con unas largas cajas de metal.

-¿Se puede saber qué estás haciendo? -le pregunté, con la mayor amabilidad posible.

-Echando una ojeada a ver si no hay joyas en estas cajas de seguridad.

-Ah, eso es lo que haces. Debías haberme preguntado.

-Puedo hacerlo solo. -Hosco y muy seguro de sí mismo.

-Claro. Pero yo puedo hacerlo sin activar la alarma silenciosa en el departamento de policía -Frío e indignado-. Como tú acabas de hacer.

La sangre abandonó su rostro. Le temblaron las manos y dejó caer la caja. Luego se inclinó a recoger la valija con el dinero.

-Imbécil retardado -dije, colérico y aproveché bien el seductor blanco que me presentaba-. Ahora tomas esa valija, te vas de aquí y pones el auto en marcha. Yo voy en seguida.

Slasher salió a los tumbos, trepó las escaleras y yo lo seguí más despacio. Me tomé un momento para cerrar todas las puertas y rejas al pasar para dificultarle lo más posible la tarea a la policía. Ellos sabrían que alguien había entrado al banco, pero no sabrían que lo habían asaltado hasta tanto no despertaran a algún empleado que les abriera la caja de caudales. Y a esta altura, nosotros ya nos habríamos esfumado.

Pero al subir las escaleras escuché el chirrido de unas cubiertas y vi por los ventanales del frente que estacionaba un patrullero policial.

Por cierto que llegaron rápido, increíblemente rápido para una sociedad antigua y primitiva como ésta. Aunque quizás ésa fuese la razón. Era indudable que el delito y la averiguación del delito debían consumir gran parte de las energías de todos. Sin embargo no perdí tiempo filosofando sobre su llegada sino que empujé las vallas delante de mí a medida que me arrastraba detrás del mostrador. En el instante en que atravesaba el boquete hacia el edificio contiguo oí ruido de llaves en las cerraduras de las puertas exteriores. Perfecto. Cuando ellos entraran yo saldría. Y así fue. Contemplé la calle. Vi que todos los ocupantes de un auto policial habían ingresado al banco y que se había reunido una pequeña pero curiosa multitud. Me daban la espalda. Lentamente me alejé hacia la esquina.

Los policías neolíticos eran indiscutiblemente ligeros de pies. Debían estar acostumbrados a correr a las personas. Porque no había alcanzado a llegar a la esquina cuando emergieron de la puerta detrás de mí, atronando con sus estridentes silbatos.

Habían entrado al banco, visto el agujero en la pared, luego vuelto sobre sus pasos. Les eché una breve mirada. Puro dientes brillantes, uniformes azules, botones de bronce y pistolas. Entonces yo también eché a correr.

Después de la esquina, al auto.

Salvo que la calle estaba vacía y el auto se había ido.

Slasher debe haber pensado que había obtenido ya suficiente por una noche y había partido, dejándome solo para enfrentar a la autoridad.

6

Yo no digo que sea más valiente que la mayoría de los hombres. No obstante pienso que, si tuviesen que enfrentar una situación como ésta -remontados treinta y dos mil años en el pasado, con un cargamento de dinero robado y la policía persiguiéndolos de cerca-, casi todos experimentarían algo más que un leve pánico. Sólo el entrenamiento y el hecho de haberme visto en la misma situación muchas veces en la vida me impulsaron a correr pausadamente mientras pensaba qué debía hacer a continuación. En unos instantes algunos esbirros de la ley aparecerían por la esquina y, sin duda, una alarma radial se ocuparía de solicitar refuerzos para cortarme la retirada. Tienes que pensar de prisa, Jim.

Así lo hice. Antes de haber dado cinco pasos, el plan total de fuga estaba bosquejado, detallado, impreso y encuadernado en un pequeño fascículo abierto en la primera página ante mis ojos mentales.

Primero: salir de la calle. Entré de un salto en una puerta, arrojé el dinero e hice deslizar entre mis dedos una minigranada. La calcé en el orificio de la llave. Con un impresionante golpe sordo hizo estallar la cerradura y parte del marco de la puerta. Mis perseguidores no estaban aún a la vista. Vacilé hasta que aparecieron, antes de abrir la puerta destruida, pero gritos y más silbatos me indicaron que había sido observado. La puerta daba a un largo pasillo y yo me encontraba al fondo, con las manos levantadas en gesto de rendición, cuando un policía armado espió indeciso por la abertura.

-¡No disparen! -grité-. Me rindo. Soy un pobre hombre llevado a la delincuencia por las malas compañías.

-¡Si te mueves te agujereamos! -aullaron felices, entrando con poderosas linternas enfocadas en mis ojos. Yo me quedé ahí, agitando las manos en el aire hasta que las luces se retiraron y se escuchó el ruido sordo de los cuerpos que caían. Naturalmente, dado que había más gas adormilante que aire en ese corredor.

Cuidando de respirar por los filtros que llevaba en las tosas nasales, le quité el uniforme al hombre de tamaño más semejante al mío. Maldije la tosca disposición de las abotonaduras y me lo calcé sobre mis propias ropas. Luego tomé el arma que él llevaba y volví a colocarla en su pistolera, recogí nuevamente mis maletas y partí, caminando en dirección al banco. Muchos civiles atemorizados espiaban desde las puertas como animales en sus madrigueras. En la esquina me encontré con otro coche policial. Tal como había imaginado, una cantidad de autos similares cubrían el lugar.

-Tengo el botín -le avisé al hombre robusto que conducía-. Lo llevo de vuelta al banco, Acorralamos a esos malandras, a toda la pandilla. Por esa puerta. ¡Vayan a prenderlos!

Este último consejo fue innecesario porque el vehículo ya se había marchado. El primer patrullero seguía parado donde lo había visto por última vez y, ante los ojos desorbitados de los espectadores, arrojé las valijas en el asiento delantero y subí al auto.

-¡Vamos, dispérsense, salgan de aquí! ¡Se terminó, el espectáculo! -grité, mientras tanteaba los instrumentos desconocidos. Había muchísimos, suficientes como para pisotear una nave espacial, con más razón este miserable rodado. No pasó nada. La muchedumbre

retrocedió. Luego se adelantó. Yo empezaba a transpirar. Sólo entonces advertí que la diminuta cerradura estaba vacía y recordé -tarde- algo que Slasher había dicho acerca de que se usaban llaves para hacer arrancar estos vehículos. Las sirenas ululaban más cerca, por todos lados, mientras yo revolvía el extraño surtido de bolsillos y alforjas del uniforme que tenía puesto. ¡Llaves! Un llavero lleno. Con una risita ahogada, fui probando cada una hasta que me di cuenta de que todas eran demasiado grandes. Afuera, la multitud fascinada se agolpaba más cerca para admirar mi actuación.

-¡Atrás, atrás! -grité, y extraje con esfuerzo el arma de la pistolera para agregar un tono de amenaza a mis palabras. Evidentemente estaba cebada y lista para accionar. Sin darme cuenta, toqué un control que no debía. Se produjo una tremenda explosión y una nube de humo, y el arma saltó de mi mano. Una especie de proyectil atravesó con un estruendo el techo metálico del auto, y sentí que me dolía mucho el dedo pulgar.

Al menos los espectadores se fueron. Apresurados. Mientras los veía correr en todas las direcciones, noté que un coche policial se me acercaba por atrás. Me di cuenta de que las cosas no salían tan bien como debían. Tenía que haber otras llaves. Seguí buscando, tirando sobre el asiento los diversos objetos que encontraba hasta que no salieron más. El patrullero se detuvo detrás de mí y se abrieron las puertas.

¿Qué vi? ¿Un brillo de metal en ese pequeño estuche de cuero? Efectivamente. Un par de llaves. Una de ellas calzó en el arranque, al tiempo que los dos esbirros de la ley se aproximaban por ambos lados del auto.

-¿Qué pasa aquí? -preguntó el que se hallaba más cerca, en el momento en que giraba la llave y se oía el gemido del motor.

-Tengo problemas -respondí, maniobrando con las palancas.

-¡Vamos, sal de ahí! -dijo el hombre, sacando su arma.

-¡Es un asunto de vida o muerte! -grité con voz ronca, y pisé uno de los pedales, como había observado que hacía Slasher. Las ruedas chirriaron, el auto rugió; de un salto cobró vida.

En la dirección que no debía. Marcha atrás.

Hubo un violento estrépito de vidrio y metal, y los policías se esfumaron. Volví a manotear los cambios. Un policía apareció adelante apuntándome con el arma, Pero también pegó un salto cuando encontré la combinación adecuada y el coche se lanzó sobre él. El camino estaba despejado y yo me alejaba.

Tenía la policía pisándome los talones. Antes de llegar a la esquina arrancaba el otro patrullero. Luces de colores comenzaron a girar en el techo, y la sirena a ulular. Con una mano conducía y con la otra buscaba a tientas los controles, echaba líquido en el parabrisas, veía que unos brazos movibles lo secaban, escuchaba una música atronadora, me quemaba los pies con un chorro de aire caliente. Hasta que llegué a tener yo también una sirena, y quizás un luz giratoria. Recorrimos el ancho camino de esta manera, pero me daba cuenta de que éste no era el modo de escapar. Los policías conocían su ciudad y sus coches, y podían avisar por radio que me detuvieran más adelante. En cuanto advertí esto, di vuelta el volante y me interné en la calle siguiente. Dado que iba algo más ligero que lo aconsejable, las cubiertas chirriaron, el auto se subió a la acera y rebotó contra un edificio antes de regresar con un golpe a la calle. Mis perseguidores se quedaron atrás ante esta maniobra, no estaban dispuestos a girar de la misma dramática forma, pero no dejaron de seguirme cuando doblé como un bólido la esquina siguiente. Con estos dos giros en ángulo recto había logrado invertir mi rumbo, y ahora enfilaba nuevamente hacia el escenario del delito.

Cosa que puede parecer una locura, pero en realidad era lo más conveniente. Al cabo de unos momentos, en medio de sirenas ululantes y luces refulgentes, me encontré a salvo, rodeado por vehículos ruidosos de color azul y blanco. Todos doblaban, daban marcha

atrás, se interponían en el camino de los otros, y yo hice lo que pude por aumentar la confusión. Fue muy interesante. Grandes insultos, puños que se agitaban desde las ventanillas. Me habría quedado más tiempo si no hubiese prevalecido la razón. Cuando la excitación llegó a su punto más divertido, me las ingenié para salir de allí y doblar la esquina. No me seguían. A una velocidad más razonable, sin sirena y con menos luces, anduve por la calle en busca de un refugio. No podría escaparme nunca en el patrullero policial, y tampoco tenía intenciones de hacerlo. Necesitaba un agujero donde meterme.

Uno bien suntuoso. No soy partidario de hacer las cosas a medias. No muy lejos divisé mi meta, resplandeciente en medio de luces y letreros, brillante de tanta decoración, un hotel lujosísimo a tiro de piedra del lugar del delito. El último sitio donde me buscarían. Eso esperaba. Siempre hay que correr algunos riesgos. Estacioné el auto, me quité el uniforme, guardé un fajo de billetes en el bolsillo y me dirigí, con mis dos valijas, hacia el hotel. Cuando encontraran el rodado, pensarían que había cambiado de vehículo y ampliarían la zona de búsqueda.

-¡Eh, tú -le grité al gallardo funcionario de uniforme que se hallaba a la entrada-, lleva estas maletas!

Mi tono fue insultante, groseros mis modales, y él debía haberme ignorado si yo no hubiese hablado en otro idioma y calzado en su mano un billete grande. Un rápido vistazo le hizo emitir sonrisas de falsa obsequiosidad. Tomó las valijas y me siguió al interior del hotel.

Paredes revestidas en madera, mullidas alfombras, discreta iluminación, mujeres encantadoras con vestidos escotados acompañadas por señores mayores de barrigas prominentes. Era el lugar indicado. Muchas cejas se arquearon al ver mi atuendo ordinario cuando crucé el hall hasta el mostrador de recepción. El sujeto que se encontraba del otro lado, con su larga nariz patricia, me miró fríamente y noté que empezaba a formarse el hielo. Que derretí con un fajo de billetes delante de sus ojos.

-Tiene usted el gusto de conocer a un millonario excéntrico -le dije-. Esto es para usted. -Los billetes se evaporaron en el instante en que se los entregaba-. Acabo de llegar de viaje y quiero la mejor habitación.

-Podríamos conseguirle algo, pero sólo está disponible la suite imperial y cuesta...

-No me moleste con asuntos de dinero. Tome esto y avíseme cuando necesite más.

-Sí, bueno, tal vez podríamos ubicarlo. Si tiene la amabilidad de firmar aquí...

-¿Cómo se llama usted?

-¿Yo? Roscoe Amberdexter.

-¡Mire qué coincidencia! Yo también me llamo así, pero puede decirme «señor». Debe ser un nombre muy común por esta zona. Así que firme usted por mí ya que tenemos el mismo nombre -le hice una seña, él se inclinó hacia adelante y le hablé con un ronco susurro-. No quiero que nadie se entere de que estoy aquí. Todos andan detrás de mi fortuna. Mándeme al gerente si quiere saber más datos. Le daría dinero, y estaba seguro de que no habría ningún problema.

Flotando en olas de dólares, el resto fue muy sencillo. Me llevaron a mis aposentos. Concedí dádivas a los dos muchachos que acarrearon mis maletas por la inteligencia que demostraron no dejándolas caer. Abrieron y cerraron cosas, me enseñaron todos los aparatos y le pedí a uno de ellos que me hiciera subir abundante comida y bebida. Se fueron de muy buen humor, con los bolsillos llenos. Guardé la valija del dinero en el placard y abrí la más pequeña.

Y me quedé helado.

La aguja indicadora del detector de energía de tiempo se había movido, y señalaba firmemente en dirección a la ventana y al mundo exterior.

7

Mis manos comenzaban a temblar cuando saqué el detector y lo puse suavemente en el piso, pero me sobrepuse. La fuerza de campo era 117,56 y lo anoté rápidamente. Luego seguí la dirección de la aguja hasta el lugar exacto que indicaba, debajo de la ventana. Me acerqué corriendo y marqué una gran X en ese punto. Volví a controlar. Al mirar por segunda vez, la aguja comenzó a fluctuar y el medidor bajó a cero.

¡Pero los había encontrado! quienesquiera que fuesen, operaban fuera de esta época. Habían utilizado ya su máquina del tiempo y volverían a usarla con seguridad. Cuando lo hicieran, yo estaría esperándolos. Por primera vez desde que me remontaran a este mundo salvaje me sentí reconfortado por una pequeña pizca de esperanza. Hasta ahora me había manejado por reflejos; conservaba la vida y aprendía a abrirme camino en este extraño lugar tratando de no pensar nunca en el futuro, que no existiría a menos que yo pudiera hacerle cobrar existencia. Y eso era exactamente lo que iba a hacer.

Luego de una abundante cena y una avalancha de billetes me fui a la cama. No por mucho tiempo, sin embargo. Un somnífero de dos horas me hizo dormir profundamente. Soñé mucho y desperté sintiéndome más humano. En el bar de la habitación contigua había una cantidad de botellas interesantes, algunas de ellas de muy rico sabor. Llené un vaso y me senté frente a un instrumento con un ojo de mi vidrio llamado TV. Como había imaginado, mi acento dejaba mucho que desear; por eso quería escuchar a alguien que hablara una forma más perfeccionada del idioma.

No fue fácil de encontrar. Por empezar, era difícil, distinguir los canales educativos de los de entretenimiento. Encontré algo que me pareció un drama moral histórico. Todos los hombres llevaban sombreros de ala ancha y andaban a caballo. Pero el total del vocabulario utilizado no sobrepasaba las cien palabras, y a la mayoría de los personajes los mataban de un tiro sin darme tiempo a descubrir qué era lo que ocurría. Las pistolas daban la impresión de jugar un papel muy importante en todos los dramas que vi, aunque esto se matizaba con sadismo y un variado surtido de mutilación criminal Toda esta violencia y este constante desplazamiento de un lugar a otro en diversos vehículos no le dejaba a la gente mucho tiempo para la actividad intersexual; un beso breve fue la única manifestación de cariño o de libido que vi. También me resultaba muy arduo seguir las obras porque no hacían más que interrumpirlas con piezas cortas y conferencias ilustradas sobre la compra de una serie de artículos de consumo. Al amanecer, ya me había saturado y mi lenguaje había mejorado microscópicamente, de modo que apagué el tubo de vidrio de la imagen y me fui a bañar a una habitación rosada llena de piezas dignas de un museo histórico de las cacerías.

En cuanto abrieron los negocios por la mañana, tuve a varios empleados del hotel trabajando provistos con gran cantidad de dinero. Pronto empezaron a arribar las compras. Ropas nuevas que se adaptaban a mi alta condición social, y un costoso equipaje para transportarlas. Más una serie de mapas, un instrumento de esmerada fabricación llamado brújula magnética, y un libro sobre los principios de la navegación. Fue una cosa muy simple determinar la dirección exacta que había señalado el detector, transferirla a un mapa local y obtener una medida bastante precisa de la distancia en unidades denominadas kilómetros hasta la fuente del campo de energía de tiempo. Una línea negra en el mapa me dio la dirección; un trazo transversal para la distancia... y encontré el blanco. Ambas líneas cruzaban en un punto que parecía ser el mayor centro de población del mapa.

Curiosamente, se llamaba Nueva York. No había ninguna referencia acerca de la Vieja York, pero no importaba. Yo sabía adónde tenía que dirigirme.

Salir del hotel fue algo más semejante a una abdicación real que a una simple despedida, y hubo muchos ansiosos deseos de que regresara pronto. No era para menos. Un auto de alquiler me llevó velozmente al aeropuerto, y manos obsequiosas acarrearon mi equipaje hasta la salida indicada. Donde me esperaba un brusco impacto, ya que me había olvidado por completo del asalto al banco. No había ocurrido lo mismo con otras personas.

-Abra las valijas -dijo un ceñudo defensor de la ley y el orden.

-Desde luego -respondí animadamente. Noté que todos los pasajeros eran sometidos a la misma pesquisa-. ¿Puedo preguntarle qué es lo que andan buscando?

-Plata. Plata robada de un banco -dijo entre dientes, revisando mis pertenencias.

-Yo no acostumbro llevar grandes sumas de dinero -comenté, apretando contra el pecho la maleta cargada de billetes.

-Con éstas no hay problema. Vamos a ver la otra.

-En público, no, por favor, oficial. Soy un alto funcionario del gobierno, y éstos son documentos sumamente secretos.

Esta expresión la copié de la televisión.

-Pase a ese cuarto -dijo, señalándolo. Lamenté haber apagado el televisor ya que había resultado tan educativo.

Ya en la habitación se mostró horrorizado cuando abrí una granada de gas adormilante en lugar de la valija. Se desplomó. Había un gran armario metálico contra la pared, lleno de los numerosos formularios y documentos tan preciados para la mente burocrática. Los acomodé de modo de hacer un lugar para mi roncador compañero. Cuanto más tiempo pasara sin ser descubierto, mejor. A menos que se presentaran imprevistas demoras, me encontraría en Nueva York antes de que él volviera en sí, proceso que debería ser natural porque no existía ningún antídoto conocido para mi gas.

Cuando salí del cuarto, otro oficial uniformado me miraba ceñudo, de modo que me di vuelta y hablé por la puerta aún abierta.

-Muchas gracias por su amable ayuda. Ningún problema, le aseguro que ningún problema. -Cerré la puerta y le sonreí al pasar. Levantó de mala gana un dedo hasta la visera de su gorra y se alejó para tomar el equipaje de un pasajero de edad. Yo seguí con mi valija, y no me sorprendió mucho notar que unas hermosas gotas de sudor me corrían por la frente.

El vuelo fue breve, nada interesante, ruidoso y agitado, en una inmensa nave de alas fijas que parecía ser impulsada por chorros que consumían un combustible líquido. A pesar de que el olor del combustible se sentía por todas partes, yo no podía creer que estuvieran quemando un hidrocarburo irreemplazable. Tuve un momento de expectativa cuando desembarcamos, pero aparentemente no había ninguna alarma. Llegar al centro de la ciudad desde el remoto aeropuerto fue una penosa odisea en medio de vehículos impetuosos, gritos y ruidos de toda índole. Con gran alivio traspuse finalmente la puerta de la fresca habitación de un hotel. Una vez que la tranquilidad me restituyó la razón, me dispuse a dar el próximo paso.

¿Cuál sería? ¿Explorar el terreno o atacar? El sentido común me indicó que debía controlar cuidadosamente la fuente de energía de tiempo para ver qué obstáculo me esperaba; qué y quién. Me resolví por este curso de acción, reprendiéndome por considerar siquiera la idea de atacar antes que la fuerza de la lógica hubiese cerrado su último eslabón. Giré y me miré en el espejo.

-Eres un idiota -agité admonitoriamente un dedo ante mi imagen-. Lo que el taxista le gritó a otro taxista: un imbécil y un tarado.

Yo tenía una sola ventaja: el factor sorpresa. La exploración del terreno podía aportarme datos, pero los guerreros del tiempo sabrían que se los estaba investigando y que probablemente los atacarían. Dado que ellos habían emprendido la guerra del tiempo, sin

duda estaban preparados para una posible represalia. Pero, ¿cómo podían los guardias mantenerse alertas durante semanas, meses y posiblemente años? Una vez que se enteraran de mi presencia en ese lugar y en ese tiempo, se tomaría todo tipo de precauciones. Para impedirlo yo tenía que atacar, y atacar con todo. Aun cuando no supiera a quién estaba atacando.

-¿Qué diferencia hay? -pregunté, abriendo un estuche de granadas-. Puede ser interesante satisfacer mi curiosidad y averiguar quién atacó a la División y por qué. ¿Pero eso tiene realmente importancia? La respuesta es no. -Miré con fiereza a través de una pequeña bomba de fusión atómica mi imagen en el espejo y agité la cabeza-. No, no y no. Hay que destruirlos. Punto. Ahora. Rápido.

No me quedaba otro camino. Con movimientos pausados y firmes calcé sobre mi cuerpo las armas más potentes de destrucción que jamás se habían diseñado a través de milenios de investigaciones sobre nuevas armas, un tema siempre favorito de la humanidad. Normalmente no soy partidario de la escuela de pensamiento de matar-antes-de-que-te-maten. Las cosas no suelen ser blancas o negras. Lo eran ahora, y no sentí la más mínima culpa por mi decisión. Se trataba de una guerra no declarada contra todo el género humano del futuro. ¿Por qué, si no, la División Especial había sido el primer blanco del ataque? Alguien, algún grupo quería dominar todo. Quizás fuese el plan más egoísta y demente que se hubiese concebido. Entonces, ¿importaba realmente quiénes eran o qué eran? Merecían la muerte antes de que mataran todo lo valioso.

Cuando salí del hotel era una bomba andante, un ejército de destrucción. Llevaba la caja negra del detector de energía de tiempo en la valija diplomática, y los indicadores eran visibles a través de orificios que había recortado en la tapa. Afuera, en algún lugar, se hallaba el enemigo y, cuando éste se moviera, me encontraría esperándolo.

Fue una espera corta. Se produjo un invisible estallido de energía de tiempo muy cerca -si la aguja marcaba bien-, y seguí el rastro.

Obtuve el vector de dirección y distancia a medida que caminaba, ignorando a la gente y los vehículos que me rodeaban, disminuyendo el ritmo y poniendo más cuidado cuando un pesado camión casi me pisa.

Una calle ancha con canteros en el medio, altos edificios de un diseño uniforme y deprimente, grandes paneles de vidrio y metal descollando en medio del aire contaminado. Todos iguales. ¿A cuál tenía que ir yo?

La aguja volvió a oscilar, a temblar con la intensidad de su reacción, mientras yo seguía caminando y el medidor indicaba una distancia al tope de la escala. Allá. Era aquel edificio, el de color rojo y negro.

Me introduje en él, listo para cualquier cosa.

Es decir, cualquier cosa menos para lo que ocurrió a continuación.

Cerraron las puertas detrás de mí, las bloquearon. Los visitantes del edificio, los encargados de los ascensores, incluso el hombre que se hallaba detrás del mostrador de los cigarrillos corrían, arremetían, avanzaban hacia mí con el brillo helado del odio en los ojos.

Me habían descubierto. Debían haber detectado mi detector. Sabían quién era yo. Atacaban primero.

8

Fue una pesadilla hecha realidad. En algún momento de la vida a todos nos afecta una incipiente paranoia y sentimos que el mundo está contra nosotros. Yo me enfrenté con la realidad. Por un instante me acometió este miedo primitivo. Luego lo rechacé encogiéndome de hombros y traté de triunfar sobre él.

Pero esa leve vacilación fue suficiente. Lo que debía haber hecho era tirar, matar, destruir, tal como lo había planeado. Aunque no había planeado enfrentarme con tanta gente de esa manera. Por lo tanto, no podía vencer. Por supuesto que hice algo de daño con gas y bombas, armé un poco de barullo, pero no bastó. Manos y más manos tironeaban de mis ropas. No lo hacían con ninguna suavidad. Me embestían con el mismo odio salvaje que yo sentía por ellos. Anverso y reverso de la moneda. Ambos buscábamos la destrucción del otro. Me persiguieron, me derribaron y cuando quedé inconsciente, lo sentí casi como una bendición.

No me permitieron disfrutar de esta paz por mucho tiempo. El dolor y un olor penetrante en las fosas nasales me devolvieron a la ingrata realidad. Un hombre grandote, alto, estaba parado frente a mí. No alcanzaba a distinguir sus facciones a través de mis ojos incapaces de enfocar correctamente. Me daba la impresión de que muchas manos me sostenían, me estrujaban, me sacudían. Me pasaron algo húmedo por la cara que me aclaró la mirada, y pude ver. Verlo a él como él me veía a mí.

El doble de alto que un hombre normal, tanto más corpulento que yo que tuve que echarme hacia atrás y levantar los ojos para observarlo. Su piel era de un tono rojizo; sus ojos angulosos y oscuros; dientes en punta.

-¿De cuándo eres? -preguntó con voz áspera, hablando en el idioma que empleábamos en la División. Yo debo haber demostrado alguna reacción ante esto, porque el hombre sonrió victorioso, sin ninguna calidez-. Tenía que ser de la División Especial. El único destello de energía previo a la oscuridad. ¿Cuántos de ustedes vinieron? ¿Dónde están los demás?

-Ellos... los encontrarán a ustedes -alcancé a decir. Un minúsculo triunfo para mi lado comparando las victorias de los contrarias. Aún no sabían que había llegado solo, y yo conservaría la vida en tanto no lo descubrieran. Cosa que ocurriría pronto. Me habían desnudado con suma eficiencia, quitado todos mis implementos. Ya no tenía defensas. Seguirían mi rastro de vuelta hasta el hotel, y allí se darían cuenta de que no tenían nada más que temer.

-¿Quién eres tú? -pregunté, ya que las palabras eran mi única arma. No me respondió, pero en cambio levantó ambos puños en un gesto de triunfo. Las palabras me vinieron automáticamente a la boca-. Estás loco.

-Por supuesto -exclamó exultante, y las manos que me sujetaban tironearon y se agitaron a un mismo tiempo-. Ésa es nuestra condición, y aunque en una oportunidad nos mataron por ello, no volverán a hacerlo. Esta vez saldremos victoriosos porque destruiremos a nuestros enemigos antes incluso de que hayan nacido, condenaremos al olvido inerte a los responsables.

Recordé que Coypu había mencionado algo acerca de la destrucción de la Tierra en un pasado remoto. ¿Lo habían hecho para detener a esta gente? ¿Estaban ahora impidiendo que se cumpliera ese propósito? Sus gritos interrumpieron mis pensamientos.

-Llévenlo. Tortúrenlo a fondo para darme el gusto y debilitarle la voluntad. Luego extráiganle el conocimiento de su cerebro. Hay que descubrir todo, todo.

Cuando las manos me arrastraron de la habitación, yo ya sabía lo que tenía que hacer. Esperar. Alejarme de este hombre, de la muchedumbre, hasta encontrarme con las habilidades especializadas de los torturadores y tener una cierta y necesaria intimidad. La ocasión se presentó en el momento en que los técnicos de un laboratorio blanco aporrearon a las personas que me sujetaban, y me arrancaron de sus manos. Eran tan brutales entre ellos como lo habían sido conmigo. Una jerarquía de odio. Debían estar locos, como había dicho el hombre. ¿Qué perversión de la historia humana había puesto en escena a estos sujetos? No había modo de imaginario.

Nuevamente esperé. Tranquilo, en el conocimiento de que tenía una sola oportunidad y no debía desperdiciaría. La puerta estaba cerrada. Me colocaron sobre una mesa y me ataron los tobillos a ella. Había cinco hombres conmigo, en la habitación. Dos me daban la espalda, concentrados como estaban en sus instrumentos. Los restantes me sujetaban. Moví la mandíbula hacia adelante y levemente hacia abajo, sobre la última muela, con toda la fuerza que pude.

Esta era mi última arma, el arma final, la que nunca hasta ahora había utilizado. Por lo general ni siquiera la llevaba conmigo, considerando que las situaciones normales de vida o muerte no valían ser ganadas a este precio. La situación actual era diferente. Al morder, se partió la muela artificial y corrieron por mi garganta las gotas del líquido amargo que contenía.

Tan pronto como me atacaba el dolor, éste era anulado por la droga amortecedora de los nervios que me permitió soportar la arremetida de los otros ingredientes, un brebaje diabólico que los médicos de la División habían preparado a pedido mío, y que sólo había sido probado en pequeñas cantidades en animales de ensayo. Contenía todos los estimulantes que existían, incluso un nuevo tipo de sinergéticos, los complejos productos químicos que le permitían al cuerpo humano realizar la hazaña increíble de una fuerza poderosa que se conocía desde hacía mucho tiempo, pero que era imposible de reproducir.

El tiempo corría y los hombres que revoloteaban a mi alrededor se movían con lentitud. Al ver esto, esperé unas fracciones de segundo para que las drogas surtieran un efecto completo antes de estirar las manos. A pesar de que tenía un hombre macizo apoyado en cada uno de mis brazos, no me importaba. No experimenté ninguna sensación de peso, ni siquiera de esfuerzo, cuando levanté a ambos del piso a un mismo tiempo, estrellé el cráneo de uno contra el otro y los arrojé contra un tercero que se hallaba al pie de la mesa. Sufrieron el impacto, rodaron, cayeron con los rostros contraídos por el dolor y el pánico. Me incorporé, tomé las sólidas tiras de metal que me amarraban los tobillos, y las arranqué. Parecía la cosa más sencilla y obvia que podía hacer. Esto me produjo ciertas heridas en los dedos, que noté al pasar pero no les concedí mayor importancia. Otros dos hombres se volvieron hacia mí. Al verlos aún desprevenidos -uno de ellos empuñaba un arma-, me abalancé sobre ellos, repartí puñetazos, los derribé y los azoté con ímpetu contra los demás, aumentando el fardo de cuerpos doloridos. Eran cinco contra uno, de modo que no me podía dar el lujo de demostrar la más mínima clemencia, aún cuando lo hubiese querido. Los golpeé con los pies -dado que me dolían mucho las manos- hasta que ya el bulto no se movió más, y sólo entonces permití que el razonamiento frío penetrara en mi furia embravecida.

¿Y ahora? A escapar. Mis ropas estaban hechas jirones y me las arranqué. Mis torturadores tenían vestimenta blanca; me tomé el tiempo para desprenderles todas las desconocidas abotonaduras y calzarme las prendas menos sucias de su atuendo. Tenía un desgarrón en la frente que cubrí con un prolijo apósito -habría más vendajes aquí después de la batalla en la entrada-; luego me envolví las manos. No me interrumpieron ya que no debo haber demorado mucho, y cuando terminé, salí de la habitación y atravesé velozmente el pasillo, desandando el camino por el que me habían arrastrado. Se oía un zumbido como el de un enjambre alborotado. Toda la gente con la que me crucé parecía demasiado preocupada como para percatarse de mí, incluso las personas que en la antesala se arremolinaban alrededor de una gran mesa para examinar mis armas. Si hubiese sido un momento apropiado para sonreír, lo habría hecho.

Suavemente, sin molestar a nadie, estiré el brazo y accioné una cremallera de bombas de gas, conteniendo la respiración mientras manoteaba en busca de los filtros nasales. Es un gas rápido, y aun aquellos que alcanzaron a ver lo que hacía, no tuvieron tiempo de advertir a nadie antes de caer. El aire se enrareció por la concentración de gas. Tomé la

pistola de intensidad magnética y de un golpe abrí la puerta que comunicaba con la otra habitación.

-¡Tú! -exclamó él. Su imponente cuerpo rojizo permanecía de pie aún mientras los demás se iban desplomando a su alrededor. Tambaleante, hizo esfuerzos por alcanzarme, luchando contra el gas que debía haberío volteado al instante. Le apreté la pistola contra la sien hasta que se detuvo. No obstante sus ojos, llenos de un odio asesino, no se apartaron de mí a medida que lo iba amarrando en su silla. Sólo cuando hube trancado la puerta lo miré a la cara y noté que seguía consciente.

-¿Qué clase de hombre eres? -Las palabras quedaron en mis labios, sin formular la pregunta-. ¿Quién eres?

-Soy el que gobernará por siempre, la mente inmortal. Desátame.

Había tanta fuerza en su voz que me sentí impulsado a acercarme con pasos temblorosos. La redondez de sus ojos crecía ante mí. Yo estaba confuso; quizás se estuvieran desvaneciendo los efectos de las drogas. Agité la cabeza y parpadeé rápidamente. Pero otra parte de mí seguía alerta, no afectada aún por ese gran poder, esa gran perversidad.

-Un largo reinado aunque no muy cómodo -dije, sonriendo-. A menos que hagas algo y te cures de este lindo bronceado solar.

No podría haber dicho nada mejor. Este monstruo carecía por completo de sentido del humor, y no debe haber estado acostumbrado a otra cosa que a la obediencia servil. Una sola vez emitió un aullido, una suerte de rugido animal, y luego comenzó a proferir un torrente de insensateces mientras me preparaba para terminar la guerra del tiempo.

¿Loco? Por supuesto que lo era, pero tenía una cierta locura organizada que se perpetuaba, crecía e infectaba a los que lo rodeaban. El cuerpo era artificial. Ahora le veía las cicatrices y los injertos, cuando me hablaba. Un cuerpo fabricado, transplantado, robado, una monstruosidad metálica que me revelaba demasiado acerca de la clase de mente que podía elegir vivir en un receptáculo de esta naturaleza.

Había otros como él, pero él era el mejor, el único. Aunque resultaba difícil comprender todo esto, recordé lo que pude para referencia futura. Me quité la reja de ventilación, esparcí mis polvos en el sistema de aire, me preparé para arrojar una llave inglesa en este satánico taller.

El y sus seguidores habían sido destruidos una vez en la plenitud del tiempo. El me lo había dicho. De alguna manera extraña habían planeado reconquistar el dominio del universo, pero no lo lograrían. Yo, Jim diGriz, el Escurridizo, ingenuo pirata sin domicilio fijo, había sido llamado antes para realizar muchas grandes tareas y siempre había cumplido. Ahora me pedían que salvara el mundo, y si era mi deber, lo haría.

-No podrían haber elegido hombre mejor -dije, orgulloso, mientras estudiaba el funcionamiento de un laboratorio de tiempo salpicado de cuerpos caídos. La verde espiral enrollada de la hélice de tiempo me sonreía, y yo respondí con otra sonrisa.

-Voy a arrojar bombas en los mecanismos, y a ustedes los mando a dar un paseo -exclamé, feliz, mientras me abocaba a los preparativos-. Exterminaré la maquinaria y dejaré a los locos en manos de las autoridades locales. Aunque quizás el Colorado Grande se merezca un tratamiento especial.

Por cierto que sí, y pensé qué estaba esperando. Estaba esperando hacerlo en el ardor del apasionamiento, supongo. Nunca mato en frío. Aunque esta vez tendría que hacerlo. Al comprenderlo me insensibilicé, coloqué el selector de la pistola en cargas explosivas y me dirigí a la otra habitación.

Se presentó la oportunidad mucho antes de lo que hubiera imaginado. Una gran mole colorada se abalanzó sobre mí, me golpeó. Rodé ante el impacto, me estrellé contra una pared, me retorcí y extraje la pistola.

Con rápidos movimientos corrió hacia el extremo de la hélice de tiempo.

Las balas también se desplazan con rapidez, y las mías salieron silbando de la pistola magnética y se incrustaron en su cuerpo. Allí, estallaron.

Y luego él desapareció. Fue arrastrado en el tiempo, hacia el futuro o el pasado, no sé muy bien porque la maquinaria ardía, se derretía, mientras yo corría. ¿Estaría muerto cuando arribara a su destino? Seguramente. Le había disparado con cargas explosivas.

El efecto de ciertas drogas comenzaba a disiparse; sentía aguijonazos de dolor y fatiga acuciándome en el borde de la conciencia. Era el momento de partir. De recoger mi instrumental e irme. Al hotel y luego a un hospital. Una pequeña cura de descanso mientras fuera atendido, me daría tiempo para considerar qué debía hacer a continuación. La tecnología de esta era podía ser lo suficientemente avanzada como para construir una hélice de tiempo, y yo aún tenía la memoria del profesor encerrada en la caja negra. Probablemente necesitaría mucho más dinero, pero siempre hay modos de conseguirlo.

Me alejé con paso tambaleante.

9

Llevaba una valijita diplomática cargada con los elementos corrientes: granadas, bombas de gas, explosivos, filtros nasales, una o dos pistolas, las herramientas normales de la profesión. Caminaba erguido, con los hombros cuadrados y un aire marcial cuando entré en la oficina de pagos. Aunque más no fuese para hacer justicia al vistoso uniforme, con cintas y tiras doradas, de teniente de navío de la marina de los Estados Unidos.

-Buenos días -dije, en tono animado, cerrando la puerta al pasar y trancándola al mismo tiempo, suave, silenciosamente con la herramienta que tenía escondida en la mano.

-Sí, señor.

El suboficial de pelo entrecano que se hallaba detrás del mostrador respondió amablemente, pero era obvio que su atención se centraba en su trabajo, en el montón de papeles prolijamente apilados sobre su escritorio, y los oficiales extraños debían aguardar su turno. Los suboficiales dirigen la marina, tal como hacen los sargentos en todos los ejércitos. Muchos marineros realizaban operaciones financieras. A través de una puerta divisé el bulto gris y boquiabierto de la caja fuerte. Hermoso. Apoyé mi valijita sobre el mostrador y la abrí.

-Me he enterado por los diarios -dije- como los militares siempre redondean las cifras para arriba, al millón o billón siguiente, cuando piden subsidios.

-Sí, sí, señor -musitó el pagador, aporreando las teclas de la calculadora, sin el menor interés en mi habilidad como lector ni en ningún comentario de la prensa.

-Pensé que le interesaría. De ahí saqué la idea de compartir la riqueza. Si son tan desprendidos, pueden prescindir de una cierta cantidad para destinármela a mí. Es por eso que voy a matarlo, suboficial.

Bueno, con eso conseguí atraer su atención. Esperé hasta que abriera al máximo los ojos y la boca; luego accioné el disparador de mi pistola de caño largo. El suboficial emitió un gruñido y desapareció de mi vista, desplomándose detrás del mostrador. Todo esto no llevó más que un momento, y las demás personas de la oficina empezaban a notar que ocurría algo cuando me di vuelta y los fui derribando uno a uno. Pasé encima del reguero de cuerpos tendidos, metí la cabeza en la oficina interior y exclamé:

-¡Hola, capitán, cómo le va!

Se dio vuelta, pronunció un saludo náutico, y recibió el impacto de la aguja a un lado del cuello. Se cayó con la misma celeridad que los demás. Mi droga es potente, de rápida acción y soporífera. Ya se oían ronquidos en la pieza contigua. Allí estaban los sueldos,

pilas de billetes cuidadosamente dispuestas en numerosos estantes. Abrí mi valija, y estaba por tomar el primer fajo de verdes bendiciones, cuando destrozaron el vidrio de la ventana y empezaron a dispararme balas.

Solo que yo no estaba ahí. Si hubieran tirado a través del vidrio me habrían agujereado completamente con las balas de plomo que utilizaba la gente de esta época, pero no lo hicieron. Al romper el vidrio antes de disparar me dieron esa fracción de segundo indispensable para tomar un curso de acción, acción que mis bien templados y siempre desconfiados reflejos viven aguardando. Me arrojé al piso, al tiempo que hacía caer entre los dedos minibombas desde el escondite de la manga. Humo y resplandor. Golpearon con un ruido sordo, brillaron, y al instante el aire se oscureció.

Lancé una segunda tanda y cesó el tiroteo. Me deslicé por el piso como una serpiente. Dado que el bulto de la caja fuerte se hallaba entre la ventana y yo, comencé a llenar al tacto la valija con dinero. El hecho de que me hubiesen descubierto y de estar en peligro mortal no era motivo para abandonar el botín. Si me tomaba todo este trabajo, al menos tenía que obtener una recompensa.

Fui arrastrándome hasta la oficina del frente. Estaba por trasponer la puerta cuando escuché un atronador altavoz desde afuera.

-Sabemos que está ahí adentro. Salga y entréguese o lo matamos. Tenemos rodeado el edificio. No le queda otra escapatoria.

El humo se aclaró un poco cerca de la puerta. Parado en la penumbra observé por la ventana que la voz había dicho la verdad. Vi camiones, presumiblemente cargados de ceñudos y bien armados policías de seguridad. Al igual que jeeps, con inmensas ametralladoras de gran calibre montadas en la parte trasera. Un formidable comité de recepción.

-¡Nunca me prenderán vivo, cretinos! -grité, sembrando humo y bombas de estruendo en todas las direcciones, además de una granada explosiva que derribó parte de la pared de atrás. Amparándome en toda esa barahúnda me arrastré hasta el suboficial que dormía y le quité la chaqueta, manoseando a tientas. Debe haber sido un muchacho con muchos años de servicio, porque tenía más rayas que un tigre y galones hasta los codos. Me quité la chaqueta y me calcé la de él. Luego también intercambié nuestras gorras. Los que estaban afuera parecían haber dispuesto una complicada trampa, o sea que sabían más cosas de mí que lo que me habría gustado. Pero este conocimiento podía volverse contra ellos con un ligero cambio de rango. Esparcí unas cuantas bombas más, guardé la pistola en el bolsillo, tomé las valijas y abrí la puerta del frente.

-No disparen! -grité con voz ronca, al tiempo que me abalanzaba al aire fresco y me quedaba parado en la puerta. Era un blanco perfecto-. No tiren que me está apuntando por la espalda. ¡Soy un rehén! -Traté de parecer aterrorizado, cosa que me exigió muy poco esfuerzo al ver el pequeño ejército que me esperaba.

Luego di un medio paso vacilante y miré por sobre el hombro, permitiendo que todos me observaran bien. Intentando ignorar la sensación de que tenía un blanco pintado en mi pecho, con el centro justo sobre mi corazón.

Nadie disparó.

Prolongué un poco más el momento. Luego me tiré al suelo y rodé hacia un lado.

-¡Dispárenle! ¡Agárrenlo! ¡Yo estoy a salvo!

Fue muy espectacular. Todas las armas abrieron fuego a un mismo tiempo, arrancaron la puerta del marco, los vidrios de las ventanas, y el frente del edificio quedó perforado como un colador.

-¡Apunten alto! -grité, gateando para protegerme en el jeep más cercano-. Nuestros muchachos están todos en el piso.

Tiraron alto, enérgicamente, y comenzaron a separar el techo de la base del edificio. Pasé al lado del jeep arrastrándome. Un oficial se me acercó pero se desplomó cuando le rompí una cápsula de gas adormilante debajo de la nariz.

-El teniente está herido -exclamé, empujándolo a él y a las valijas dentro del vehículo- Lo voy a llevar de aquí.

El conductor fue muy servicial e hizo lo que le ordené, casi sin darme tiempo a treparme yo. Antes de haber recorrido cinco metros, el artillero dormía junto al teniente y, en cuanto el conductor puso en marcha acelerada, él también se quedó dormido. Fue complicado sacarlo del asiento y ubicarme yo en su lugar avanzando a una buena velocidad, pero conseguí hacerlo. Luego apreté el acelerador.

No demoraron mucho en alcanzarnos. De hecho, el primer jeep ya me perseguía cuando yo estaba metiendo al conductor en la parte trasera, con los otros. Esta barrera de cuerpos fue una bendición porque así dejaron de dispararme. Aunque por cierto no abandonaban la persecución. Di una curva cerrada en una esquina e hice que un pelotón de marineros pegara un salto para ponerse a cubierto. Luego eché una rápida mirada a mis perseguidores. ¡Dios mío! Veinte, treinta vehículos de todo tipo venían pisándome los talones. Autos, jeeps, camiones, incluso una o dos bicicletas que se pasaban una a la otra, sirenas y bocinas estridentes, divirtiéndose de lo lindo. Jim diGriz, benefactor de la humanidad. Dondequiera que yo voy hago feliz a la gente. Me introduje en un gran hangar, pasando como un bólido entre hileras de helicópteros. Los mecánicos saltaron a los costados en medio de una nube de herramientas que volaban, al tiempo que yo me desplazaba rozando las máquinas al hacer un giro brusco, de nuevo en dirección al frente abierto del hangar. Cuando salía por un lado, mis perseguidores se precipitaban por el otro. Muy emocionante.

Helicópteros... ¿por qué no? Ésta era Bream Field, la autoproclamada capital mundial del helicóptero. Si aquí los arreglaban, indudablemente también podían hacerlos volar. A esta altura, toda la estación naval estaría rodeada, y controlados sus accesos. Tenía que hallar otro modo de escapar. A una cierta distancia se erigía la torre verde de vidrio. Hacia allí me dirigí. La pista estaba frente a mí, y había un helicóptero panzón con el motor en marcha y las hélices cortando el aire en lentos círculos. Detuve el jeep debajo de la puerta abierta. Cuando me paré para arrojar las valijas por la abertura, un corpulento marinero me tiró una patada a la cabeza.

Habían dado el alerta por radio, por supuesto, y probablemente lo habían hecho en un área de ciento cincuenta kilómetros a la redonda. Qué fastidio. Tuve que esquivar el golpe, agarrar al marinero y forcejear con él hasta que la horda de mis fieles seguidores llegó rugiendo. El marinero conocía demasiado este tipo de lucha, de modo que hice trampa y acorté la pelea disparándole una de mis agujas en la pierna. Luego entré las valijas con el dinero, arrojé varias granadas de gas y finalmente trepé al interior.

Como no quería molestar al piloto, que dormía en los controles, me instalé en el asiento del copiloto y contemplé anonadado la cantidad de diales y perillas. Por cierto que eran muchísimos para un artefacto tan primitivo. Tanteando pude encontrar los que necesitaba, pero a esta altura ya me rodeaba un compacto círculo de vehículos y una multitud de policías de seguridad, con gorras blancas y portando armas, pugnaban por ingresar primero al helicóptero. El gas adormilante los volteó, incluso a los que tenían máscaras antigas. Luego accioné el acelerador a fondo.

Ha habido mejores despegues, pero como una vez me dijera un instructor, cualquier cosa que te transporte por el aire es ventajosa. La máquina se estremeció, osciló, dio bruscos tirones. Abajo, varios hombres se tiraron al piso, y sentí el ruido que producían las ruedas al raspar el techo de un camión. En seguida me encontré volando, alejándome en una suave curva. Hacia el océano y al sur. No fue sólo la casualidad la que me llevó a esta

precisa base militar cuando me hizo falta conseguir dinero. Bream Field está situada en el extremo sur de California, con el Océano Pacífico por un lado y Méjico por el otro. Es decir, lo más al Sur y al Oeste que uno puede ir en los Estados Unidos. Ya no quería permanecer más tiempo en Norteamérica. No con lo que parecían ser todos los helicópteros de la marina persiguiéndome. Estoy seguro de que los aviones de guerra estaban ya en camino. Pero Méjico es una nación soberana, otro país, y la caza no podía continuarse hasta allí. Eso esperaba. Al menos les ocasionaría algunos problemas. Y antes de que resolvieran dichos problemas, yo ya me habría escapado.

Cuando divisé las playas blancas y el agua azul allá abajo, preparé un sencillo plan de fuga. Y me familiaricé con los controles. Luego de un cierto grado de tanteo y de varias bruscas sacudidas, encontré el piloto automático.

Un hermoso dispositivo que permitía a la máquina permanecer en el aire o seguir un rumbo. Justo lo que necesitaba. Vislumbré abajo la frontera; luego la plaza de toros y las casitas rosadas, azules y amarillas de los balnearios mejicanos. Pasé rápidamente esa zona, y al instante comenzó el siniestro litoral de Baja California. Negros dientes de rocas en la espuma, arena y barrancas escarpadas que se abatían sobre el mar, acacias grises, polvorientos cactus. Ocasionalmente, una casa. Más adelante, una península rocallosa se internaba en el océano. Hice avanzar la máquina hasta ella y bajé por el lado opuesto. El resto de los helicópteros me venía siguiendo a escasos segundos de diferencia.

No me hacían falta más que segundos. Accioné el mecanismo para permanecer fijo en el aire y bajé en medio de los durmientes defensores de la ley. El mar estaba a unos diez metros abajo, y las veloces hélices levantaban nubes de rocío. Tiré las dos valijas al agua y me di vuelta para ponerle una inyección al piloto en el cuello antes de que llegaran. Se estaba despertando y parpadeando, el antídoto para el gas durmiente es casi instantáneo, cuando coloqué el piloto automático en posición de avanzar y me lancé por la puerta abierta.

Todo fue simultáneo. El helicóptero se alejó a toda marcha al tiempo que yo daba volteretas en el aire. No fue una zambullida perfecta, pero me las ingenié para chocar primero con los pies. Me sumergí, tragué un poco de agua, tosí, salí nadando a la superficie y me golpeé la cabeza contra una de las valijas que estaba flotando. El agua, mucho más fría de lo que pensaba, me hizo tiritar y me produjo un calambre en la pierna izquierda. La maleta me sirvió de soporte, de modo que, pateando y forcejeando, chapaleé hasta alcanzar la otra. En el momento en que lo hacía se oyó un poderoso rugido en lo alto, al tiempo que un estruendoso tropel de helicópteros pasaban raudamente como ángeles vengadores. Estoy seguro de que ninguno miraba en dirección al agua, sino que todos los ojos iban fijos en el helicóptero solitario que, delante de ellos, se dirigía hacia el Sur. Vi que esta máquina se elevaba y se alejaba describiendo un círculo. Un jet con alas en delta apareció de improviso, descendió en picada y rodeó el aparato. Me quedaba un poco de tiempo, pero no mucho. Y no había absolutamente ningún lugar donde esconderse en la roca de la península ni en la arena desnuda de la playa.

Hay que improvisar, me dije, mientras nadaba jadeando hacia la orilla. Por algo te llaman Jim el Escurridizo. Escúrrete de ésta, si puedes. Me volvió el calambre, y lo único que atiné a hacer fue sumergirme debajo del agua. Encontré arena firme en el fondo, y así pude llegar caminando a los tumbos hasta la playa.

Tenía que esconderme sin estar escondido. La solución era camuflarme, uno de los trucos originales de la madre naturaleza. Los furiosos helicópteros seguían zumbando en el horizonte cuando comencé a cavar enérgicamente en la arena con las manos peladas.

¡Basta!, me ordené a mí mismo, incorporándome. Lección número uno: usa el cerebro, no los músculos.

Por supuesto. Hice resbalar en mi mano una granada explosiva, la destrabé, la solté dentro del hoyo y salté a un lado. Actuó con eficiencia y desparramó una lluvia de arena a su alrededor. Y dejó un hermoso cráter del tamaño exacto para albergar las dos maletas. Las metí ahí adentro, comencé a desvestirme impetuosamente y tiré las ropas junto con las valijas. Los tripulantes de los helicópteros deben haber estado cambiando ideas. Ahora pegaban la vuelta y regresaban en dirección a la playa.

Por casualidad, la vanidad me había inducido esa mañana a ponerme unos calzoncillos rojos que, a la distancia, podían pasar fácilmente por un traje de baño. Me quedé sólo con los calzoncillos puestos y pateé arena en el hoyo hasta tapar todo.

Cuando el primer helicóptero se acercó zumbando en lo alto, yo estaba tendido tomando sol boca abajo. Era un bañista más de la playa. Pasaron en hilera y describieron un rápido círculo. Me senté y los observé, como haría cualquiera, al oír tanto escándalo. Luego desaparecieron detrás del cordón rocoso, y dejó de escucharse el fragor de los motores.

Pero no por mucho tiempo, eso era seguro. ¿Qué debía hacer? Nada. Quedarme donde estaba y poner cara de inocente. Había elegido el papel y debía representarlo hasta el final.

Muy pronto volvieron. La persona que dirigía el operativo ordenó una batida por el océano, la playa y las colinas. Ahora avanzaban a menor velocidad, revisando cada centímetro de terreno, indudablemente con lentes poderosas. Era el momento de darme otra zambullida. Tirité cuando el agua me cubrió los tobillos, y me di cuenta de que me estaba poniendo morado a medida que me iba introduciendo en el mar. Una ola rompió sobre mi cabeza, y me puse a nadar majestuosamente al estilo perrito.

Regresaron los helicópteros. Uno de ellos se cernió en el aire, sobre mí, empapándome. Agité indignado un puño y grité auténticas maldiciones, ahogadas por el ruido de los motores. Alguien se asomaba por la puerta abierta y me gritaba algo en respuesta, pero yo no prestaba atención. Luego de una cierta dosis de amenazas con el puño en alto, me sumergí y nadé debajo del agua, tratando de que la pierna que no sufría de calambres hiciera el trabajo de las dos. El helicóptero trazó una curva y se alejó con los demás, al tiempo que yo penosamente alcanzaba la orilla y me tendía en la arena a secarme al sol y al viento.

¿Cómo haría para salir de ahí?

10

Tan pronto como los helicópteros estuvieron fuera de la vista me puse a cavar como un topo, desenterré la ropa y las valijas y las coloqué por sobre el nivel de la marea alta. Otra bomba y otra sepultura, sólo que esta vez me calcé los pantalones y zapatos y guardé ciertos instrumentos de mi equipo en los bolsillos. Unos rápidos cortes transformaron el uniforme de mangas largas en una camisa sport de mangas cortas. Cuando las prendas empezaron a secarse, perdieron toda semejanza con un uniforme militar, cosa que me vino muy bien. Antes de irme removí la arena para borrar el hoyo que había cavado y tomé precisas triangulaciones de algunos picos grandes que pudieran después servirme de puntos de referencia. Luego enfilé hacia el camino costero, que pasaba a unos cientos de metros de allí.

Mi suerte perduraba. En cuanto ascendí a la ruta que se dirigía al Norte, se me acercó un aparato abierto parecido a una cucaracha, con altas ruedas. Levanté el pulgar en el gesto universal y me respondió el chirrido de los frenos del vehículo. Noté que unos esquíes acuáticos sobresalían de la parte trasera y que dos jóvenes muy bronceados iban en el asiento de adelante. Sus atuendos eran más desaliñados aún que el mío. Sabía que ésa era una moda, así que quizás me tomaron por uno de ellos.

-¡Hombre, qué mojado se te ve! -comentó uno, cuando trepé en el asiento de atrás.

-Estaba drogado y tuve un viaje húmedo.

-Algún día tendré que probarlo -comentó el conductor, y la máquina se puso en movimiento.

Menos de un minuto más tarde, dos toscos sedans negros aparecieron en dirección contraria, con luces y sirenas a todo vapor. Llevaban la inscripción de «Policía» en grandes letras, que pude traducir al inglés sin necesidad de mucho conocimiento lingüístico. Mis nuevos amigos, luego de negarse a tomar un refresco, me bajaron en Tijuana y se alejaron velozmente. Me senté en una mesita en la calle, con un tequila grande, lima y sal, y caí en la cuenta de que acababa de escapar de una trampa cuidadosamente planeada.

Y qué trampa. Era evidente, ahora que tenía tiempo para pensar tranquilo. Todos esos jeeps y camiones no habían surgido del aire porque sí, y dudo que esa potencia de fuego pudiera haberse organizado con tanta rapidez, aun cuando hubiera sonado una alarma. Repasé cada uno de mis movimientos y me convencí de que yo no había accionado ninguna alarma.

Entonces, ¿cómo supieron lo que iba a ocurrir?

Lo supieron porque algún saltador del tiempo había leído los diarios luego del suceso y volvió atrás en el tiempo para dar el alerta. Yo sabía que iba a suceder, lo cual no quiere decir que tuviera que disfrutar con la idea. Lamí la sal del pulgar, apuré el tequila y mordí la lima. La combinación me pareció maravillosa y sentí que un fuego ácido me corría por la garganta.

El estaba vivo. Yo había exterminado su organización este feliz día de 1975, pero el se había dedicado a una mayor y peor peligrosidad en otra era. Se reanudaba la guerra del tiempo. El y sus locos querían dominar toda la historia y todo el tiempo, idea demente que muy bien podía tener éxito ya que habían eliminado a la División Especial en el futuro, la única organización respetuosa de la ley que podría haberlos vencido. O mejor dicho, habían eliminado a toda la División menos a mi, que había sido arrojado de vuelta al pasado para eliminar a los eliminadores, y así poder reintegrar la División a los probables cursos de la historia futura. Una gran tarea, de la cual había logrado cumplir el 99,9 por ciento. Era el vital 0,1 por ciento el que aún ocasionaba problemas, el monstruo que se me había escapado en el extremo de la hélice de tiempo a pesar de que lo acribillé con balas explosivas. Probablemente tuviera entrañas blindadas. La próxima vez utilizaría algo más poderoso. Una bomba atómica en la bandeja del desayuno, o algo por el estilo.

A trabajar. Había esperado que se pudiera fabricar una hélice de tiempo para mandarme de vuelta al futuro, es decir, para hacerme avanzar hasta el futuro. La gramática deja bastante que desear en lo que respecta al viaje en el tiempo. Regresar/avanzar hasta los brazos de mi Angelina y la aclamación de mis pares. Pero no en este momento, ya que ni siquiera existían. La guerra del tiempo es algo complicado y por momentos puede llegar a ser muy confusa. Me alegré de no necesitar saber la teoría sino de poder ser enviado por otros hacia atrás o adelante, como una pelota de paleta, a cumplir enérgicamente cualquier tarea que se me encomendaba.

No hubo dificultad en conseguir un auto a la mañana siguiente, temprano, y desenterrar el dinero, aunque sí tuve que inducir a algunos espectadores a dormir como lirones. Fue aún más fácil entrar el dinero clandestinamente en los Estados Unidos y, antes del mediodía, me encontraba en las oficinas de Whizzer Electronics S.A., de San Diego. Un inmenso y completo laboratorio, un pequeño despacho a la entrada con una recepcionista no demasiado inteligente, y nada más. Había encontrado el lugar, y ahora tendría que hacerse cargo el profesor Coypu.

-¿Entiende, profesor? -dije, hablándole a la cajita negra que portaba su nombre escrito-. Todo listo. -Agité la cajita-. Algún día tendrá que contarme cómo pueden existir sus

recuerdos en este grabador si no existe usted ni tampoco existirá en esta galaxia porque El y sus locos aniquilaron la División. No, mejor no me cuente. No sé si realmente quiero saberlo. -Levanté la cajita en alto y la paseé por la habitación.

El mejor instrumental que el dinero robado puede adquirir. Cuanta herramienta moderna de investigación estuvo al alcance de mi mano. Un surtido de repuestos de todo tipo. Una provisión de materia prima. Catálogos de todos los industriales en el campo electrónico, físico y químico. Un amplio margen en la cuenta bancaria para poder extraer y comprar lo necesario. Una pila de cheques firmados a la espera de que se le completen los datos. Lecciones de lengua muy bien grabadas. Instrucciones, una historia de lo que ha sucedido, todo. Se lo paso a usted, profesor, y tenga cuidado con este cuerpo. Es el único que tenemos.

Sin darme tiempo a cambiar de idea, me tiré sobre el sofá, me puse en el cuello el contacto de la caja de memoria y accioné el control.

-¿Qué ocurre? -preguntó Coypu, internándose en mi mente.

-Muchas cosas. Usted se halla en mi cerebro, Coypu, de modo que no haga nada peligroso.

-Muy interesante. Sí, claro, su cuerpo. Déjeme mover ese brazo ahora. A propósito, ¿por qué no se va de aquí un rato mientras yo veo qué es lo que pasa.

-No estoy seguro de querer irme.

-Debe hacerlo. Vamos, yo lo empujo.

-¡No! -grité, como si pudiera impedirlo.

Una cosa negra informe me presionó hacia abajo y desaparecí de la vista, hundiéndome en una mayor penumbra, empujado por los recuerdos electrónicamente agrandados de Coypu...

el
tiempo
transcurre
tan
lentamente

Tenía la caja negra en la mano, con el nombre «Coypu» escrito en gruesas letras blancas en la tapa. Mis dedos estaban sobre un interruptor colocado en apagar.

Recobré la memoria y con paso mental tambaleante busqué una silla donde sentarme. Hasta que descubrí que ya estaba sentado, así que me senté más fuerte.

Yo me había ido y alguien había manejado mi cuerpo. Ahora que recuperaba el control, pude detectar débiles huellas de recuerdos de trabajo, mucho trabajo, un gran período de tiempo, días, tal vez semanas. Había quemaduras y callos en mis dedos y una nueva cicatriz en el dorso de mi mano derecha. Un grabador cobró vida con un susurro -debe haber tenido un contador de tiempo-, y me habló el profesor Coypu.

-Por empezar, no vuelva a hacer esto. No permita que esta memoria grabada de mi cerebro se apodere de su cuerpo. Porque puedo recordar todo. Recuerdo que ya no existo más. Este cerebro encerrado es lo único que quizás pueda quedar de mí. Si apago la perilla, dejo de ser. Y la perilla puede no volver a encenderse nunca. Esto es suicidio, y no soy un suicida. Es sumamente difícil tocar la perilla. Creo poder hacerlo ahora. Sé lo que está en juego. Algo mucho más grande que la seudovida de este cerebro grabado en cinta. De modo que haré todo lo posible por accionar el control. Dudo que pueda intentarlo otra vez. Como le dije, no vuelva a hacer esto. Se lo advierto.

-Estoy advertido, estoy advertido -musité, apagando la cinta. Fui a buscar algo que tomar. Coypu era un buen hombre. El bar estaba tan provisto como yo lo había dejado. La triple medida de whisky con hielo me despejó la cabeza. Nuevamente encendí el grabador.

-Vamos al grano. Una vez que comencé a investigar, llegué a comprender por qué estos criminales temporales eligieron esta época en particular. Una sociedad que se lanzaba a la era de la tecnología, y sin embargo la gente tenía todavía una mentalidad de medioevo. El disparate del nacionalismo, la contaminación, la insensatez de la guerra interglobal...

-Déjese de cátedras, Coypu. Sigamos con el espectáculo.

-...pero no es necesario dar una cátedra sobre este tema. Basta con decir que aquí disponen de todos los materiales para fabricar una hélice de tiempo. Y la organización social permite disimular convenientemente una maniobra importante con el tiempo. Yo construí una hélice de tiempo y está enroscada, lista. También construí un rastreador de tiempo, y con él pude determinar la posición temporal de este ser llamado El. Por razones que sólo él conoce, está operando fuera del pasado relativamente reciente de este planeta, hace unos ciento setenta años. Supongo que toda su operación actual es una trampa. Desgraciadamente para usted. De alguna manera que no puedo descubrir, ha interpuesto un obstáculo de tiempo antes del año 1805. Así que usted no puede regresar a un período anterior para darle caza mientras está fabricando su residencia actual. Sea prudente: El debe estar trabajando con una fuerza numerosa. Le he marcado los controles de manera que pueda elegir cualquiera de los cinco años posteriores a 1805, durante los cuales están operando. En una ciudad llamada Londres. La elección queda en sus manos. Buena suerte.

Apagué el grabador y fui, deprimido, a buscarme otro trago. Bonita alternativa. Tenía que elegir el año de mi destrucción. Regresar al pasado precientífico y batirme a duelo con los esbirros de El. Aun cuando ganara, ¿qué? Podía quedar aislado toda la vida, anclado en el tiempo. Funesta perspectiva. No obstante, tenía que ir. En realidad, la opción era ilusoria. El me había descubierto en el año 1975, y la próxima vez podía acabar conmigo. Mucho mejor sería ofrecerle lucha. Tomé otro trago y saqué el primer libro que encontré en un largo estante.

Coypu no había perdido el tiempo. Aparte de conseguirme todas las armas, había reunido una pequeña biblioteca sobre los años en cuestión, la primera década del siglo XIX. Al comprender que mi destino era Londres, el nombre de una persona cobró suma importancia.

Napoleoni Buonaparte. Napoleón Primero, emperador de Francia, de la mayor parte de Europa y de casi todo el mundo. Sus ambiciones megalomaníacas no diferían en nada de la propia ambición de El. Aquí no había coincidencia; tenía que haber una conexión. Aún no sabía cuál era, pero estaba tétricamente seguro de que muy pronto me enteraría. Entretanto leí todos los libros sobre la época hasta que me pareció saber lo que necesitaba. Lo único alentador del asunto era que en Inglaterra hablaban una variedad del idioma que se hablaba en los Estados Unidos, así que no tendría que soportar la tortura de otras lecciones lingüísticas con el memorigrama.

Por supuesto, estaba el problema del atuendo, pero encontré más que suficientes ilustraciones de ese período. De hecho, un encargado de vestuarios teatrales de Hollywood me proporcionó un guardarropa completo, desde pantalones a la rodilla y chaquetas abotonadas hasta grandes capas y sombreros de copa. La moda de esa época era muy atractiva. Me gustó de entrada porque podía esconder muchos aparatos entre los voluminosos pliegues.

Dado que regresaría a ese mismo tiempo del tiempo, cualquiera fuese el tiempo en que abandonara el tiempo presente, me tomé el tiempo necesario para los preparativos. Pero eventualmente, se me acabaron los pretextos. Había llegado el momento. Mis armas y herramientas estaban listas y a punto; mi salud era perfecta; mis reflejos, intensos; la moral, por el suelo. No obstante, había que cumplir el cometido. Me presenté en la oficina de entrada, y la recepcionista, dejando de mascar chicle, me miró sorprendida.

-Señorita Kipper, hágase un cheque por cuatro semanas de sueldo por preaviso.

-¿No está conforme con mi trabajo?

-Su trabajo no ha dejado nada que desear. Pero debido a una mala administración, la empresa se ha declarado en quiebra. Yo me voy al extranjero para eludir a los acreedores.

-Lo lamento muchísimo.

-Le agradezco su preocupación. Bueno, le firmo el cheque...

Nos dimos la mano y la acompañé hasta afuera. Yo tenía un mes de alquiler pagado por anticipado, y el propietario podría quedarse con los equipos sobrantes. Pero había colocado un destructor en la hélice de tiempo que se accionaría después de haberme ido. Ya se había maniobrado demasiado con el tiempo, y no tenía ningún deseo de hacer entrar más jugadores en el partido.

Fue una proeza meterme en el traje espacial con toda la ropa puesta. Por último, tuve que sacarme las botas y la chaqueta y atarlas por fuera con el resto del instrumental. Así de cargado, me dirigí con paso torpe hasta el tablero de control. Debía tomar una decisión final. Sabía adónde iba a llegar y, siguiendo las instrucciones de Coypu, había establecido días antes de las coordenadas pertinentes, en la máquina. Londres estaba descartado. Si ellos tenían algún aparato detector, registrarían mi llegada. Quería arribar geográficamente lo más lejos posible para que no me detectaran, pero lo suficientemente cerca como para no tener que soportar un largo viaje en los medios primitivos de transporte de la época. Todo lo que había leído acerca de ellos me hacía estremecer. De modo que transé por el valle del Támesis, cerca de Oxford. La mole de los montes Chiltern se interpondría entre Londres y yo, y la roca sólida absorbería radares, rayos zeta o cualquier otra radiación detectora. Una vez que hubiera llegado, podría dirigirme a Londres por agua -a unos cien kilómetros-, en vez de utilizar los horribles caminos de ese entonces.

Ahí llegaría... cuándo, eso era otra cuestión. Miré fijamente los diales numerados como si ellos pudieran decirme algo. Estaban mudos. Una muralla de tiempo levantada en 1805; imposible arribar antes. El año 1805 me parecía ser una trampa; seguramente estarían listos, esperándome. Así que debería llegar más tarde. Pero no demasiado, porque si no, ya habrían llevado a cabo la maldad que planeaban. Opté por dos años, lapso no muy largo como para que hubiesen completado su trabajo, aunque suficiente, para tomarlos algo desprevenidos. Ojalá. Respiré hondo y coloqué los diales en 1807. Oprimí el activador. Al cabo de dos minutos el tiempo pasaría a toda velocidad. Con pies de plomo me dirigí hacia la espiral verde radiante de la hélice de tiempo, y toqué el extremo en forma de palanca.

Al igual que en la otra oportunidad, se produjo un brillo tan intenso que me dificultaba la visión. Los dos minutos me parecieron dos horas, pero el reloj me indicaba que faltaban más de quince segundos para el gran salto. Esta vez cerré los ojos, recordando las molestas sensaciones de mi último brinco en el tiempo. De modo que estaba tenso, nervioso y ciego cuando la hélice se soltó y me impulsó de vuelta a través del tiempo.

¡Zas! No fue muy agradable. A medida que la hélice se desenroscaba me lanzó hacia el pasado, mientras gastaba su energía en dirección al futuro. Concepto muy interesante que no me interesaba en lo más mínimo. Por algún motivo, este viaje me revolvía las entrañas más que el anterior, y yo estaba muy ocupado autoconvenciéndome de que agitarme vestido con un traje espacial no es nada lindo. Luego me di cuenta de que la sensación de caída era por el hecho de que realmente estaba cayendo. Abrí los ojos y comprobé que me hallaba en medio de una feroz tormenta. Y abajo, a poca distancia, veía confusamente campos anegados y nítidos árboles que se elevaban en dirección a mí.

Después de manotear desesperado el control del paracaídas de gravedad, pude accionarlo por completo. Los aparejos crujieron y chillaron ante la repentina disminución de la velocidad. Yo también crují y chillé, ya que las correas parecían rebanarme la carne y penetrar hasta los huesos, que pronto desaparecerían por el desgaste de la fricción. Sinceramente pensé que se me iban a caer brazos y pies cuando me estrellé en medio de las

ramas pequeñas de un árbol, reboté contra una más grande y quedé aplastado en el suelo. Claro que el paracaídas de gravedad seguía funcionado hacia arriba y, en cuanto la pendiente amortiguó mi descenso, volví a remontarme y alejarme golpeando de paso por segunda vez contra la rama, elevándome por sobre la copa del árbol en una gran conmoción de follaje.

Una vez más busqué a tientas el control y traté de pulsarlo mejor. Floté a la deriva, rodeé el árbol, me caí como una pluma empapada y me quedé un rato tendido.

-Maravilloso aterrizaje, Jim -me dije, tanteándome en busca de huesos rotos-. Deberías trabajar en un circo.

Estaba magullado pero entero, hecho que comprobé luego de que un calmante me hubiera aclarado la cabeza y adormecido los nervios. Atontado miré a mi alrededor en medio de la lluvia pero no vi a nadie. Ni tampoco rastros de habitación humana. En un campo cercano, unas vacas siguieron pastando sin inquietarse por mi dramática aparición. Había logrado arribar.

A trabajar, me ordené a mí mismo, y comencé a descargarme al amparo de un árbol grande. Lo primero que saqué fue el receptáculo plegable que había fabricado con una gran ingeniosidad. Al armarlo se convertía en un baúl de cuero y bronce típico de la época. Todo lo demás cabía dentro de él, incluso el traje espacial y el paracaídas de gravedad. Cuando lo hube cargado y cerrado ya no llovía más, y un pálido sol hacía grandes esfuerzos por abrirse paso en medio de las nubes. A juzgar por su altura era la media tarde, o sea que me quedaba tiempo de sobra para buscar un refugio antes del anochecer. Pero, ¿para qué lado? Un sendero que atravesaba el campo de pastoreo debía conducir a alguna parte, así que por allí me dirigí cuesta abajo. Tuve que saltar un cerco de piedras para tomarlo. Las vacas volvieron hacia mí sus redondos ojos. Fuera de eso, me ignoraron. Eran animales enormes y yo los conocía sólo por fotos. Traté de recordar lo que me habían dicho de su belicosidad. Aparentemente estas bestias tampoco lo recordaban ya que no me molestaron cuando recorrí el sendero, en marcha para enfrentarme con el mundo.

La senda conducía hasta un portón que daba a un camino lateral, lo sorteé, y estaba pensando en qué dirección ir cuando un rústico medio de transporte anunció su presencia con un intenso chirrido y una ola de emanaciones transportadas por la brisa. Pronto apareció ante mi vista. Era un artefacto de madera de dos ruedas tirado por un caballo particularmente huesudo, y contenía un cargamento entero de algo que ahora sé que se llama estiércol, un fertilizante natural muy apreciado para las cosechas, así como por su capacidad para producir uno de los ingredientes vitales de la pólvora. El conductor de este aparato era un campesino de aspecto desaliñado, vestido con ropas muy deformadas que viajaba en una plataforma en la parte delantera. Levanté una mano. Él tironeó de una serie de correas que guiaban a la bestia y todo se detuvo, originando un ruido quejumbroso. Me observó, haciendo chocar sus encías despobladas, en memoria de los dientes perdidos largo tiempo atrás; luego se golpeó la frente con los nudillos. Yo había leído acerca de este rito que representaba la relación de la clase baja con las clases superiores, y me di cuenta de que la elección de mi atuendo había sido acertada.

-Buen hombre, voy hasta Oxford -dije.

-¿Qué? -dijo él, colocándose una mano mugrienta detrás de la oreja.

-¡A Oxford! -grité.

-Ah, sí, Oxford -asintió, contento-. Queda para allá. -Señaló hacia atrás, sobre su hombro.

-Ahí voy. ¿Me puede llevar?

-Yo voy para allá -respondió, señalando hacia adelante.

Extraje de mi monedero una libra esterlina de oro que había adquirido en lo de un viejo traficante en monedas. -probablemente nunca hubiese visto tanto dinero junto-, y se la mostré. El hombre abrió los ojos desmesuradamente e hizo sonar las encías.

-Yo voy para Oxford.

Cuanto menos hable de este viaje, mejor. Mientras el bostamóvil sin suspensión torturaba la parte trasera de mi anatomía, el cargamento me atacaba la nariz. Pero al menos íbamos en la dirección correcta. Mi chofer parloteaba cosas incomprensibles consigo mismo, loco de alegría por su inesperada racha de suerte, y apremiaba al arcaico rocín para que trotara lo más rápido posible. El sol se abrió paso cuando emergimos de la arboleda. Delante de nosotros divisé las torres grises de la universidad, descoloridas en contraste con el gris pizarra de las nubes. Realmente, una vista muy atractiva. Mientras la admiraba, se detuvo el carro.

-Oxford -dijo el conductor, señalando con un dedo roñoso-. Puente Magdalena.

Me bajé de un salto, me froté las nalgas doloridas y contemplé el suave arco del puente que cruzaba un río pequeño. Se produjo un golpe seco a mi lado en el momento en que mi cofre chocó contra el suelo. Iba a protestar, pero mi medio de transporte ya había dado la vuelta y enfilaba por el camino en dirección contraria. Dado que yo tenía tan pocas ganas de entrar a la ciudad en el carro como él de llevarme, no protesté. Pero al menos podría haberme dicho algo. Adiós, por ejemplo. En realidad, no me importaba. Me eché el baúl sobre los hombros y caminé hacia adelante, fingiendo no haber visto al soldado de uniforme azul que estaba parado junto a una casucha, en el extremo del puente. El cual sostenía una enorme y larga arma de pólvora que terminaba en una especie de espada filosa. Pero él sí me vio, bajó el artefacto para impedirme el paso y acercó su cara de oscura barba a la mía.

-¿Qué vulé vu? -dijo, o algo por el estilo. Imposible de entender. Quizás, un dialecto de la ciudad, ya que no había tenido problemas en comprender al campesino que me había traído aquí.

-¿Tendría la bondad de repetir lo que dijo? -le pedí, en el tono más amable posible.

-Coshón ansié -gruñó, y me tiró un golpe con el extremo inferior de madera de su arma, hacia el diafragma.

No fue muy lindo de su parte. Le mostré mi disgusto haciéndome a un lado de manera que errara el impacto, y le devolví el favor aplastándole yo el diafragma de un rodillazo. Se dobló por la mitad, y así pude darle en la nuca. Aprovechando que estaba inconsciente, tomé su arma para que no se disparara sola al caer.

Todo esto ocurrió en un brevísimo lapso, y advertí las miradas azoradas de los ciudadanos que pasaban. Al igual que la mirada feroz de otro soldado que se encontraba a la puerta del destartalado edificio, y que agitaba su arma en dirección a mí. Por cierto éste no era el modo de entrar inadvertido a la ciudad, pero ya que había empezado, debía terminar.

Del dicho al hecho. Me arrojé hacia adelante, tanto para apoyar el baúl en el suelo como para esquivar el arma. Se produjo una explosión, y una lengua de fuego me pasó rozando la cabeza. Luego derribé a mi oponente golpeándolo con el extremo de mi arma. Si es que había otros en el interior, lo mejor sería atacarlos en el espacio cerrado.

Ya lo creo que había otros; una buena cantidad. Me encargué de los que estaban más cerca con un poco de pelea sucia cuerpo a cuerpo. A continuación lancé una granada de gas adormilante para silenciar al resto. Tuve que hacerlo a pesar de que no me gustaba. Rápidamente desordené la ropa y pateé en las costillas a los hombres que habían sucumbido ante el gas para dar la idea de que habían sido tumbados por algún medio violento.

Y ahora, ¿cómo hacía para salir? Rápido, ya que los espectadores debían haber difundido la alarma a esta altura. No obstante, cuando llegué a la puerta vi que los transeúntes se habían aproximado y trataban de observar lo que había ocurrido. Al salir, sonrieron y gritaron alborozados. y uno de ellos exclamó:

-¡Un hurra por su señoría! ¡Miren lo que les hizo a los franchutes!

Se alzaron clamores de felicidad mientras yo permanecía aturdido. Había algo que no andaba bien. Después caí en la cuenta de un hecho que me venía fastidiando desde el instante en que divisé la universidad. La bandera que, orgullosamente, ondeaba sobre la torre más cercana. ¿Dónde estaban las cruces entrecruzadas de Inglaterra?

Esa era la enseña tricolor de Francia.

Mientras trataba de descifrar el enigma, un nombre vestido con ropas de cuero color marrón se abrió paso entre la animada multitud, a la que hizo callar hablando a gritos.

-Váyanse todos a sus casas antes de que vengan los soldados y los maten. Y no mencionen ni una palabra de esto o terminarán colgados de las puertas de la ciudad.

Miradas de terror reemplazaron el júbilo y comenzaron a moverse a un mismo tiempo, todos excepto dos hombres que se acercaron a recoger las armas desparramadas en el interior. El gas se había disipado, así que los dejé pasar. El primer hombre se tocó el sombrero con dos dedos al aproximarse a mí.

-Muy bien hecho, señor, pero tendrá que alejarse en seguida porque alguien puede haber oído ese disparo.

-¿Y adónde voy? Es la primera vez en mi vida que vengo a Oxford.

Me miró rápidamente de arriba a abajo del mismo modo que yo lo estudiaba a él con la vista, y tomó una decisión.

-Vendrá con nosotros.

Justo a tiempo porque escuché los pasos marciales de botas en el puente cuando nos dirigíamos apresurados por un camino lateral, cargados con las armas. Pero estos hombres eran de la zona y conocían las curvas y atajos, y noté que nunca nos vimos en un gran peligro. Corrimos y caminamos en silencio durante casi una hora hasta que llegamos a un inmenso granero, aparentemente nuestro punto de destino. Entré detrás de los demás y apoyé mi baúl en el suelo. Cuando me enderecé, los dos hombres que habían acarreado las armas me agarraron de los brazos, mientras el hombre vestido de cuero marrón me puso un cuchillo filoso contra la garganta.

-¿Quién eres? -preguntó.

-Me llamo Brown, John Brown, y vengo de los Estados Unidos. ¿Cómo es tu nombre?

-Brewster. -Acto seguido, y sin cambiar el tono de voz, agregó-: ¿Me puedes dar una razón para que no te matemos por espía?

Sonreí apaciblemente para demostrarle lo insensato de tal idea. Pero por dentro no me sentía nada tranquilo. Espía, ¿por qué no?

¿Qué podía responderle? Piensa pronto, Jim, porque un cuchillo mata tan rotundamente como una bomba A. ¿Qué sabía yo? Que Oxford estaba ocupada por soldados franceses. Lo cual significaba que debían haber invadido Inglaterra, adueñándose de todo el territorio o de parte de él. Se había organizado una resistencia contra esta invasión -la gente que me retenía era prueba de ello-, así que saqué de este hecho una pista y traté de improvisar.

-Vine aquí en una misión secreta. -Eso siempre da resultado. El cuchillo seguía presionando mi garganta-. Como sabrán, los Estados Unidos apoyan su causa...

-Norteamérica ayuda a los franchutes; ya lo dijo Benjamín Franklin.

-Sí, claro, el señor Franklin es responsable de esto en gran medida. Francia es demasiado poderosa y por eso hacemos causa común con ella. Aparentemente. Pero hay hombres como yo que quieren ayudarlos.

-Demuéstralo.

-Cómo podría hacerlo? Los papeles pueden ser falsificados, sería una inconsciencia llevarlos con uno, y de todas maneras ustedes no les darían crédito. No obstante, tengo algo que sirve de constancia y que yo debía entregar a cierta gente en Londres.

-¿A quién? -Me pareció que el cuchillo se había retirado levemente de mi cuello.

-Eso no se lo puedo decir. Sin embargo, por toda Inglaterra hay hombres como ustedes que desean sacudiese del yugo tiránico. Nos hemos puesto en contacto con algunos grupos, y yo estoy encargado de hacer entrega de la prueba que les mencioné.

-¿Qué es?

-Oro.

Eso los impactó y sentí que los brazos que me sujetaban aflojaban algo la presión. Aproveché la ventaja.

-Ustedes nunca me habían visto antes, y probablemente nunca vuelvan a verme. Pero yo puedo suministrarles la ayuda que precisan para comprar armas, sobornar a soldados, asistir a los prisioneros. ¿Por qué creen que me batí con esos soldados hoy en público? -pregunté, con repentina inspiración.

-Dínoslo -respondió Brewster.

-Para conocerlos a ustedes. -Miré lentamente sus rostros sorprendidos-. Hay ingleses leales en todos los rincones de esta tierra que odian al invasor y que quieren arrojarlos de estas verdes costas. ¿Cómo puede uno ponerse en contacto y colaborar con ellos? Acabo de mostrarles una manera... y de suministrarles estas armas. Ahora les entregaré oro para que prosigan la lucha. Así como yo confío en ustedes, deben ustedes confiar en mí. Si lo desean, tendrán oro suficiente como para escabullirse de aquí y vivir felices en algún lugar mejor del mundo. Pero no creo que lo hagan. Han arriesgado sus vidas por estas armas. Harán lo que crean más adecuado. Yo les daré el oro y partiré. Nunca volveremos a encontrarnos. Debemos basarnos en la confianza mutua. Yo confío en ustedes... -Reduje mi voz de modo que pudieran ellos terminar la frase.

-A mí me parece bien, Brewster -dijo uno de los hombres.

-A mí también -añadió otro-. Recibamos el oro.

-Yo recibiré el oro, si es que hay que recibirlo -dijo Brewster bajando el cuchillo, pero aún vacilante-. Podría ser todo una mentira.

-Podría ser -me apresuré a decir, antes de que empezara a destripar mi endeble historia-. Pero no lo es, y tampoco importa. Verán que esta noche ya me he ido y nunca nos volveremos a encontrar.

-El oro -dijo mi guardián.

-Vamos a verlo -dijo Brewster, reacio. Había logrado mi objetivo. Después de esto, no podría echarse atrás.

Abrí el cofre con sumo cuidado mientras una pistola me presionaba en los riñones. Tenía el oro. Esa era la única parte cierta de mi historia. Lo llevaba fraccionado en una cantidad de bolsitas de cuero, con el propósito de financiar este operativo. Es decir, exactamente lo que estaba haciendo ahora. Saqué una y se la entregué a Brewster con aire solemne.

Extrajo varios gránulos relucientes y todos lo miraron. Yo proseguí.

-¿Cómo hago para llegar a Londres? -pregunté-. ¿Por el río?

-Hay centinelas en cada esclusa del Támesis -respondió Brewster, mirando aún el empedrado de oro en la palma de su mano-. No podría llegar más allá de Abingdon. El único modo es a caballo, por caminos laterales.

-No conozco esos caminos. Voy a necesitar dos caballos y alguien que me guíe. Puedo pagar, como se darán cuenta.

-Luke te acompañará -dijo, levantando por fin la mirada-. Antes era carretero. Pero sólo hasta la muralla. Tendrás que valerte por ti mismo para burlar la vigilancia de los franchutes.

-De acuerdo. -Así que Londres estaba ocupada. ¿Y el resto de Inglaterra?

Brewster salió a buscar los caballos y Guy sacó a relucir pan ordinario y queso, al igual que cerveza, que tuvo más aceptación. Conversamos, o mejor dicho, ellos conversaron y yo escuché, intercalando de vez en cuando alguna palabra por miedo a hacer preguntas que revelaran mi total ignorancia. Pero al final me hice una idea de la situación. Inglaterra había sido totalmente ocupada y pacificada varios años atrás; no pude enterarme de cuánto hacía de eso, aunque todavía se seguía luchando en Escocia. Había funestos recuerdos de la invasión, del gran cañón que produjo un daño tremendo, de la armada del Canal que había sido destruida en una sola batalla. Me resultó fácil percibir la maldad de El en gran parte de los hechos. La historia había sido reescrita.

Sin embargo, este pasado en particular no era el pasado del futuro del que yo acababa de venir. Empezó a dolerme la cabeza de sólo pensar en ello. ¿Este mundo existió en un recodo del tiempo, separado del curso principal de la historia? ¿O fue un mundo suplente? El profesor Coypu lo sabría, pero me pareció que no le gustaría que lo extrajera de la cinta de su memoria nuevamente nada más que para responder a mis preguntas. Tendría que descifrarlo sin su ayuda. Piensa, Jim, pon en funcionamiento tu sesera. Te enorgulleces de tu inteligencia, así que para variar aplícala a algo que no sea una bribonada. Tiene que haber alguna lógica. Punto 1: en el futuro, este pasado no existió. Punto 2: claro que existía ahora. Pero el punto 3 podría indicar que mi presencia aquí destruiría este pasado, incluso el recuerdo de este pasado. No tenía idea de cómo podía llevarse esto a cabo, pero me resultó una idea tan agradable y reconfortante que me aferré a ella. Jim diGriz, transformador del curso de la historia, agitador del mundo. Fue una imagen cálida y la acaricié mientras me dormía sobre el heno... y poco después me despertaba rascándome debido a los insectos que arremetían contra mi cuerpo tibio.

Los caballos no llegaron hasta el anochecer. Quedamos de acuerdo en que lo mejor sería partir al alba. Saqué un rocío antiinsectos de mi baúl para matar a mis atacantes, y así pude disfrutar de una noche relativamente tranquila antes de la cabalgata de la mañana.

¡La cabalgata! Viajamos tres días, y antes de llegar a Londres, hasta las llagas de mi trasero tenían llagas. Mi primitivo compañero parecía disfrutar de la travesía y la consideraba una excursión. Hacía comentarios acerca de los campos que atravesábamos y se emborrachaba todas las noches en las tabernas donde nos detengamos. Luego de cruzar el Támesis a la altura de Henley, tomamos una larga curva hacia el Sur esquivando los grandes centros de población. Cuando volvimos a encontrar el Támesis en Southwark, teníamos el puente de Londres frente a nosotros, y detrás, los techos y chapiteles de la ciudad. Un poco difícil de ver debido a la alta muralla que se extendía a lo largo de la ribera opuesta. La muralla se dibujaba nítida, definida, muy distinta del resto de la ciudad manchada por el humo gris. De pronto, me asaltó un pensamiento.

-Esa pared es nueva, ¿no? -pregunté.

-Sí. La terminaron hace dos años. Ahí murió mucha gente, mujeres y niños, que tuvieron que construirla como esclavos. Rodea toda la ciudad. No tiene ningún sentido, pero él está loco.

SI tenía sentido, y por más halagador que fuera para mi ego, no me gustaba la idea. Esa muralla fue levantada para mí, para impedirme la entrada.

-Tenemos que encontrar una posada tranquila -dije.

-El George, aquí cerca -Hizo chasquear ruidosamente los labios-. Buena cerveza, también. De la mejor.

-Ve tú, si te agrada. Yo quiero algo sobre el río, desde donde se pueda ver el puente.

-Conozco el lugar indicado, El Jabalí y la Avutarda, en la calle Pickle Herring. Buena cerveza también.

El más inmundo brebaje le parecía bueno, en tanto contuviera alcohol. Pero el Jabalí y la Avutarda me venía de perillas. Un establecimiento desacreditado con un letrero roto sobre la puerta que representaba un cerdo de aspecto extraño y un pájaro más extraño aún, enfrentados para una probable lucha. En la parte de atrás había un muelle destartalado donde podían amarrar los barqueros sedientos. La habitación que me destinaron daba al río.

Luego de mandar mi caballo al establo y de regatear por el precio de la pieza, tranqué la puerta y desembalé el telescopio electrónico. Con él obtuve una imagen clara, grande y deprimente de la ciudad que se hallaba en la margen opuesta.

Estaba rodeada por esa muralla de diez metros de altura de ladrillo y piedra erizada de aparatos detectores de todo tipo. Si intentaba atravesarla por arriba o por abajo, me descubrirían. Mejor olvidarse de ella. Desde esta ubicación ventajosa la única entrada que veía era el otro extremo del puente, y lo consideré detenidamente. El tránsito cruzaba con lentitud porque todo y todos eran minuciosamente revisados por los soldados franceses antes de permitírselas el acceso. Una a una hacían ingresar a las personas a un edificio que había en la muralla. Según pude notar, todos volvían a salir. Pero, ¿saldría yo también? ¿Qué pasaba en ese edificio? Tenía que averiguarlo, y el bar de la posada era el lugar indicado.

A todo el mundo le gusta alguien que gaste mucho, y yo me puse en ese tren. El posadero tuerto se las ingenió para encontrar una aceptable botella de clarete en el sótano, que reservé para mí. La gente del lugar estaba más que contenta consumiendo jarra tras jarra de cerveza. Estos recipientes eran de cuero recubiertos con alquitrán, lo que le añadía un cierto sabor especial a la bebida, pero a los clientes parecía no importarles demasiado. Mi mejor informante fue un arriero de barba encrespada llamado Quinch. El se encargaba de llevar los animales desde el corral hasta el matadero, y allí colaboraba en la sangrienta tarea de los carniceros. Su sensibilidad, como uno podía suponer, no era muy fina, pero sí lo era su capacidad para beber, y cuando bebía hablaba, y yo no le perdía palabra. Entraba y salía de Londres todos los días. Poco a poco, siguiendo su lenguaje injurioso e irreverente, pude formarme una idea precisa de los procedimientos para permitían la entrada.

Los soldados revisaban; eso lo veía desde mi ventana. A veces, era un examen superficial, a veces, detenido. Pero había una parte de la rutina que era invariable.

Toda persona que ingresara a la ciudad debía introducir una mano en un orificio de la pared del cuartel de guardia. Nada más que eso, meter la mano hasta el codo sin tocar nada, y sacarla.

Me quedé pensando en ello, bebiendo el vino a sorbos e ignorando el griterío de júbilo viril a mi alrededor. ¿Qué podían detectar con eso? Tal vez las impresiones digitales pero yo tenía la costumbre de llevar una capa de huellas dactilares falsas, y las había cambiado en tres oportunidades desde el último operativo. ¿La temperatura? ¿La alcalinidad de la piel? ¿El pulso o la presión sanguínea? Estos habitantes de un pasado que me parecía sombrío, ¿podían tener una constitución física distinta? No era irrazonable esperar que hubiese habido cambios en más de treinta mil años. Tenía que averiguarlas pautas actuales.

Lo hice con suma facilidad. Construí un detector que podía grabar todos estos factores y me lo colgué entre las ropas. Disimulé el dispositivo captador dándole forma de anillo, que me puse en la mano derecha. A la noche siguiente estreché cuantas manos pude, termine mi vino y me retiré a mi habitación. Las grabaciones eran exactas, con un grado de precisión y reveladoras del ± 0,006 por ciento.

Confirmaban el hecho de que todas ellas entraban en el ámbito de la normalidad.

-No estás pensando, Jim -me acusé frente al espejo deforme-. Tiene que haber una razón para que hayan hecho ese orificio en la Pared. Y la razón es algún instrumento detector. ¿Para detectar qué? -Me alejé de la mirada acusadora-. Vamos, vamos, no quieras eludir la pregunta. Si no la puedes responder de ese modo, dala vuelta. ¿Qué es posible detectar?

Así era más fácil. Empecé a anotar en un papel todas las cosas que pueden ser observadas y medidas, incluyendo las frecuencias. Luz, calor, ondas radiales, etc.; luego la vibración y el sonido, reflejos de radar, todo, sin intentar aplicar las cosas detectadas al cuerpo humano. Todavía no. Hice esto después de haber confeccionado una lista lo más completa posible. Cuando hube utilizado todo el papel, triunfante me felicité a mí mismo y lo releí para buscar las aplicaciones humanas.

Nada. Me deprimí una vez más. Lo tiré. Luego, volví a tomarlo. Algo ¿qué era? Algo relacionado con algo que había escuchado acerca de la Tierra. ¿Qué? ¿Dónde? ¡Aquí! Coypu había dicho que la bomba atómica la había destruido.

Radiactividad, la era atómica aún pertenecía al futuro. La única radiactividad de este mundo era la radiación normal del ambiente. Esto podía controlarlo rápidamente.

Yo, criatura del futuro, era ciudadano de una galaxia llena de radiación concentrada. Cuando bajé a verificar, comprobé que mi cuerpo era el doble de radiactivo que los cuerpos calientes de mis amigos del bar.

Ahora que sabía contra qué debía precaverme, podía hallar el modo de evitarlo. Hice trabajar un poco mi vieja sesera y pronto concebí un plan. Antes del amanecer, ya estaba listo para atacar. Dado que todos los artefactos escondidos en mi cuerpo eran de plástico, ningún detector podría localizarlos, si es que tenían uno funcionando. Los implementos metálicos estaban todos en un tubo plástico de menos de un metro de largo y no más ancho que mi dedo, que guardé enrollados en un bolsillo. A la hora más oscura antes del amanecer, me escabullí y recorrí furtivamente las calles en busca de mi presa.

Y muy pronto la hallé: un centinela francés que custodiaba uno de los accesos a los muelles adyacentes. Un rápido forcejeo, un poco de gas, un cuerpo fláccido, un oscuro pasadizo. Al cabo de dos minutos aparecí en el extremo opuesto vestido con su uniforme, llevando su escopeta en el hombro, al estilo francés. Y mi tubo de instrumental escondido en el caño. Que se animaran a descubrir ese metal con un detector. Calculé el tiempo con exactitud y cuando, con las primeras luces, los rezagados guardias nocturnos regresaban a Londres, yo marchaba en la última hilera. Entraría inadvertido, formado entre las filas del enemigo. Un plan especial para tontos. No iban a revisar a sus propios soldados.

Más tonto fui yo. Cuando regresamos por el portón en el extremo del puente, observé algo interesante que no alcanzaba a distinguir con el telescopio desde mi habitación.

A medida que cada soldado pasaba por el cuartel de guardia, se detenía un momento bajo la fría mirada de un sargento, e introducía la mano en un oscuro orificio hecho en la pared.

12

-¡Merd! -exclamé al tropezarme contra un borde desparejo del puente. No sabía lo que significaba, pero era la palabra más usada por los soldados franceses y me pareció que se adaptaba a la ocasión. Me desplomé sobre el soldado que se hallaba junto a mí, y con el fusil le di un golpe fuerte en la sien. El dio un grito de dolor y me pegó un empujón. Retrocedí tambaleante, choqué contra la baranda... y me caí al río.

Lo hice a la perfección. Había mucha corriente. Me sumergí debajo del agua y sujeté el fusil entre las rodillas para no perderlo. Luego emergí a la superficie una sola vez, chapoteé y di unos gritos incoherentes. Los soldados se arremolinaron en el puente

señalándome. Cuando creí haberles producido la impresión deseada, dejé que las ropas mojadas y el peso del arma me hicieran hundir nuevamente. Llevaba la máscara de oxígeno en un bolsillo interior, y demoré sólo unos segundos en desplegarla y pasarme las correas por la cabeza. Le extraje el agua exhalando con fuerza e inhalando luego oxígeno puro. Después, fue sólo cuestión de nadar lenta, suavemente. La marea estaba bajando, así que la corriente me arrastraría alejándome del puente. Había podido escapar, sobrevivía para recuperar mis fuerzas y volver a pelear, y me sentía totalmente deprimido por haber fracasado en mi intento por trasponer la muralla. Seguí nadando en el sombrío crepúsculo tratando de idear otro plan, aunque no era ése precisamente el lugar más apropiado para la reflexión. Tampoco el agua estaba muy tibia. La fantasía de un fuego ardiente en mi habitación y una jarrita de ron caliente me impulsó durante un lapso que me pareció excesivamente prolongado. Por último divisé una forma oscura en el agua que se convirtió en el casco de una pequeña nave amarrada a un muelle. Alcancé a distinguir los pilotes más allá. Me detuve debajo de la quilla, extraje del fusil el tubo del instrumental, y también saqué todo lo que llevaba en el capote. El fusil metido dentro de la manga de la chaqueta se precipitó por su peso al fondo del río. Respiré hondo, me quité la máscara de oxígeno, la escondí también y me elevé hasta la superficie lo más sosegadamente posible, junto al barco.

Sólo para encontrarme con los faldones y los emparchados pantalones de un soldado francés sentado en la baranda, arriba. Estaba afanosamente abocado a la tarea de lustrar el caño negro azulado de un cañón infernal de aspecto mucho más efectivo que todas las armas del siglo XIX que había visto, lo cual indudablemente se debía al hecho de no pertenecer en absoluto a este período. Por algo más que un mero interés circunstancial yo había estudiado las armas de la época que acababa de abandonar, y así pude reconocer que era un cañón sin retroceso, de setenta y cinco milímetros. Arma ideal para montar en un barco liviano de madera, ya que podía ser disparada sin que la embarcación se hiciera pedazos. También podía hacer estallar cualquier otro buque de madera con precisión, mucho antes que estuvieran a tiro sus cañones que se cargaban por la boca. Para no hablar de la posibilidad de destruir ejércitos en un campo de batalla. Unos cientos de estas armas, retrotraídas en el tiempo, podían alterar el curso de la historia. Y lo habían hecho. El soldado se dio vuelta, escupió en el río y yo me sumergí nuevamente, desapareciendo entre los pilotes.

Había una escalerilla más a lo lejos, fuera del alcance de la vista de la nave francesa. No vi a nadie en las inmediaciones. Empapado, con frío, deprimido, salí del agua y corrí hacia la boca oscura de un pasaje entre los edificios. Allí había alguien parado. Quise huir, pero luego me detuve.

Porque él me apoyó en las costillas el caño de una pistola enorme, horrible.

-Camine delante de mí -dijo-. Lo llevaré a un lugar muy cómodo donde podrá conseguir ropas secas.

Pero no dijo «ropas» sino «gropas». Mi captor tenía un muy marcado acento francés.

Lo único que me quedaba por hacer era seguir sus instrucciones, aguijoneado por el primitivo cañón de mano. Primitivo o no, podía hacerme un lindo agujero. En el extremo del camino habían cruzado una diligencia que bloqueaba la senda por completo, con la puerta abierta dándome la bienvenida.

-Suba -dijo mi captor-. Yo lo haré detrás. Vi cómo caía al agua ese infortunado soldado y pensé, ¿qué pasaría si se quedara en la superficie? Y si fuera un buen nadador y pudiese cruzar el río, ¿adónde iría a parar con la corriente? Un hermoso problema matemático que resolví, y ¡voilá! me encuentro con usted saliendo del agua.

Se cerró la puerta de un golpe, el coche inició su marcha y nosotros nos quedamos solos. Me tiré para adelante, caí, di una vuelta, arremetí, quise asir la pistola... y la tomé por la culata ya que mi captor la sostenía por el caño. Me la estaba entregando.

-Por favor, tenga usted el arma, señor, Brown, si lo desea. Ya no la necesito más. -Sonrió, mientras yo fruncía el ceño, lo miraba boquiabierto y lo apuntaba con la pistola-. Me pareció el modo más sencillo de convencerlo para que viniera conmigo en el coche. Hace ya varios días que lo vengo observando, y me he convencido de que no le gustan los invasores franceses.

-Pero... ¿usted es francés?

-¡Por supuesto! Un partidario del difunto rey, y ahora un refugiado de mi tierra natal. Aprendí a odiar a este despreciable corso mientras la gente de aquí aún se reía de él. Pero ya nadie ríe, y estamos unidos en una misma causa. Permítame presentarme. Soy el conde d'Hesion y puede llamarme Charles, ya que los títulos nobiliarios pertenecen al pasado.

-Mucho gusto en conocerlo, Charley -nos estrechamos la mano-. Dígame John, no más.

La diligencia se detuvo con un chirrido, sin darnos tiempo a proseguir esta interesante conversación. Estábamos en el patio de una casa grande. Con la pistola aún en la mano, entré detrás del conde. Yo seguía desconfiando, aunque parecía haber pocos motivos de sospecha.

Los sirvientes eran todos ancianos, andaban de un lado a otro con paso vacilante, y hablaban en francés. Un criado de rodillas crujientes me preparó un baño y me ayudó a desvestirme, sin tomar en cuenta en absoluto el hecho de que yo aún empuñaba el arma mientras él me jabonaba la espalda. Me suministraron ropa de abrigo, un buen par de botas y, cuando me quedé solo, pasé todo mi instrumental a las nuevas prendas. El conde me esperaba en la biblioteca bebiendo una copa llena de una bebida apetecible. Cerca de él había un recipiente rebosante del mismo líquido. Le devolví la pistola y él, a su vez, me sirvió una copa del licor, que resbaló por mi garganta como una cálida música, enviando a mis fosas nasales un delicado vapor que jamás había inhalado.

-Cuarenta años de alejamiento de mi finca que, como se dará cuenta en seguida, queda en Cognac.

Bebí otro sorbo y lo miré. No era ningún tonto. Alto, delgado, pelo entrecano, frente ancha, facciones afiladas, casi ascéticas.

-¿Por qué me trajo hasta aquí? -pregunté.

-Para poder aunar nuestras fuerzas. Soy un estudioso de la filosofía natural y veo muchas cosas que son antinaturales. Las tropas de Napoleón cuentan con armas que no fueron fabricadas en ningún lugar de Europa. Algunos dicen que vienen de la lejana China, pero yo creo que no. Estas armas son manejadas por hombres que hablan muy mal el francés, hombres extraños, malvados. Se habla de que hay hombres más extraños y malvados aún en el sector corso. Hechos muy insólitos están sucediendo en este mundo. He venido observando muchos otros hechos excepcionales y estoy a la pesca de extranjeros. Extraños que no sean ingleses, como usted. Dígame, ¿cómo hizo para cruzar el río por debajo del agua?

-Utilizando una máquina. -No tenía sentido callarme; el conde sabía muy bien lo que preguntaba. Con todos esos cañones no valía la pena mantener en secreto la naturaleza del enemigo. Cuando le respondí, abrió asombrado los ojos y apuró su trago.

-Ya me parecía. Y creo que usted sabe más acerca de estos hombres raros y de sus armas. Ellos no pertenecen al mundo que conocemos, ¿no? ¿Usted los conoce y está aquí para luchar contra ellos?

-Vienen de un sitio de perversidad y demencia, y han traído sus delitos con ellos. Yo estoy combatiéndolos. No puedo darle una información completa sobre ellos porque yo

mismo no conozco toda la historia. Pero estoy aquí para destruirlos, a ellos y a todo lo que han hecho.

-¡Ya me parecía! Debemos unir nuestras fuerzas. Le daré toda la ayuda que pueda.

-Podría empezar enseñándome francés. Debo entrar a Londres, y se me ocurre que voy a necesitar hablarlo.

-¿Le parece que hay tiempo?

-Con una o dos horas será suficiente. Tengo otra máquina.

-Creo que empiezo a entender. Pero no estoy seguro de que me gusten todas estas máquinas.

-No es cuestión de que le gusten o le disgusten las máquinas; son inmunes a la emotividad. Podemos usarlas o abusar de ellas, así que el problema de las máquinas es un problema humano, como todos los demás.

-Me inclino ante su sabiduría. Por supuesto que tiene usted razón. ¿Cuándo comenzamos?

Regresé a El Jabalí y la Avutarda a recoger mis cosas. Luego me instalé en una habitación de la casa del conde. En una noche con el memorigrama aprendí a conversar en francés. Sentía la cabeza hecha pedazos; «dolor» es una palabra muy suave para definir los efectos colaterales que produce este dispositivo acumulador de memoria. Para deleite del conde, ahora podíamos charlar en su idioma.

-¿Cuál es el próximo paso? -preguntó. Habíamos cenado, y muy bien, por cierto, y nuevamente bebíamos cognac.

-Tengo que investigar más de cerca a uno de esos seudofranceses que parecen dominar la situación. ¿Nunca se los ve solos en este lado del río, o en pequeños grupos?

-Sí, pero se mueven sin un esquema definido. Por tanto, recabaré la información más reciente. -Hizo sonar la campanilla de plata que había junto al botellón-. ¿Le gustaría que le trajéramos a uno de esos sujetos inconsciente o muerto?

-Muy amable de su parte -respondí, levantando mi copa para que el sirviente, que había entrado sin hacer ruido, pudiese volver a llenarla-. De eso me encargaré yo mismo. Usted ubíquelo, que después yo me ocupo.

El conde dio instrucciones; el criado desapareció. Yo me aboqué a mi cognac.

-No demorará mucho tiempo -dijo el conde-. Y cuando posea la información, ¿ya tiene usted un plan bosquejado?

-Sólo en líneas generales. Debo entrar a Londres, encontrarlo a El, el principal demonio de este rincón del infierno, y luego supongo que matarlo. Además, destruir ciertas maquinarias.

-¿También eliminará al corso advenedizo?

-Sólo si se interpone en mi camino. No soy un asesino común y me resulta difícil matar porque sí. Pero mis actos deben alterar totalmente el operativo. No recibirán más las nuevas armas y pronto se les acabarán las municiones. De hecho, los intrusos quizás se esfumen por completo.

El conde arqueó una ceja pero tuvo la gentileza de no preguntar.

-La situación es muy compleja. En realidad, ni yo mismo llego a comprenderla. Tiene que ver con la naturaleza del tiempo, de lo cual yo sé muy poco. Pero parece ser que este pasado, este tiempo en que vivimos, no existe en el futuro. Los textos de historia que vendrán dicen que Napoleón fue abatido, que se extinguió su imperio, que Gran Bretaña no fue nunca invadida.

-¡Así debe ser!

-Así puede ser... si logro llegar hasta El. Pero si la historia vuelve a cambiarse, si se la retrotrae hasta lo que debía haber sido, este mundo entero, tal como lo conocemos, corre peligro de desaparecer.

-En toda empresa peligrosa siempre hay que correr un cierto riesgo. -El conde permaneció sereno, compuesto. Al hablar, hizo un gesto con la mano como para alejar un pensamiento. Un hombre admirable-. Si este mundo desaparece, ¿quiere decir que nacerá otro más feliz?

-Es más o menos eso.

-Entonces debemos continuar. En ese mundo mejor, otro yo regresará a mis fincas, mi familia volverá a vivir, habrá flores en primavera y reinará la felicidad en el país. Renunciar a la vida aquí me afectará muy poco; es una existencia miserable. Sin embargo, preferiría que no trascendiera de estas cuatro paredes el conocimiento de esta posibilidad. No sé si nuestros ayudantes aceptarían un punto de vista tan filosófico.

-Concuerdo de todo corazón. Ojalá hubiese algún otro modo de hacerlo.

-No se preocupe, querido amigo. No hablaremos más del tema.

Y así fue. Conversamos sobre arte, vitivinicultura y los riesgos inherentes a la elaboración de bebidas destiladas. El tiempo corría -al igual que los hombres del conde-, y antes de que empezáramos un segundo botellón, lo llamaron afuera para darle un informe.

-Estupendo -comentó a su regreso, frotándose gozoso las manos-. Un pequeño grupo de los hombres que buscamos están divirtiéndose en una taberna de Mermaid Court. Hay centinelas en las inmediaciones, pero supongo que ello no constituye un obstáculo para su accionar.

-Ninguno -dije, poniéndome de pie-. Si tiene la amabilidad de proporcionarme un guía y un medio de transporte, prometo regresar en menos de una hora.

Hizo lo que le pedí, y yo cumplí con lo prometido. Un individuo hosco, de cabeza rapada y rostro con profundas cicatrices me llevó en el coche y me indicó el establecimiento. Ingresé al edificio contiguo, trancado con una monstruosa pieza de ferretería, muy difícil de abrir. Y no porque me superaran los mecanismos de cerraduras ¡nunca! pero era tan grande que no alcanzaba a llegar al rodete con la ganzúa. Tuve que utilizar mi navaja y así pude entrar, subirme al techo y pasarme al techo del edificio de al lado, donde até el extremo de mi telaraña al conjunto más sólido de chimeneas. La telaraña era un cable casi invisible y prácticamente irrompible compuesto por una única y larga molécula. Se desenrolló lentamente del carretel que llevaba sujeto con un aparejo a mi pecho, y me dejé caer hacia las oscuras ventanas de abajo. Oscuras para los demás. Pero los rayos duales de luz ultravioleta que emanaban de los proyectores de mis anteojos hacían que la luz pareciera de día, en cualquier dirección que mirase. Traspuse silenciosamente la ventana, encontré a mi hombre, dejé a él y a su compañero inconscientes con una dosis de gas, lo alcé dormido entre mis brazos y volví a subir al techo tan rápido como pudo izarnos la telaraña, que giraba enérgicamente. Minutos más tarde mi presa roncaba sobre una mesa en el sótano del conde, mientras yo desplegaba mi instrumental. El conde observaba con interés.

-¿Desea obtener información de estas especies de puerco? Por lo general, no apruebo la tortura, pero ésta puede ser la ocasión para emplear un hierro candente o navajas filosas. ¡Los crímenes que han cometido estos sujetos! Dicen que los aborígenes del Nuevo Mundo pueden desollar a una persona por completo sin matarla.

-Me parece muy bien, pero no habrá necesidad. -Acomodé los instrumentos y conecté los contactos-. Otra vez las máquinas. Lo mantendré inconsciente y caminaré por su cerebro con botas con clavos, una tortura peor en muchos sentidos. El nos dirá lo que necesitamos saber, sin enterarse jamás de que habló. Después, se lo dejo a usted.

-No, gracias. -El conde levantó las manos en un gesto de disgusto-. Siempre que se mata a uno de ellos, los civiles sufren muchas represalias y muertes. Le vamos a dar unos cuantos azotes, le robamos las ropas y todo lo demás, y lo tiramos en algún callejón. Así dará la impresión de que quisieron robarle, nada más.

-Mejor, todavía. Ahora empiezo.

Recorrer esa mente fue como nadar en una cloaca. Una cosa es la demencia -y él estaba indudablemente loco como todos ellos-, pero la perversidad absoluta es inexcusable. No hubo problemas en sonsacarle información; sólo en clasificarla. Quería hablar en su propio idioma pero por último transó en usar el inglés o el francés. Sondeé, examiné a fondo, exploré y eventualmente averigüé lo que quería saber.

Llamamos a Jules, mi compañero de la cabeza rapada, para que se encargara de la agradable tarea de darle una zurra y tirarlo por ahí quitándole primero el uniforme, mientras el conde y yo regresamos agradecidos a terminar nuestro botellón.

-El cuartel general parece ser que está en un lugar llamado St. Paul's. ¿Lo conoce?

-¡Sacrilegio! ¡No se detienen ante nada! Es la catedral, la obra maestra del gran sir Christopher Wren. Aquí está, en el mapa.

-El individuo denominado El se encuentra allí, y aparentemente también toda la maquinaria y el instrumental. Pero para llegar ahí debo entrar a Londres. Existe una buena posibilidad de que pueda cruzar la muralla vistiendo su uniforme ya que su cuerpo tiene el mismo porcentaje de radiactividad que el mío, y ellos lo controlan para descubrir a los extraños. Pero puede haber contraseñas u otros medios de identificación. Quizás haya que hablar en su mismo idioma. Tendremos que distraerles la atención. Entre sus amigos, ¿hay alguien que entienda de artillería?

-Desde luego. René Dupont es un ex comandante de artillería, un soldado muy avezado. Y está en Londres.

-Ese es el hombre. Estoy seguro de que le gustará manejar uno de esos cañones de gran potencia. Antes del amanecer capturaremos un buque de artillería. Al alba, cuando abran los pórticos, empezará el bombardeo. Una cierta cantidad de proyectiles arrojados sobre los portones y el cuartel de guardia los desconcertarán. Luego se abandonará el barco y los artilleros escaparán a pie. Esto quedará en manos de sus hombres.

-Será una misión muy placentera que supervisaré personalmente. ¿Pero dónde estará usted?

-Entrando en la ciudad con las tropas, como ya lo intenté en una ocasión.

-¡Demasiado peligroso! Si llega muy temprano, lo apresarán en cuanto aparezca o lo matarán en el bombardeo. Si llega muy tarde, habrán cerrado ya el portón para impedir la entrada.

-Por tanto, tengo que calcular el tiempo con suma precisión.

-¡Mandaré a buscar los mejores cronómetros que existan!

13

El mayor Dupont era un hombre de tez rojiza, pelo entrecano y una enorme barriga. Pero era muy vigoroso, sabía de artillería y lo consumía una feroz pasión por manejar el arma increíble de los invasores. La antigua tripulación del buque artillero, incluyendo los vigías, se quedaron bajo cubierta más dormidos de lo que habían planeado, mientras yo accionaba el mecanismo del cañón sin retroceso y se lo explicaba al mayor. Este lo captó al instante y exultaba de gozo. Después de su experiencia con cañones irregulares, tiros desparejos con cañones que se cargan por la boca, pólvora lenta en encenderse y todas las otras desventajas de su oficio, esto era una revelación.

-¡Carga, mecha y proyectil en una misma pieza, maravilloso! ¿Y esta palanca hace abrir el obturador? -preguntó.

-Correcto. Aléjese de estos orificios cuando dispare porque el gas que despide la explosión sale por aquí, neutralizando la reculada. Ya que la distancia es corta, utilice las

miras abiertas. Me imagino que no habrá necesidad de calcular la desviación por efecto del viento, y que casi se evitará cualquier descenso del proyectil. La velocidad inicial es muy superior a la que usted conoce.

-¡Dígame más cosas! -exclamó Dupont, acariciando el suave acero.

El conde se encargaría de que el barco avanzara río arriba antes del amanecer y anclase en el dique debajo del puente de Londres. Yo me encargaría de llegar al puente a la hora convenida. Su cronómetro náutico era más grande que un repollo, hecho a mano, de bronce y acero, y hacía mucho ruido al funcionar. Pero él me garantizó la exactitud del instrumento y lo pusimos con mi reloj atómico, del tamaño de una uña y con la precisión de un segundo en un año. Esto era lo último que quedaba por hacer. Cuando me levanté para irme, me extendió la mano; yo se la tomé.

-Quedaremos siempre agradecidos por su ayuda -dijo-. Los hombres tienen ahora una nueva esperanza, y yo comparto su entusiasmo.

-Soy yo quien agradece su colaboración, considerando el hecho de que mi victoria puede ser peor para ustedes.

Desechó el pensamiento Como si careciera de importancia; era un hombre valeroso.

-Al morir, vencemos, como dijera usted. Un mundo sin estos puercos ya es suficiente triunfo. Aun cuando no estemos aquí para presenciarlo. Cumpla con su deber.

Así lo hice. Tratando de olvidar que el destino del orbe, de la civilización, de los pueblos, dependía de mis acciones. Un desliz, un accidente y sería el fin de todos. Por lo tanto, no podía haber accidentes. Del mismo modo que los alpinistas no miran abajo ni piensan en una caída, yo aparté de mi mente la idea de un fracaso y traté de pensar en algo gracioso para animarme. No se me ocurrió nada en el momento; en cambio se me ocurrió que iba a saldar cuentas con El, y esa idea sí me levantó el ánimo. Miré el reloj. Era hora de partir, de manera que salí rápidamente, sin mirar atrás. Las calles estaban desiertas -todos los hombres honestos dormían en sus casas-, y mis pasos resonaban en los edificios que bordeaban la acera oscura. Detrás de mí, el primer gris del alba cercana tocaba el firmamento.

Londres está llena de callejones oscuros que son sitios ideales para permanecer oculto, de manera que me escondí cautelosamente en un lugar desde donde podía observar el puente y vigilé la entrada de los primeros soldados. Algunos marcaban el paso; otros se quedaban rezagados, pero a todos se los veía exhaustos. Yo también sentía cansancio, así que tomé una tableta estimulante y seguí alerta. Teóricamente debía encontrarme en el puente cuando comenzaran los disparos, lo bastante lejos. Del pórtico para que no me hirieran, pero lo suficientemente cerca como para atravesarlo durante la conmoción posterior a la cortina de fuego. Desde mi ventajosa ubicación controlé el tiempo de varios grupos de soldados que cruzaban el puente hasta que pude hacer un cálculo bastante exacto. Giraron los dígitos de mi reloj y, en el instante preciso, adopté un porte marcial y avancé con paso firme.

-¿Lortytort? -gritó una voz, y me di cuenta que se dirigía a mí. Había estado tan absorto cronometrando el tiempo que había ignorado estúpidamente el hecho de que El y sus demonios del futuro también cruzarían el puente.

Agité una mano, hice una mueca de malignidad y me marché. El hombre que había gritado se mostró sorprendido y corrió detrás de mí. Por mi uniforme sabía que yo era uno de ellos, pero no me conocía. Probablemente iba a preguntarme cómo andaban las cosas en su manicomio natal. Yo no quería darle conversación, sobre todo porque no hablaba su idioma. Apuré el paso y advertí inquieto que él hacía lo propio. Luego me di cuenta de que iba demasiado rápido, y a ese ritmo llegaría al portón justo en el momento en que lo volarían.

No había tiempo de maldecir mi falta de previsión. Sólo me restaba elegir qué tipo de problema quería. No me convencía la idea de morir ahora en una explosión. Alcancé a ver que el buque artillero estaba en posición, y que había gente en la cubierta. Genial. Ya me parecía estar escuchando las detonaciones. Y yo en medio de ellas. Debía detenerme más acá, en el lugar convenido. Sentí los pasos detrás de mí, y una mano me tomó por el hombro, haciéndome girar.

-¿Lortilypu? -exclamó. En seguida le cambió la expresión de la cara; abrió los ojos, abrió la boca-. ¡Blivit! -gritó. Me había reconocido, tal vez por fotografías.

-Blivit es la palabra -dije, y le disparé en el cuello una inyección narcótica. Pero se escuchó otro ¡Blivit! proveniente de un compañero que se abrió paso entre los soldados, y me vi obligado a tirarle a él también. Esto por supuesto llamó la atención de los presentes. Se oyeron otras exclamaciones de asombro y vi que empezaban a levantar las armas. Me apoyé contra el parapeto del puente, preguntándome si tendría que anestesiar a todo el ejército francés.

No fue necesario. La primera bomba, no muy bien dirigida por el mayor de artillería montada, estalló en el puente, a unos diez metros de donde me encontraba yo.

La explosión fue considerable. El aire se llenó de trozos volantes de mampostería y acero. Me tiré al suelo -como hicieron todos-, y aproveché la oportunidad para aplicarles agujas a los soldados que tenía cerca, y que habían presenciado mi entredicho anterior.

En el barco, Dupont aprendía a dominar el cañón. La bala siguiente dio en la muralla de la ciudad. Hubo muchos gritos y disparadas entre los hombres del puente. Yo corría a la par de los demás. Observé con placer cuando otro proyectil atravesó silbando el portón y destrozó el cuartel de guardia. Ahora, la mayor parte de la conmoción ocurría lejos del portón, como debía ser, de modo que pude acercarme arrastrándome por el suelo. Las bombas estallaban detrás y alrededor, provocando un satisfactorio grado de devastación. Una rápida ojeada al reloj me informó que había llegado casi el momento de levantar la cortina de fuego. La señal sería una bomba que explotaría en la muralla, lejos del puente. Luego se harían varios disparos más para efecto, sobre blancos ocasionales, pero no dirigidos al portón.

La bomba estalló en la muralla, unos cien metros río abajo, dejándole un hermoso boquete. De un salto me puse de pie y salí corriendo.

¡Qué agradable destrucción! Cascotes y restos de mampostería por todas partes, polvo y en el aire olor a explosivos de alto poder. Si había quedado algún sobreviviente del bombardeo, hacía rato ya que había desaparecido. Trepé por los escombros, me deslicé hasta el otro lado y rápidamente doblé en la primera esquina. Los únicos testigos de esta entrada nada furtiva fueron dos personas que observaban desde una puerta, ingleses a juzgar por su ropa, y que, apenas me vieron, se dieron vuelta y huyeron. A pesar de la pequeña complicación que tuve en el puente, el plan había salido a la perfección.

El cañón comenzó a disparar de nuevo desde el río.

Esto no formaba parte de ningún plan. Algo había fallado. Después de los últimos disparos, mis cómplices debían haberse retirado a la orilla para ponerse a salvo. En cambio, se oyeron dos explosiones casi a un mismo tiempo. El cañón no podía disparar a tal velocidad.

Había otro cañón en funcionamiento.

La calle por la que yo iba, Upper Thames, corría paralela a la muralla. Yo estaba suficientemente lejos del puente para que mi presencia no pudiese ser asociada con lo que allí estaba ocurriendo. Había una escalera que llevaba a la parte superior del muro, hasta una plataforma de observación. Que ahora estaba vacía. Tal vez la prudencia me debería haber instado a proseguir simplemente con mi plan. Pero ya he pasado muchos años no haciendo caso de esa voz, y no tenía intenciones de comenzar ahora. Una rápida ojeada a

mi alrededor... nadie a la vista... y subí por la escalera. Desde arriba tuve un panorama perfecto de la acción.

El mayor seguía maniobrando con su cañón, disparando velozmente a otro buque artillero que se acercaba río arriba a toda máquina. Se notaba que este otro sujeto, no obstante la desventaja de una plataforma en movimiento, tenía más experiencia y puntería. Una bomba ya había producido un gran orificio en la popa de la nave de mi aliado y, ante mis ojos, otra explotó en medio del buque y silenció el cañón. El mayor se desplomó. Un hombre atravesó la cubierta y se metió en el indefenso barco. Saqué mi telescopio electrónico y enfoqué la cubierta, aunque ya sabía de antemano lo que iba a ver.

Fue el conde quien corrió a ayudar a sus tropas. Cuando saltó a bordo, el mayor se levantó con la sangre chorreándole por la cara y volvió a accionar el cañón. Apuntó al otro buque. El primer tiro salió desviado. El segundo dio exactamente en el blanco.

Bien hecho, justo en la línea de flotación, debajo del arma enemiga. Consiguió silenciar el cañón, hundir la nave. Cuando volví a mirar al mayor, noté que nuevamente apuntaba hacia los soldados enemigos que se hallaban sobre el puente. Y el conde le cargaba la munición. Ambos sonreían y parecían divertirse. Prosiguió el tiroteo cada vez más rápido. Yo bajé la escalera.

No podía culparse a ninguno de los dos; sabían exactamente lo que hacían. Disparaban contra el enemigo que habían odiado todos estos años, con un arma superior, de gran poder destructivo. Ambos seguirían disparando hasta que los abatieran. Quizás desearan que fuese así. Si este sacrificio iba a tener algún valor, yo debía continuar con mi tarea.

Había estudiado bien el mapa del conde. Tomé por Duck's Foot hasta la calle Cannon, y me alejé. Ahora se veía gente en las inmediaciones, civiles atemorizados que corrían presurosos, soldados que marchaban en sentido contrario. Nadie me prestó la más mínima atención.

Y allí, al final de la calle, divisé la gran mole, las paredes y la cúpula de St. Paul's.

El final de otro camino estaba muy cerca. Mi último encuentro con El.

14

Estaba asustado. El hombre que afirma no haber sentido miedo nunca es un mentiroso o un loco. Yo lo he experimentado bastantes veces como para reconocerle hasta el olor, pero nunca como ahora había sentido que me atenaceara tanto esa mano de hierro. Agua helada por las venas, un martilleo en el corazón, sensación de que los pies echaban raíces. Con un categórico esfuerzo agarré mi mente por el cuello y le di una buena sacudida, lo que no fue poca hazaña.

Habla, cerebro, le ordené. ¿Por qué este repentino ataque de gallinitis? ¿Por qué esta cobardía? Tanto mi cuerpo como mi mente se han visto antes en encrucijadas incluso más riesgosas. Pero nos impusimos y salimos victoriosos. ¿Qué diferencia hay con esto?

La respuesta no se hizo esperar. En mi vida profesional más de una vez yo había traspuesto las murallas de la sociedad siempre por mi cuenta, aguantándome las consecuencias. Por el placer de la aventura. Sin embargo, ahora había mucho en juego, muchas vidas dependían de mis acciones. ¡Demasiadas! La supervivencia futura de toda la galaxia corría serio peligro. Era casi increíble.

Pues que sea increíble, musité, buscando en mi botiquín médico. Si seguía pensando en todo lo que corría peligro, no me arriesgaría, probablemente ni siquiera llegaría a actuar. Nunca he recurrido a estimulantes para levantarme el ánimo artificialmente, pero hay una primera vez para todo. Llevaba las píldoras del frenesí como una suerte de amuleto; sabía

que estaban ahí por si las necesitaba y por tanto, jamás las necesité. Hasta ahora. Abrí la valijita y le quité el polvo a esa cápsula de aspecto inocente.

-Vamos, Jim, a luchar -dije, y me tragué el medicamento.

Este remedio está prohibido en todas partes, y con razón. No sólo porque crea hábito -física y psicológicamente-, sino por motivos sociales. Dentro de la cápsula de gelatina reside una forma particular de locura, un compuesto que disuelve la conciencia y la moral del hombre civilizado. Uno pierde la moral, la conciencia... el miedo. Y sólo queda un gran ego y la certeza del poder, el permiso divino para hacer cualquier cosa y no sentir preocupación ni miedo al hacerla. Algunos políticos, atosigados con esta droga, han derribado gobiernos y dominado mundos. Los atletas han batido récords deportivos, a menudo destruyéndose a sí mismos o a sus oponentes al lograrlo. Una sustancia bastante desagradable.

Una sustancia bastante agradable. Tuve una sensación momentánea de que algo se transformaba en mí a medida que la medicina se apoderaba de mi cerebro, pero fue pasajera.

-He venido a buscarte, El -dije, sonriendo con genuino placer.

Esto era el poder ilimitado, la sensación más estimulante que jamás hubiera experimentado, un viento purificador que limpiaba los sucios rincones de mi mente. Haz lo que quieras, Jim, lo que te plazca, porque eres el único poder del mundo que realmente cuenta. Qué ciego había estado durante años. Mezquinas éticas, afectos enfermizos por los demás, amores destructivos. Qué inválido que era. Ahora me amo a mí mismo porque soy Dios. Por fin comprendía el significado del Dios que mencionaban las antiguas religiones.

Yo soy yo, la única autoridad de todo el universo. Y El está en ese edificio y piensa con mortal estupidez que puede superarme, detenerme, incluso matarme. Ya veremos lo que pasa con planes tan idiotas como ése.

Una recorrida por el predio. Una estructura muy sólida, ningún centinela a la vista, pero indudablemente colmado de aparatos detectores. ¿Debía aproximarme sigilosamente, en secreto? No era aconsejable. La única ventaja que tenía era la sorpresa. Y también la capacidad de ser absolutamente despiadado. Iba bien armado; era una máquina de muerte andante, y nadie se interpondría en mi camino. Sería fácil penetrar. Entraban y salían muchos con este mismo uniforme. Se oía un murmullo, un zumbido de conmoción en la colmena. No les había gustado el ataque en el puente. Debía actuar enseguida, mientras les duraba la alteración. Todo el instrumental listo. Terminé la recorrida del edificio y comencé a subir la escalinata de piedra blanca del frente.

La catedral era inmensa; parecía más grande aún porque le habían quitado los bancos y todo el mobiliario religioso. Caminé con andar majestuoso a lo largo de la extensa nave como si me perteneciera; realmente lo sentía así. Los dedos prontos a accionar las armas. La nave estaba desierta. Todo el movimiento se concentraba al fondo, en el sitio donde suele estar ubicado el altar. Lo habían sacado, y en su lugar había un trono adornado en exceso.

Sobre el cual Él estaba sentado. Soberbio de poderío, su enorme cuerpo rojizo se inclinaba hacia adelante para impartir órdenes a sus ayudantes. Una larga mesa atravesaba el crucero cubierta de mapas y papeles en desorden, rodeada por oficiales de relucientes uniformes que parecían recibir las órdenes de un hombre vestido con una simple chaqueta militar. Era muy bajo, y un pequeño mechón de pelo negro le caía sobre la frente. Según las descripciones, éste debía ser el tirano Napoleón. Derivando instrucciones de El, como yo esperaba. Advertí que me puse a sonreír mientras acercaba mis dedos a las armas.

Un conocido crepitar de luz me llamó la atención desde el ábside de la derecha... y se amplió mi sonrisa. Allí estaba la brillante maquinaria de una hélice de tiempo, y alrededor de ella, los técnicos trabajando. Pronto morirían, al igual que todos los presentes. Y yo

obtendría un medio de transporte temporal para alejarme de esta época incivilizada. Tendría que arrojar una pequeña granada atómica antes de partir. El final estaba a la vista.

Nadie me prestó atención cuando me aproximé a la mesa. Iba a tener que usar gas durmiente para que hiciera efecto sobre todos a un mismo tiempo. Tiempo suficiente para matar a los esclavos antes de haberme librado de su patrón.

Una granada de conmoción; dos de aluminio y óxido de hierro. Las accioné con el pulgar y las arrojé... una, dos, tres, describiendo un gran arco, hasta la falda de El. Mientras aún estaban cruzando el aire, deslicé puñado tras puñado de granadas de gas por la mesa, ante los rostros atónitos de los oficiales, las cápsulas silbaban y estallaban mientras yo me daba vuelta y utilizaba mi pistola jeringa -¡no quería arruinar los controles!- para abatir a los técnicos que se hallaban junto a la hélice de tiempo.

Todo acabó en cuestión de segundos. El silencio invadió el recinto cuando cayó el último cuerpo. Antes de retroceder, lancé granadas a lo largo de modo que, si alguien entraba, se internase en la nube de gas. Luego dirigí mi vista hacia Él.

Hermoso. Una rugiente columna de fuego con algo que podría haber sido un hombre en el centro. El trono también ardía, y la columna de humo grasoso se elevaba turbia hacia la gran cúpula.

-¡Estás derrotado, El, derrotado! -grité, inclinándome sobre la mesa para ver mejor. Era imposible que sobreviviera a este ataque.

Napoleón alzó la cabeza de la mesa y se incorporó.

-No sea imbécil -dijo.

No perdí tiempo en pensamientos sino que traté de matarlo. Pero él estaba listo y disparó antes que yo con un arma en forma de tubo que llevaba escondida en la palma de la mano. Sentí que un fuego me barría la cara. Luego me adormecí, mi cuerpo se adormeció, todo. Perdí el control. Caí de bruces sobre la mesa. Tampoco alcancé a sentir las manos de Napoleón que me daban vuelta. Me miraba, sonreía. Carcajadas de risa victoriosa. Una risa con algo más que un leve tinte de locura. Y me observaba el rostro, los ojos que yo aún podía manejar, esperando que los abriera desmesuradamente demostrando que por fin comprendía.

-¡En efecto! -gritó-. Yo soy El. Y usted perdió. Quemó, destruyó ese bonito robot cuya única función era engañarlo e inducirlo a la acción. Era una trampa para usted, al igual que todo esto. Incluso la existencia de este mundo, esta curva en el tiempo no tenía otro objetivo que convertirse en una trampa. ¿Tan pronto se olvidó de que un cuerpo es meramente una cáscara para mí, el eterno Él? Mi cerebro ha seguido dominando la vida y la muerte. Y lo he hecho dentro de esta imitación de emperador loco, que, en realidad, nunca supo lo que era la locura. ¡Usted perdió... y yo gané para siempre!

15

Lo consideré un revés temporario. Me imagino que, normalmente, me habría sentido derrotado, temeroso, indignado, habría experimentado alguna de esas inútiles emociones. Sin embargo, esperaba la oportunidad de matar de nuevo a Él. Se estaba poniendo muy aburrido; luego de dos intentos, seguía con vida. Decidí que la tercera sería la vencida.

Se inclinó y me arrancó las ropas, revisándome con brutal minuciosidad. Dejó mis prendas hechas jirones, me sacó todos los dispositivos que llevaba adheridos a la piel, me quitó la navaja del tobillo, la pistola de la muñeca, las minúsculas granadas del pelo. A los pocos segundos había dejado fuera de mi alcance todos los dispositivos y armas que encontró. Los pocos que quedaban estaban muy bien disimulados, la requisa arrumbó mi cuerpo fláccido, boca arriba, sobre la mesa.

-¡He preparado todo para este momento, todo! -Al hablar le corría saliva por la barbilla. Escuché el ruido típico de las cadenas en el momento en que me tomó las muñecas y me las sujetó con gruesos grillos de metal. Estas esposas estaban unidas por una cadena pesada y corta. Al cerrarse, se produjo un breve fogonazo de luz y, aunque no sentí nada, noté que la piel se me ampollaba en un instante. No importaba. Cuando hubo hecho esto me clavó una aguja en la muñeca.

Comencé a recobrar las sensaciones. Primero las manos, un gran dolor en las muñecas, luego los brazos. El retorno de la percepción trajo aparejada una gran carga de dolor. Lo ignoré, a pesar de que mi cuerpo se agitaba en incontrolables espasmos. Por último me desprendí de la mesa y caí pesadamente al suelo. El se inclinó, me recogió de inmediato y me arrastró hasta cruzar a lo ancho la inmensa catedral. Tenía una fuerza tremenda, aun bajo la máscara de ese cuerpo pequeño.

Ese instante que estuve en el piso alcance a tomar algo con los dedos. No sabía qué era, salvo que era chico y metálico. Lo apreté fuertemente en un puño.

A unos cinco metros de distancia de los controles de la hélice había un sólido pilar metálico, alto hasta la cintura. Ese también era para mí. Me separó las muñecas y colocó la cadena que las unía en una ranura, en la parte superior del poste. Se produjo otro fogonazo de luz cuando la cadena se soldó con el metal. Me soltó. Tambaleé pero no me caí. Iba recuperando sensaciones y el control de mi cuerpo, y llegué a dominarlo mientras él se dirigía al tablero de mando y hacía unos ajustes. Reinaba el silencio en la enorme catedral. No había nadie más, salvo los cuerpos amontonados.

-¡Le gané! -gritó de improviso, haciendo un pasito de baile que le hizo deslizar la saliva del mentón. Señaló en dirección a la espiral de la hélice y rió a carcajadas-. ¿Se da cuenta de que se halla en un recodo de tiempo que no existe, que yo hice existir sólo para atraparlo, que se esfumará en cuanto usted se vaya?

-Lo sospechaba. En nuestros libros de texto, Napoleón perdía.

-Aquí ganó. Le di las armas y la ayuda necesaria para conquistar el mundo. Luego lo maté cuando estuvo listo mi nuevo cuerpo. En ese momento nació esta curva de tiempo, y su existencia creó una barrera en el tiempo que se bajará tan pronto como deje de existir. Esto ocurrirá cuando yo parta, pero no en forma instantánea. Sería demasiado fácil para usted. Quiero pensar en que se queda solo, sabiendo que perdió y que su futuro nunca existirá. Hay un fijador de tiempo en este edificio. Permanecerá aquí hasta después de que Londres y el mundo entero hayan desaparecido. Usted puede incluso morirse de sed antes de que se interrumpa el fijador. O tal vez no. He vencido.

Esto último no lo dijo gritando mientras se dirigía nuevamente a los dispositivos de control. Abrí el puño para ver qué arma había tomado, con la cual pudiera derrotarlo en este momento final.

Era un pequeño cilindro de metal que no pesaba más que unos gramos. En un extremo tenía unos agujeritos, y cuando lo di vuelta, salió arena de ellos. Una arenadora, utilizada para secar la tinta al escribir en un papel. Podría haber encontrado un arma mejor, pero tendría que arreglármelas con ella.

-Yo me voy -dijo El, accionando el mecanismo.

-¿Y sus hombres quedan aquí? -pregunté, para darme tiempo a pensar.

-Son esclavos dementes. Se desvanecerán con usted porque ya han cumplido mis designios. Un mundo lleno de ellos aguarda mi regreso. Pronto habrá muchos mundos. Pronto todo será mío.

No había mucho que agregar ante esa respuesta. Caminó lentamente sobre las lajas. el monstruo encarnado en cuerpo diminuto tocó el extremo refulgente de la hélice de tiempo. Al instante se vio atrapado por su fría llama verde.

-Todo mío -repitió. El mismo fuego verde ardía en sus ojos.

-No lo creo.

Agité la arenadora en mi mano probando su peso, midiendo la distancia que me separaba de los controles. Podía llegar a ellos fácilmente. Los dispositivos de la escala de tiempo eran una hilera de teclas semejantes a las de un instrumento musical, y había muchas de ellas presionadas. Si yo lograba oprimir una más, se alteraría la tabulación del tiempo. Él llegaría a un lugar y tiempo diferentes, y quizás no llegara en absoluto. Hice oscilar la mano en pequeños arcos calculando la distancia, el trayecto que el tubito debía recorrer para arribar al lugar preciso.

Debe haber notado lo que yo hacía porque comenzó a aullar con loca furia, tironeando del campo de tiempo que lo sujetaba al extremo de la hélice. Yo proseguí hasta haberme asegurado de la distancia.

-¿Qué le parece esto? -dije, y arrojé la arenadora en dirección a los controles.

El aparatito cobró altura, brilló la pasar por un haz de luz que se filtraba por los vitrales, y cayó sobre las teclas primero, y al suelo después.

Sus exasperados alaridos se desvanecieron cuando se soltó la hélice de tiempo, y El se esfumó. En el instante en que esto ocurría la luz cambió, se oscureció. Por todas las ventanas se veía sólo un tono gris. Yo lo había presenciado durante el ataque al laboratorio que había sido el comienzo de todo. Londres, el mundo exterior, nada existía ya. Por lo menos en este tiempo en particular y en este espacio. Sólo la catedral existía, momentáneamente sujeta por el fijador del tiempo.

¿Había vencido Él? Sentí la primera huella de preocupación. Debían estar desvaneciéndose los efectos de la droga. Esforcé la vista pero era casi imposible divisar los diales indicadores en la penumbra. ¿Alguno de ellos se había movido antes de que la hélice entrara en funcionamiento? No podía asegurarlo. Y en realidad no importaba; al menos, no me importaba a mi, acá. No me afectaba el hecho de que el mundo fuera un infierno o un paraíso de paz. Al recobrar las emociones, sentí deseos de saber si mi mundo existiría alguna vez. ¿Habría una División Especial? ¿Llegaría a nacer mi Angelina? Nunca lo sabría. Tironeé con fuerza de las cadenas, pero por supuesto se mantuvieron firmes.

El fin. El fin de todo. Recuperaba sólo las emociones más pesimistas y depresivas. No podía evitarlo. El final.

16

¿Alguna vez se vio usted atrapado en la catedral de St. Paul en el año 1807, habiendo desaparecido todo el mundo exterior, solo, amarrado a un poste de acero y listo para desaparecer usted también? No muchas personas pueden responder que sí a esta pregunta. Yo puedo... Pero honestamente debo agregar que no me place esta singular distinción.

Sin mucha renuencia me veo forzado a admitir que me sentía algo deprimido. Forcejeé un poco para librarme de las esposas metálicas que me sujetaban las muñecas, pero no puse mucho empeño en conseguirlo. Estaban demasiado ajustadas, y sabía que esta clase de impotente batalla era exactamente lo que Él disfrutaría con más loca pasión.

Por primera vez en la vida experimenté la sensación de derrota total, lo cual me produjo un efecto sombrío y embotante en los pensamientos -como si ya estuviera con un pie en la tumba- que me quitó todo ánimo de lucha, sugiriéndome en cambio que lo más sencillo sería darme por vencido y esperar que se bajara el telón final. La sensación de derrota era tan poderosa que obnubiló todos mis sentimientos de rebelión contra este destino fatal. Yo debía estar peleando, pensando en un modo de escapar, y sin embargo, no quería intentarlo. Y me sentía más que azorado ante tanta sumisión.

Mientras estaba absorto en esta introspección umbilical, empezó el sonido. Un gemido distante que apenas alcanzaba a percibir, tan débil que nunca podría haberío escuchado si no hubiera sido por el silencio espectral que envolvía mi tumba con forma de iglesia. El sonido, fastidioso como un insecto, fue creciendo, obligándome a advertirlo, cuando lo único que quería advertir era la sensación de derrota absoluta. Por último se hizo estrepitoso. Venía del espacio, de algún lugar más arriba de la cúpula. Levanté la mirada no obstante mi falta de interés, justo en el momento en que se oyó la fuerte detonación producida por el aire desplazado.

Apareció una silueta humana en las tinieblas, alguien vestido con un traje espacial. Y con un paracaídas de gravedad, ya que cayó flotando suavemente frente a mí. Yo estaba aturdido y listo para cualquier cosa, cuando el individuo levantó el visor de su traje espacial.

-Sácate esa idiota cadena -dijo Angelina-. Tienes la habilidad de meterte siempre en líos en cuanto te dejo solo. Ahora mismo vienes conmigo. No hay nada más que hablar.

No quedaba mucho por decir aun sí no hubiera estado demasiado impresionado como para hablar. Entonces abrí la boca como un deficiente mental y moví un poco las cadenas, al tiempo que ella se posaba en tierra como una hoja desprendida. Por último, su presencia indudablemente física me obligó a ponerme a la altura de la situación.

-Angelina, haces honor a tu nombre, desciendes del más allá para salvarme.

Abrió más el visor de su traje espacial para poder besarme por la abertura. Luego tomó un bisturí atómico de su cinturón y procedió a cortarme las cadenas.

-Ahora me vas a contar qué es todo ese misterioso viaje a través del tiempo. Tendrás que hablar rápido porque nos quedan sólo siete minutos. Al menos eso es lo que dijo Coypu.

-¿Qué más te dijo? -pregunté.

-¡No te hagas el misterioso conmigo, Jim diGriz, el Escurridizo! Me harté de eso con Coypu.

Di un ligero paso hacia atrás cuando me agitó el bisturí debajo de la barbilla, el cual despedía un fuego que me chamuscaba la ropa. Angelina enojada puede llegar a ser muy peligrosa.

-Mi amor -dije, emocionado, tratando de abrazarla y vigilando el bisturí al mismo tiempo-. ¡Yo no te escondo nada, nada! No me conviene. Pero siento que mi cerebro está atado con nudos por todo este viaje en el tiempo, y quiero saber lo que conoces para completarte la historia.

-Sabes de sobra que hablé contigo por teléfono. Una gran urgencia dijiste, suma prioridad, ven pronto, y luego cortaste. Y me fui en seguida al laboratorio de Coypu, donde todo el mundo corría, toqueteaba las máquinas. Estaban tan apurados que no podían decirme nada. Va a retroceder en el tiempo, me gritaron; nada más. Y el insoportable de Inskipp tampoco se portó mejor. Me dijo que te habías esfumado de su oficina en el alboroto. Comentaban que ibas a salvar el mundo, la galaxia o qué sé yo, pero no entendí ni una palabra. Esto se prolongó mucho tiempo, hasta que pudieron hacerme retroceder hasta aquí.

-Bueno -dije, modestamente-. Claro que te he salvado a ti, a la División, a todos.

-Tenía razón. Estuviste bebiendo.

-Hace mucho que no bebo -murmuré, con aire petulante-. Si quieres saber la verdad, todos ustedes desaparecieron, puf, así no más. Coypu fue el último en desaparecer, así que él puede contártelo. La División, todos ustedes, jamás nacieron, nunca existieron salvo en mi memoria...

-Mi memoria me dice algo levemente distinto.

-Y con razón ya que, a través de mi empeño, se pudo contrarrestar el plan de El.

-La bebida te ha afectado.

-Hace horas que no pruebo ni una gota. ¿Eres capaz de escuchar sin interrumpirme? Esta historia es sumamente complicada...

-Complicada y posiblemente inspirada por el alcohol.

Gruñí. Luego le di un beso largo, tierno, y ambos disfrutamos de la interrupción. Conseguí aplacarla un poco, de manera que proseguí rápidamente para que no se acordara de que tenía que mostrarse enojada conmigo.

-Se puso en marcha una guerra de tiempo contra la División Espacial. Fue por eso que el profesor Coypu me hizo remontar en el pasado para frustrar esta atroz maquinación. Me fue muy bien en 1975, pero El se escapó, volvió al tiempo del que había venido e ideó una minuciosa trampa aquí, en 1807, para aprenderme. Cosa que hizo. Pero sus designios no resultaron del todo porque alcancé a alterarle la tabulación de la hélice de tiempo, de manera que partió hacia un tiempo que no era el que había proyectado. Con ello debo haber vencido sus planes porque has aparecido tú a rescatarme.

-Querido, qué maravilloso eres. Yo sabía que podías salvar el mundo si realmente lo intentabas.

Mi Angelina es de carácter voluble. Me besó con genuina pasión y yo haciendo sonar las cadenas, te respondí abrazándola. En ese instante ella lanzó un chillido y me enderezó los brazos. Sofocado, me tambaleé para atrás.

-¡La hora! -Miró su reloj pulsera y contuvo la respiración-. Me hiciste olvidar. Nos queda menos de un minuto. ¿Dónde está la hélice de tiempo?

-¡Aquí! -Abrazándome el diafragma, que aún me dolía, le señalé la máquina.

-¿Y los controles?

-Son éstos.

-Qué horribles. ¿Dónde está el tablero?

-Son estos diales.

-Debemos ponerlos así, en la decimotercera posición decimal. Coypu insistió mucho en ello.

Presioné las teclas como un pianista enloquecido y transpiré. Los diales se movieron, vacilaron. Luego giraron curiosamente.

-Treinta segundos -dijo Angelina con suavidad, para alentarme. Yo transpiré más.

-¡Listo! -musité, cuando ella anunció diez segundos. Apreté el contador de tiempo y moví la llave maestra. La hélice brilló con su resplandor verde, mientras nosotros corríamos hacia su extremo protuberante-. Quédate bien cerca y abrázame lo más fuerte posible -dije-. El campo de tiempo tiene un efecto de superficie, así que debemos mantenernos siempre juntos.

Ella reaccionó con placer.

-Ojalá no tuviera puesto este bendito traje espacial -susurró, mordisqueándome la oreja-. Sería mucho más divertido.

-Sí. tal vez, pero nos daría un poco de vergüenza volver a la División Especial en esas condiciones.

-No te preocupes por eso; todavía no vamos a regresar.

Sentí un repentino aguijonazo de ansiedad debajo del esternón.

-¿Qué quieres decir? ¿Adónde nos dirigimos?

-No tengo idea. Lo único que dijo Coypu fue que viajaríamos unos veinte mil años hacia el futuro, justo antes de que se destruya este planeta.

-El y sus locos otra vez -gemí-. ¡Acabas de enviarnos a luchar contra un manicomio planetario... donde todos serán nuestros enemigos!

La hélice cobró velocidad y me arrojó al tiempo con esa expresión angustiada en el rostro. Esa expresión duró veinte mil años, y así me sentía yo de viejo.

17

¡Pum! Fue como caer en un baño de vapor. «Caer» es la palabra exacta. Calientes nubes de vapor pasaban velozmente a nuestro lado. La invisible superficie podía estar diez metros o diez kilómetros abajo.

-Acciona tu paracaídas de gravedad -grité-. El mío quedó en el inexistente siglo diecinueve.

Quizás no debí haber gritado porque Angelina conectó el artefacto en su grado de máxima elevación, y se deslizó de mi tierno abrazo como una anguila aceitosa. Traté de asirme desesperadamente y conseguí agarrarle un pie con ambas manos, momento en el cual la parte inferior de su traje espacial de una sola pieza rápidamente se le salió del pie.

-No me gusta que hagas eso -me dijo.

-Estoy completamente de acuerdo -le respondí en forma entrecortada. Me rechinaban los dientes.

El traje se siguió estirando hasta que la pierna quedó del doble del largo normal, y yo me sacudía hacia arriba y hacia abajo como si fuera prendido a una banda elástica. Eché una rápida mirada. Sólo se divisaba una espesa niebla. El tejido de los trajes espaciales es resistente pero no podía aguantar semejante peso. Había que hacer algo.

-¡Interrumpe el ascenso! -grité, y Angelina reaccionó de inmediato.

Empezamos a caer libremente y, en cuanto se aflojó la tensión, la tela de la pierna se encogió, enviándome de nuevo hacia arriba, a los brazos expectantes de Angelina.

-Uy, qué lindo -comenté.

Ella miró para abajo, pegó un grito y volvió a accionar el paracaídas de gravedad. Esta vez yo no estaba preparado, y me resbalé, cayendo en dirección al paisaje de aspecto macizo que había aparecido allá abajo.

Hice lo que pude en la pequeña fracción de segundo que me quedó. Me revolví en el aire, estiré brazos y piernas, intenté aterrizar de espaldas. Casi lo había conseguido cuando sentí el impacto.

Todo se oscureció. Estaba seguro de haberme muerto ya que la oscuridad cubrió también mi cerebro, y se me ocurrió un último pensamiento. No sólo no me arrepentía de ninguno de mis actos, sino que deseaba haber hecho algunas cosas más a menudo.

No debo haber estado inconsciente más que unos segundos. Sentía un espantoso gusto a barro en la boca. Lo escupí, me saqué más barro de los ojos y miré a mi alrededor. Me hallaba flotando en un mar semilíquido de fango y agua del que emergían grandes burbujas y reventaban con lentos «plafs». El hedor era insoportable. Horribles juncos y plantas acuáticas crecían por todos lados.

-¡Estoy vivo! -grité-. ¡Estoy vivo! -Había caído de plano sobre la untuosa superficie, recibiendo el golpe con la parte posterior de mi cuerpo. Sentía algunos dolores y magulladuras, pero parecía no tener nada quebrado.

-Desde aquí arriba se ve todo muy asqueroso -dijo Angelina, flotando varios metros sobre mi cabeza.

-Es tan asqueroso como aparenta así que, si no te molesta, quiero salir de acá. ¿No podrías descender un poco para prenderme de tus tobillos y que puedas arrastrarme?

Se produjo un gran ruido de absorción mientras el podrido cenagal luchaba por retenerme, pero al final me despidió de mala gana, con un baboso suspiro. Me colgué de los tobillos de mi amada y comenzamos a flotar sobre el aparentemente interminable pantano, que se esfumaba en la niebla en todas las direcciones.

-Allá, a la derecha -grité- parece que hay un canal con agua que corre. Creo que necesito un chapuzón.

-No me opongo, ya que yo caeré detrás de ti.

La corriente era muy lenta pero se movía, según pude apreciar al ver flotar un tronco a la deriva. En el medio del perezoso curso de agua había un dorado banco de arena que parecía hecho para nosotros. Me dejé caer mientras Angelina descendía, y aun antes de que ella se hubiese posado, yo ya me había sacado la ropa maloliente y me refregaba la suciedad con agua. Cuando emergí salpicando, vi que ella se había quitado el pesado traje espacial y se estaba peinando su largo pelo, que en la actualidad era rubio. Encantadora. Yo ya pensaba las cosas más románticas cuando un fuego atroz me perforó los glúteos. Salí del agua de un salto, aullando como un perro con la cola atrapada en una puerta. Por más atractiva y femenina que fuese, Angelina seguía siendo Angelina. Largó el peine, lo reemplazó por una pistola y, antes de que yo hubiese llegado a tocar la arena, disparó un solo tiro certero.

Mientras ella me aplicaba un vendaje en el trasero, sobre la doble hilera de marcas de dientes, miré el pez, medio despedazado pero que aún se retorcía, y que me había confundido con su almuerzo. Su enorme boca abierta tenía más dientes que una casa de repuestos dentales, y su ojo despedía una expresión a todas luces maligna. Como moviendo las mandíbulas, lo agarré de la cola y lo tiré al agua, bien lejos. Se originó una tremenda conmoción debajo de la superficie y, a juzgar por el tamaño de los bichos que saltaban y volvían a sumergirse, deduje que me había atacado uno de los más pequeños.

-Veinte mil años no han servido para mejorar en nada este planeta -comenté.

-Termina de enjuagarte ese barro, que yo vigilaré. Después vamos a almorzar. -Siempre la mujer práctica.

Mientras yo me refregaba, ella mataba a los peces de rapiña que me perseguían, incluso uno enorme de anchas ijadas y patas rudimentarias que surgió torpemente del agua para intentar comerme. Pero en cambio lo comimos nosotros a él. Las ijadas ocultaban unos hermosos filetes que cocinamos sobre un proyector de calor. Angelina había tenido la previsión de traer una botella de mi vino preferido, el cual contribuyó a hacer memorable la comida. Terminada la cual suspiré, eructé y me limpié la boca satisfecho.

-En los últimos veinte mil años me has salvado la vida más de una vez -dije-. De modo que ya no estoy rebosante de ira por que me hayas lanzado a este mundo desagradable en lugar de hacerme regresar a la División. Pero ¿no podrías contarme al menos qué pasó, y qué te dijo Coypu que hicieras?

-Él tiene una gran tendencia a hablar con gruñidos pero pude entenderle lo fundamental. Ha estado trabajando con su rastreador de tiempo -o como se llame- y fue siguiendo tus saltos en el tiempo y los de alguien que él denominaba el enemigo, ése que tú denominas Él. El enemigo hizo algo con el tiempo, creó una curva de probabilidad que duró unos cinco años, luego se terminó. Después, El abandonó esta curva que se derrumbaba, pero tú no. Por eso es que Coypu me envió, me hizo retroceder hasta diez minutos antes que terminara, para liberarte. Me indicó cómo debíamos colocar los diales de la hélice para poder seguir a El hasta esta época. Le pregunté qué debíamos hacer aquí, y se limitó a musitar «Paradoja, paradoja», y no me respondió. ¿Tienes alguna idea de lo que va a ocurrir?

-Muy sencillo. Hay que encontrar a El y matarlo. Con eso se acabará el operativo. Ya lo intenté en dos ocasiones; la primera, disparándole; la segunda, con bombas de aluminio y óxido de hierro, y no tuve éxito. Tal vez la tercera sea la vencida.

-Quizás deberías permitirme que me encargue yo de él -dijo Angelina, con voz dulce.

-Buena idea. Lo exterminaremos entre los dos. Yo ya me harté de esta caza a través del tiempo.

-¿Cómo hacemos para encontrarlo?

-Muy fácil, si es que tienes un detector de energía de tiempo. -Lo tenía. Coypu había sido previsor. Me lo pasó-. Un simple golpecito en esta perilla y la aguja señalará en dirección a nuestro hombre.

Accioné la perilla, pero lo único que conseguí fue hacer salir unas gotas de agua condensada que corrieron por la palma de mi mano.

-Parece ser que no anda -dijo Angelina, con una sonrisa.

-O ellos no están utilizando la hélice de tiempo en este preciso momento. -Revolví entre mi instrumental-. Tuve que dejar mi traje espacial en 1807, pero Jim el Escurridizo nunca anda sin su rastreador.

Me sentía orgulloso del aparatito que yo mismo había diseñado; era una de las pocas cosas que El no me había quitado. Rugoso, podía resistir casi cualquier cosa, salvo que lo arrojaran en metal fundido. Compacto, más chico que mi mano. Y podía detectar la más mínima titilación de radiactividad a través de una impresionante variedad de frecuencias. Lo encendí. Recorrí con los dedos esos controles familiares.

-Muy interesante -dije, probando con las frecuencias de radio.

-Si no me instruyes en seguida, nunca volveré a salvarte la vida.

-Debes hacerlo porque me amas con eterna pasión. Tengo dos fuentes; una, débil, muy distante. La otra no puede andar muy lejos porque está eliminando una serie de frecuencias, incluyendo radiación atómica y transmisión de energía, al igual que ondas de radio. Y algo mucho más urgente. Saca el bronceador... los rayos solares ultravioletas se hallan en la cima de la escala. Te darás cuenta de que ya estoy bastante cocinado.

Nos encremamos y, a pesar del calor, nos pusimos suficiente ropa para protegernos de la radiación invisible que llovía sobre nosotros desde el cielo nublado.

-Cosas extrañas le han sucedido a la Tierra -dije-. La radiactividad, este clima húmedo, la vida salvaje en el río. Me pregunto si...

-Yo no me pregunto nada. Después de completar la misión, puedes abocarte a una investigación paleogeológica. Pero primero matemos a El.

-Has hablado como una profesional. Espero que no te moleste que me coloque el arnés así podemos compartir equitativamente los beneficios del paracaídas esta vez.

-Puede llegar a ser divertido -dijo ella, aflojándose las correas.

El dispositivo aéreo estilo mellizos siameses nos remontó a escasa altura sobre el mar de inmundicias. Cieno y pantano continuaron durante largo y aburrido tiempo. Comenzaba a sentir la fricción de las correas y a preocuparme por la energía que nos quedaba cuando por fin apareció un terreno más alto. Primero, algunos peñascos que surgían en medio del agua. Luego, abruptos acantilados. Fue necesario utilizar más fuerza motriz para elevarnos por la ladera de los riscos, y el indicador de la batería bajó rápidamente.

-Pronto vamos a tener que caminar -dije-, al menos es mejor que nadar.

-No si los animales terrestres se parecen a los acuáticos.

Siempre tan optimista mi Angelina. Cuando estaba respondiéndole con sarcasmo, se produjo un fogonazo de luz en el murallón rocoso, seguido de inmediato por un intenso dolor en mi pierna.

-¡Me hirieron! -grité, más sorprendido que dolorido, tanteando en busca de los controles del Paracaídas. Angelina ya había cortado la energía.

Descendimos en un horrible montón de rocas, deteniéndonos en el último instante. Salté en una pierna a refugiarme en una saliente pronunciada. Estaba pensando en sacar mi botiquín médico cuando ya Angelina me arrancó la pierna del pantalón, me roció la herida con un antiséptico, me inyectó un calmante instantáneo en el muslo y se puso a examinar la ensangrentada lastimadura. Se me adelantaba siempre en todo, pero no me molestaba en lo más mínimo.

-Una herida hermosa, profunda -me anunció, extendiendo sobre ella una espuma antiséptica-. No te preocupes; va a cicatrizar en seguida. Trata de no apoyar esta pierna. Ahora tengo que ir a matar al responsable.

Las drogas me habían atontado un poco.

Antes de poder responderle, ella ya tenía la pistola en la mano y se esfumaba silenciosamente en medio del paisaje rocoso. No hay nada mejor que tener una esposa cariñosa que también sepa matar fría, certeramente. Quizás yo llevase los pantalones en la familia, pero ambos llevábamos revólveres.

Muy pronto se escuchó el ruido de explosiones, un gran estruendo en los riscos y, a continuación, ásperos gritos que culminaron en un gran silencio. Es un elogio al valor de Angelina decir que en ningún momento me preocupé por su seguridad. De hecho, dormité bajo el efecto de las drogas que recorrían mi torrente sanguíneo, y sólo me desperté cuando sentí que me tironeaban de los arneses del paracaídas. Bostecé y parpadeé mientras ella se acurrucaba a mi lado.

-¿Puedo preguntar qué ocurrió? -dije. Angelina frunció el ceño.

-No había más que un hombre allá; no encontré a ningún otro. Hay una granja mediana, unas maquinarias, cultivos. Me debo estar ablandando. Lo puse fuera de combate, pero después fui incapaz de matarlo al verlo ahí tirado, inconsciente.

Nos pusimos de pie. La besé.

-Tienes conciencia, querida. Algunos de nosotros nacemos con ella. La tuya fue implantada quirúrgicamente, pero los resultados son los mismos.

-No estoy muy segura de que me guste. Había una cierta libertad en los viejos tiempos.

-Tenemos que llegar a ser todos civilizados alguna vez. -Ella suspiró, asintiendo. Luego me dio un pellizconcito en la mejilla.

-Supongo que tienes razón. Sin embargo, habría sido tan agradable hacerlo saltar en pedacitos.

Sobrevolábamos las últimas deyecciones geológicas y ascendíamos un pequeño acantilado. En la cumbre había una pequeña meseta donde se erigía una edificación baja de piedras unidas con cemento. La puerta estaba abierta. Entré cojeando, apoyándome en el hombro de Angelina. Ya en el interior, la tenue luz que se filtraba por la ventanita me permitió apreciar una habitación grande, en desorden, con dos literas contra la pared del fondo. En una de ellas, un hombre atado se revolvía, mascullaba, estaba amordazado.

-Métete en la otra cama -dijo Angelina- mientras yo veo si esta criatura horrenda tiene algo de inteligencia.

Había dado literalmente los primeros pasos en dirección a la litera antes de que la razón penetrara en la maraña de mis pensamientos. Me paré en seco.

-¿Dos camas? Debe haber alguien más por aquí.

Angelina no alcanzó a emitir una respuesta porque apareció un hombre en el vano de la puerta, detrás de nosotros, y comenzó a dar gritos estruendosos y a dispararnos con un arma más estruendosa aún.

18

Gritaba sobre todo porque el arma le voló de las manos en el momento en que la disparaba, y segundos más tarde se desplomaba junto a la puerta. Vi todo esto en el instante en que me tiraba al suelo, sacaba mi revólver y Angelina enfundaba el suyo.

-Bueno, así está mejor -dijo ella, al parecer dirigiéndose al silencioso par de botas que quedó tendido en la entrada-. Tenga o no tenga una conciencia civilizada, aún me resulta muy fácil tirar en defensa propia. Vi que este tipo se acercaba furtivamente entre las rocas,

pero no podía apuntarle bien. Ahora vamos a estar un poco más tranquilos. Voy a preparar una rica sopa, y tú te duermes una regia siesta...

-No. -Dudo que alguna vez se haya pronunciado un «no» más categórico. Saqué dos tabletas estimulantes y me puse a masticarlas mientras continuaba mi monólogo en el mismo tono de voz-. Hay un cierto placer regresivo en el hecho de que te traten como a un niño mogólico, pero ya me harté. Yo tuve que vérmelas con El, lo obligué a salir de su madriguera en dos ocasiones y me he propuesto liquidarlo ahora. Le conozco las mañas. Estoy a cargo de esta expedición, así que te ruego que no dirijas sino que obedezcas órdenes.

-Sí, señor -respondió, agachando la cabeza con los ojos entornados. ¿Encubría esto una sonrisa burlona? No importaba. Yo era el patrón.

-Yo soy el patrón. -Sonó mejor aún dicho en voz alta, en un tono enérgico, declamatorio.

-Sí, patrón -respondió, tratando de contener una inoportuna risita. El hombre de la cama se retorcía, mientras las botas junto a la puerta permanecían en silencio.

Nos pusimos a trabajar. Nuestro prisionero mascullaba ruidosamente en una lengua desconocida. Le quité la mordaza; trató de morderme los dedos, y volví a ponérsela. Sobre una repisa había una radio de rústico aspecto que difundía sólo programas chillones en el mismo idioma. Las exploraciones de Angelina por las inmediaciones resultaron mucho más productivas que las mías. Vi que estacionaba junto a la puerta en un espantoso medio de transporte que se asemejaba a una barrera plástica toda raspada, de color rojo, oscilante sobre cuatro pares de ruedas. Cuando me acerqué rengueando a examinarla, me recibió con ruidos de burbujeos y chirridos.

-Es muy fácil de manejar -dijo Angelina, pavoneándose por sus habilidades técnicas-. Tiene un solo cambio, y con eso arranca. Y dos manijas, una para la serie de ruedas que hay a cada lado. Hacia adelante para acelerar, hacia atrás para frenar...

-Y punto muerto en el medio -acoté para, demostrar mi habilidad técnica, al igual que el hecho de ser un puerco macho chauvinista, y que el espectáculo me pertenecía-. Y este bulto en la parte trasera debe ser un generador nuclear. Deja al descubierto un bloque de material radiactivo, eleva la temperatura del líquido circundante, aquí tiene un intercambiador de calor, el líquido secundario acciona este generador eléctrico, hay un motor en cada rueda... Es imperfecto y repulsivo, pero práctico. ¿Adónde vamos?

Angelina señaló.

-Parece que hay un camino o un sendero que atraviesa esos campos de cultivo. A menos que me falle la memoria, y sé que no demorarás en corregirme, esa senda va en la misma dirección que las señales de radio que detectaste hoy.

Un golpe suave a favor de la liberación femenina, pero lo ignoré. Sobre todo porque ella tenía razón, como pronto lo confirmó mi rastreador.

-Entonces, vamos -ordené.

-¿Vas a matar al prisionero?

-No, gracias. Le sacaré las ropas aprovechando que las mías ya están en estado deplorable. Si le destrozamos la radio no podrá avisar a nadie de nuestra presencia. En un par de horas se va a haber comido la mordaza y las sogas, así que él se encargará de enterrar a su socio. Cargamos el equipo y partimos.

La firmeza de mi autoridad se empañó levemente por el crujido que producían mis uñas debajo de la camisa hecha jirones, rascando las crecientes quemaduras rojizas del sol. Mientras Angelina rompía la radio, yo me puse más crema. Minutos más tarde marchábamos por el transitado sendero que cruzaba serpenteando la alta meseta.

A esta altitud había menos neblina, lo cual no quería decir que hubiese mucho por ver. El áspero terreno estaba surcado de acequias que desagotaban el agua proveniente de las

frecuentes lluvias, así como también iban desgastando la delgada capa de tierra floja que aún quedaba. Había plantas de tosca apariencia adheridas a las rocas buscando protección en los lugares resguardados. Ocasionalmente encontrábamos una bifurcación de las huellas de ruedas, pero el orientador direccional de mi rastreador nos mantenía en la senda correcta. Los duros asientos butacas eran espantosamente incómodos. Recibí con agrado la acogedora oscuridad del crepúsculo -aunque por supuesto no lo dije en voz alta-, y nos desviamos detrás de una colina rocosa para pernoctar.

Por la mañana me sentía entumecido pero en mejor estado. Las drogas calmantes y de crecimiento habían alborotado mis células en un frenesí de desarrollo y cicatrización que casi había cerrado mis diversas heridas, provocándome un gran apetito. Comimos y bebimos de las magras provisiones que había traído Angelina, aumentadas por un poco de pan ordinario y carne desecada que les habíamos quitado a los campesinos homicidas. Angelina tomó el volante y yo llevaba la escopeta de caza. No me agradaba el aspecto de desolación que iba adquiriendo el paisaje. El sendero bajaba ahora por los peñascos ya que las tierras altas se transformaban en un acantilado vertical. Luego venían más pantanos y una repugnante selva por donde se internaba el camino. Las plantas trepadoras colgaban tan bajas que nos rozaban la cabeza. El aire, que ya era sofocante, se hizo aún más húmedo y caliente.

-No me gusta este paraje -dijo Angelina, esquivando un lodazal que atravesaba el sendero.

-A mí menos, todavía -respondí, arma en mano y cartuchos explosivos en la culata-. Si la vida silvestre de esta zona se parece a la del río, nos espera una linda diversión.

Siempre alerta, yo miraba hacia adelante, atrás, a izquierda y derecha. Había innumerables y sospechosas formas oscuras entre los árboles; ocasionalmente se oían fuertes ruidos de golpes, pero nada parecía amenazarnos. Nada que yo alcanzase a ver. Por supuesto que el único lugar que no vigilaba era la superficie del sendero, y ahí yacía el peligro inminente.

-Ese árbol caído cruza todo el camino -dijo Angelina-. Vamos a chocarlo y saltar sobre él...

-¡Yo no lo haría! -exclamé. Fue tarde. Las ruedas se torcieron sobre el tronco verde tendido en el suelo, y se desviaron en dirección a la jungla que nos rodeaba por ambos lados.

Las ruedas centrales se encontraban sobre el árbol cuando éste se estremeció y se levantó formando un enorme arco. El vehículo volcó, despidiéndonos por los aires. Yo pegué contra el suelo, escondí la cabeza, rodé y me detuve ya con el revólver listo. Cosa que nos vino muy bien. El seudo tronco de árbol se retorcía. En medio del follaje apareció la cabeza.

Una víbora. La cabeza del tamaño de un barril, boca abierta, lengua que daba chasquidos, ojos redondos y brillantes. Silbaba como una caldera en ebullición. Y debajo de esas mandíbulas abiertas, Angelina se incorporaba y agitaba aturdida la cabeza, totalmente ignorante de lo que ocurría. Había tiempo para un solo tiro, y quería acertarlo. Cuando esa cabeza diabólica se inclinó, sostuve la muñeca con la mano izquierda para que no se moviera el arma y disparé una bala rasa dentro de la boca del animal. La cabeza voló en medio de una nube de humo, produciendo un ruido sordo.

Y ahí debía haber muerto el bicho... pero antes, un gigantesco espasmo sacudió todo el largo de su cuerpo muscular. No tuve tiempo de quitarme del camino. Me azotó con un tremendo coletazo, lanzándome entre los árboles. Esta vez no pude arrojarme al suelo sino que el animal se encargó de proyectarme en medio de las ramas, una de las cuales me golpeó en la sien, ocasionándome una intensa explosión de dolor. Y asunto concluido.

Estuve un rato inconsciente. El dolor de cabeza me hizo recuperar poco a poco el sentido. Experimentaba también un nuevo y más agudo dolor en una pierna. Abrí un ojo y vi algo pequeño, marrón, con muchos dientes y garras que me rasgaba la pierna del pantalón con la intención de comerme un muslo. El primer mordisco hambriento era lo que me había despertado y, antes de que pudiera dar un segundo, pateé al bicho con la bota. El animal gruñó, chilló y me mostró todos sus dientes pero de mala gana se internó en el follaje cuando intenté asestarle otra débil patada.

Débil es el término exacto para definir cómo me sentía. Me quedé allí tendido, y me llevó algún tiempo tratar de recordar lo que había pasado. El camino, la víbora, el accidente...

-¡Angelina! -grité con voz ronca, poniéndome de pie e ignorando las oleadas de dolor que recorrían mi cuerpo-. ¡Angelina!

No hubo respuesta. Me abrí paso entre los arbustos y así pude contemplar un espectáculo repugnante. Una movediza hilera de animales marrones, parientes del que me había mordido, se ocupaban del cadáver de la víbora; grandes porciones del animal ya estaban convertidas en pedazos. Y había desaparecido mi revólver. Di media vuelta y me puse a registrar el lugar donde había caído, pero no lo encontré. Algo andaba mal, muy mal. Un intenso pánico comenzaba a apoderarse de mí.

En tanto me mantuviera alejado de ellos, los devoradores de carroña me ignoraban, de modo que describí un amplio círculo para esquivarlos. El vehículo también había desaparecido. Al igual que Angelina.

Era necesario pensar con lógica, lo cual resultaba imposible con los dolores que me aquejaban. Y debía hacer algo con los insectos que me zumbaban alrededor de la herida de la cabeza. Llevaba aún el botiquín médico en un bolsillo. Al cabo de unos pocos minutos el dolor se había calmado. Me sentía estimulado y listo para entrar en acción. Pero, ¿dónde estaba la acción? Donde sea que se halle el coche, me respondí a mí mismo. En el barro se notaban bien las huellas, y este hecho develaba el misterio de la desaparición de Angelina. Había por lo menos dos pares de pisadas grandes de hombre en la zona donde se notaba que habían enderezado el rodado. Asimismo, huellas de otro auto. O nos habían seguido, o un grupo de circunstanciales turistas había aparecido en escena luego del episodio de la serpiente. El césped pisoteado y las salpicaduras de barro indicaban que ambos coches se habían alejado en la misma dirección que llevábamos nosotros. Tomé el mismo rumbo a paso acelerado, tratando de no pensar en lo que podría haberle ocurrido a Angelina.

No pude mantener mucho tiempo ese ritmo. El calor y la fatiga me entorpecieron la marcha. Una tableta estimulante se hizo cargo del cansancio, y el calor tuve que soportarlo. Las huellas eran claras. En menos de una hora la ruta había emergido de la jungla, internándose en las secas colinas. Desde un recodo del camino alcancé a divisar uno de los autos estacionado más adelante. Retrocedí rápidamente.

Necesitaba planificar la acción. Dado que me había desaparecido el revólver, era imposible pensar en pegar un tiro a los secuestradores.

Los pocos dispositivos que llevaba aún entre las ropas no eran mortíferos, pero conservaba en la muñeca un receptáculo lleno de granadas que me había dado Angelina. Un puñado de bombas de gas durmiente para eliminar a los secuestradores antes de que pudieran dispararme ellos a mí. Y quizás un par de granadas explosivas en la otra mano por si acaso algún enemigo no estuviese cerca de Angelina y fuese necesario deshacerse de él en forma más dramática.

Así pertrechado, fui arrastrándome entre las rocas, respiré hondo y salté al claro donde se hallaban ambos vehículos.

Ahí me hirió en la cabeza una cachiporra empuñada por el centinela que, en silencio, esperaba que apareciera alguien capaz de tamaña destreza.

19

Perdí el sentido durante una fracción de segundo, tiempo suficiente para que me ataran las muñecas y tobillos y me quitaran todas las armas que pudieron encontrarme. Sólo debo culparme a mí mismo y a mi falta de atención por este desastre. La fatiga y los estimulantes pueden haber contribuido, pero la causa real había sido mi estupidez. Me insulté entre dientes -cosa que no me sirvió de nada-, mientras me arrastraban por el suelo y me depositaban junto a Angelina.

-¿Estás bien? -le pregunté.

-Por supuesto. Y en un estado mucho mejor que el tuyo.

Lo cual era cierto. Tenía las ropas rasgadas y se le notaban algunas magulladuras por el mal trato. Alguien tendría que pagar por ello. Me rechinaban los dientes de furia. Angelina también estaba atada como yo.

-Pensaron que te habías muerto -dijo-. Yo también. -Sus palabras trasuntaban gran cariño y preocupación. Intenté sonreír y me salió una especie de mueca-. No sé cuánto tiempo quedamos ahí tendidos. Yo también estaba inconsciente. Cuando recuperé el conocimiento, me vi así. Se habían apoderado de las armas y del resto del equipo, y cargaban todo en los autos. Luego partimos. No pude hacer nada para impedirlo. Lo único que hablaban es ese idioma espantoso.

Tenían un aspecto tan espantoso como el lenguaje que empleaban. Ropa inmunda, grasosas correas de cuero, toneladas de barbas y pelos roñosos. Innecesariamente estudié más de cerca a uno de ellos, que vino hacia mí y me retorció la cabeza a un lado y otro mientras comparaba mis estropeadas facciones con una buena fotografía mía que llevaba consigo. Cerré de golpe los dientes cuando me tocó con los dedos mugrientos, pero los retiró a tiempo. Estos debían ser los hombres de Él; lo demostraba el hecho de que tuvieran mi foto, aunque no sabía de dónde podían haberla sacado. Me la habría tomado durante una de nuestras batallas en el tiempo, sin duda, y la habría guardado desde entonces en un bolsillo. En ese momento noté que el más asqueroso y oloroso de todos miraba provocativamente a Angelina. Traté de golpearlo en los tobillos, pero me recompensó por el esfuerzo lanzándome a un lado de un puntapié.

Tengo que reconocer que Angelina es una chica decidida. Cuando sabe lo que quiere lo consigue, por más que se le opongan. Comprendió cuál era el único modo de escapar de este embrollo, y lo utilizó. Artificios femeninos. Sin el menor atisbo de disgusto ante esa bestia bruta, se dedicó a prodigarle atenciones. No entendía su lenguaje, pero el idioma que le hablaba era el más antiguo de la humanidad. Dándome la espalda, le sonrió a ese monstruo peludo. Inclinó también la cabeza para atraerlo a su lado. Los hombros echados hacia atrás, prominente su encantadora figura, las caderas arqueadas con afectada modestia.

Claro que dio resultado. Hubo una cierta discusión airada con los otros dos, pero, el Peludo derribó a uno de ellos y asunto concluido. Lo miraban muertos de envidia cuando se acercó arrogantemente a ella. Angelina le obsequió su más cautivante sonrisa y le extendió sus delgadas muñecas sujetas.

¿Qué hombre iba a resistir tal tentación? Por cierto que no este armatoste inútil. Le cortó las tiras de las muñecas y guardó su cuchillo cuando ella se inclinó para desatarse los pies. La levantó con avidez y la sostuvo con un abrazo de oso, inclinando su cara sobre ella.

Yo podría haberle advertido que le iba a resultar menos arriesgado besar a un tigre de enormes dientes, pero no lo hice. Lo que sucedió a continuación sólo yo pude contemplarlo porque el bulto de su cuerpo les obstruía la visión a los celosos observadores. ¿Quién se

habría imaginado que esos delicados dedos podían transformarse en una punta dura, que esa fina muñeca podía penetrar tan hondo en las entrañas del Peludo? Maravilloso. Se inclinó ante ella y, con un suave suspiro, siguió inclinándose. Por un momento ella lo sostuvo... luego dio un paso atrás, pegó un grito y se desplomó al piso.

Ella era la viva imagen de la inocencia femenina. Las manos en las mejillas, ojos asustados, un chillido por la extraña ocurrencia de ese hombre corpulento de caer a sus pies. Por supuesto que los otros dos se acercaron corriendo. Sus rostros denotaban ya expresiones de frías sospechas. El primero portaba mi revólver.

Angelina se encargó de él. En cuanto lo tuvo lo suficientemente cerca, enarboló el cuchillo que le había quitado al peludo antes de derribarlo. No vi dónde lo hirió porque el tercer hombre pasaba a mi lado, y yo había flexionado las piernas esperando que pasara. Así lo hizo. Tiré patadas al aire, alcancé a golpearlo debajo de las rodillas, y el hombre cayó. En ese mismo instante di un salto hacia adelante y, sin darle tiempo a levantarse, le pateé la cabeza con ambas botas. Luego repetí la operación sólo porque me sentía dañino.

Ese fue el fin del incidente. Angelina extrajo el cuchillo de su blanco inmóvil, lo limpió en sus ropas y vino a desatarme.

-¿Quieres matar a los que aún se retuercen? -preguntó, con aire recatado.

-Debería hacerlo, pero a mí tampoco me convence la venganza a sangre fría. Ellos son lo que son, y eso es castigo de sobra. Creo que ya es bastante con sacarles todas las provisiones y arruinarles el vehículo. Eres increíble.

-Desde luego. Por eso te casaste conmigo. -Me dio un beso rápido ya que, acto seguido, tuvo que aplicarle un tacazo en la frente al peludo, que comenzaba a moverse. Siguió durmiendo. Nosotros empacamos las cosas y partimos.

Nuestra meta no estaba muy lejos. Horas más tarde sentimos una agitación en el aire que se hizo más intensa a medida que bajábamos las colinas. Una curva brusca nos condujo por una pronunciada pendiente, hasta el extremo de un valle. Hice girar el vehículo y lo lancé, rápidamente hacia atrás, para escondernos.

-¿Viste eso? -pregunté.

-Claro que lo vi -respondió Angelina, al tiempo que nos deslizábamos boca abajo, con más cuidado esta vez, y mirábamos desde la curva.

El viento era más fuerte aquí. Provenía del amplio valle, de una fuente invisible. El aire era más fresco también y, aunque siempre aparecían las mismas nubes en lo alto, en el valle no había niebla alguna que oscureciera la visión. Frente a nosotros se elevaban los cerros convirtiéndose en un macizo acantilado que se empinaba verticalmente. Era de brillante piedra negra. La erosión había tallado una fantasía de torres y torrecillas, y a su vez los hombres habían tallado con éstas una ciudad castillo que cubría la cima de la montaña.

Había ventanas y portales, banderas y pancartas, escaleras y contrafuertes. Las banderas eran de un color rojo intenso con inscripciones en letras negras. Algunas torres también habían sido pintadas de rojo y esto, junto con lo delirante de la construcción, eran una sola cosa.

-Sé que no tiene sentido -dijo Angelina-. Pero ese lugar me hace dar escalofríos. Es algo difícil de describir; tal vez «insano» sería el término más exacto.

-El más exacto de todos. Lo cual significa que, dado que estamos en el mundo y en el tiempo correctos, un lugar como éste debe ser la residencia de El.

-¿Cómo hacemos para apresarlo?

-Es una buena pregunta -dije, a falta de una respuesta inteligente. ¿Cómo haríamos para entrar a ese excéntrico castillo? Me rasqué la cabeza y el mentón, pero estas infalibles ayudas para el pensamiento no dieron resultado esta vez. En un ángulo de mi campo visual

percibí una leve agitación. Estiré una mano para empuñar el revólver pero no pude completar la acción.

-No hagas ningún movimiento de improviso, sobre todo en la dirección de tu arma -le dije a Angelina, con voz suave-. Date vuelta lentamente.

Los dos hicimos lo mismo. Es decir, no hicimos nada que pudiera producir ansiedad en los dedos engatillados de los diez o doce hombres que habían aparecido en silencio detrás de nosotros, y que nos apuntaban firmemente con sus armas.

-Prepárate para tirarte hacia adelante cuando lo haga yo -dije. Al darme vuelta comprobé que habían surgido otros cuatro hombres tan silenciosamente como los demás-. Olvida esta última orden, sonríe con dulzura y rindámonos. Los haremos pedazos en cuanto hayamos logrado meternos entre ellos.

Este último comentario era más para levantarle el ánimo que para prometerle acción. A diferencia de los hombres de ojos desenfrenados a quienes habíamos quitado el vehículo de numerosas ruedas, éstos eran mucho más aplomados y resueltos. Las armas que portaban eran largas como rifles y de aspecto mortífero. Caminamos obedientemente hacia adelante cuando uno de ellos nos indicó con un gesto que lo hiciéramos. Otro miembro del estrecho círculo se acercó y se puso a examinarnos, pero no se aproximó lo suficiente -salvo que hubiésemos sido propensos al suicidio- para intentar robarle el arma.

-¿Stragitzkrumi? -dijo. Al ver que permanecíamos en silencio, continuó- ¿Fidlykreepi? ¿Attenotottenpotentaten?

Al no hallar respuesta a sus incomprensibles peticiones se dirigió a un hombre corpulento, de barba rojiza, que parecía ser el jefe.

-Ri ne parolas konantain lingyojn -dijo, en esperanto.

-Bueno, así me gusta más -respondí, en la misma lengua- ¿Puedo preguntarles, caballeros, por qué necesitan apuntar con armas a unos simples viajeros como nosotros?

-¿Quiénes son ustedes? -dijo Barba Roja, aproximándose.

-Lo mismo podría preguntarles yo a ustedes.

-Yo soy quien empuña las armas -me contestó fríamente.

-Atinado concepto. Me inclino ante su lógica. Somos turistas de una tierra que queda cruzando los mares... -Interrumpió mi alocución con una mala palabra.

-Imposible, ya que ambos sabemos que ésta es la única masa de tierra del planeta. Ahora dígame la verdad.

Ni Angelina ni yo lo sabíamos, aunque por supuesto ahora sí. ¿Un solo continente? ¿Qué le había pasado a la madre tierra durante esos veinte milenios? Mentir no había servido de nada, así que quizás la verdad diera resultado.

-¿Me creerían si les digo que somos viajeros en el tiempo?

Esto sí dio en el blanco. El hombre se sobresaltó, y se produjo un cierto alboroto entre los que habían alcanzado a escuchar. Barba Roja los hizo callar echando chispas por los ojos antes de volver a hablar.

-¿Qué relación tienen ustedes con El y esos sujetos que están allá en la ciudad?

Todo dependía de mi respuesta. La verdad me había servido una vez y podía volver a hacerlo. Y la palabra «sujetos» era una revelación involuntario. Yo no podía creer que estos hombres serenos, disciplinados, tuviesen algo que ver con el enemigo.

-He venido a matar a El y a aniquilar su operativo.

Por cierto que conseguí el efecto deseado. Algunos de los hombres bajaron sus armas, pero de inmediato un grito les mandó volver a alinearse. Barba Roja dio la voz de orden y uno de los hombres se marchó de prisa. Permanecimos en silencio hasta que regresó con un cubo verde metálico, del tamaño de su cabeza, que entregó a su comandante. Debe haber sido hueco porque lo transportaba con facilidad. Barba Roja lo levantó.

-Tenemos más de cien de éstos. Han estado cayendo desde el cielo durante este mes, y son todos idénticos. Poseen una poderosa batería de radio en el interior, pero no podemos cortar ni disolver el metal. Las cinco caras externas tienen inscripciones en diferentes idiomas y caracteres. Todas las que podemos leer dicen lo mismo. «Llévenselo a los viajeros del tiempo». En la base del cubo hay dos líneas escritas que nos resulta imposible descifrar ¿Pueden ustedes?

Lentamente me alcanzó el cubo y yo lo recibí con la misma cautela, mientras todas las armas apuntaban a mi cuerpo con meticulosa precisión. El metal se asemejaba al collapsium, ese material increíblemente resistente empleado en la fabricación de cohetes atómicos. Lo di vuelta con sumo cuidado y leí las líneas de un solo vistazo. Luego, lo devolví.

-Sí, entiendo lo que está escrito -dije, y ellos captaron un nuevo tono en mi voz-. La primera línea dice que El y su gente abandonarán este período exactamente 2,37 días después de mi llegada aquí.

Se originó un murmullo. Angelina se le adelantó a Barba Roja para hacer la trascendente pregunta:

-¿Qué dice la segunda línea?

Intenté sonreír, pero no me salió muy bien.

-Ah, sí. Dice que, tan pronto ellos partan, el planeta será destruido por explosiones atómicas.

20

La carpa estaba hecha de la misma tela gris de la ropa de nuestros captores y constituía un fresco amparo de la temperatura abrasadora de afuera. En un rincón chirriaba una máquina que reducía la humedad y enfriaba el aire. Incluso habían servido bebidas frescas. Yo apuré mi copa y me quedé meditando muy preocupado acerca de un modo de escapar de este dilema antes de que venciera el plazo acordado. A pesar de que aún había despliegue de armas, regía una tácita tregua que Barba Roja decidió formalizar.

-A su salud, -dijo-. Mi nombre es Diyan.

Daba la impresión de ser un ritual, de modo que repetí la fórmula y me presenté. Angelina hizo lo propio. Luego de esta ceremonia desaparecieron las armas y nos sentimos más amigos. Me senté en un lugar donde recibía toda la brisa del acondicionador, y resolví hacer algunas preguntas.

-¿Tienen armas más pesadas que estos rifles de mano?

-No se consiguen. Las pocas que trajimos quedaron destruidas en combates con las fuerzas de Él.

-¿Este continente es tan enorme que no pueden trasladar rápidamente más armas desde su país?

-El tamaño del continente carece de importancia. Contamos con naves espaciales muy pequeñas, y todo hay que traerlo desde nuestro planeta natal.

Parpadeé. Me estaba metiendo en camisa de once varas.

-¿Ustedes no son de la Tierra?

-Nuestros antepasados lo eran, pero todos nosotros nacimos en Marte.

-¿Tendría la amabilidad de suministrarme algunos datos más? Me siento cada vez más confundido.

-Perdóneme. Yo creí que usted sabía. Permítame que vuelva a llenar su copa. La historia comienza hace miles de años cuando un cambio repentino en la radiación solar elevó la temperatura de la Tierra. Por supuesto que «repentino» significa muchos años; siglos, en

realidad. A medida que cambiaba el clima y se derretían las capas de hielo, se ponía en peligro la vida en la superficie del planeta. Se modificaban las líneas costeras; se inundaban amplias zonas de tierras bajas. Grandes ciudades desaparecieron bajo las aguas. Esto podría haberse superado si no hubiese sido por los disturbios sísmicos producidos por la variación del peso en la corteza terrestre cuando los polos se liberaron de su carga de hielo y el agua comenzó a cubrir otras regiones. Hubo terremotos, desbordamientos de lava, terrenos que se hundían, nuevas montañas que se formaban. Fue tremendo. Hemos visto las filmaciones muchas veces en los colegios. Se puso en marcha un increíble esfuerzo internacional para terrificar Marte, es decir, para posibilitar la vida humana en Marte. Ello implicaba crear una atmósfera con una gran capa de dióxido de carbono debido a la acrecentada radiación solar, transportar montañas de hielo desde los anillos de Saturno, cosas por el estilo. Esta noble ambición finalmente se vio coronada por el éxito, pero hundió en la bancarrota a las naciones de la Tierra que la habían emprendido. Eventualmente se produjeron desacuerdos e incluso guerras. Los debilitados gobiernos caían, y los hombres codiciosos pugnaban por obtener más espacio del que les correspondía equitativamente en el nuevo mundo. Entre tanto, las aguas seguían anegando la Tierra y los primeros colonos de Marte debieron luchar contra los rigores de un mundo escasamente habitable para fundar los poblados. Este período histórico se conoce como los Años Mortales por la gran cantidad de gente que perdió la vida. Las cifras son inauditas. Pero finalmente sobrevivimos, y Marte es ahora un lugar verde, confortable.

»La Tierra no lo pasó tan bien. Se perdió el contacto entre los planetas, y los sobrevivientes de los antiguos miles de millones de habitantes tuvieron que emprender una tremenda batalla por la supervivencia. No hay crónicas escritas sobre ese período que duró miles de años, pero los resultados saltan a la vista. Sólo este inmenso continente quedó sobre las aguas, al igual que unas cadenas de islas donde antes existían cordones montañosos. Y la locura reina en la humanidad. Cuando nos fue posible, reconstruimos nuestras antiguas naves espaciales y trajimos la ayuda que pudimos, ayuda que no fue apreciada. Los sobrevivientes matan a cuanto extranjero se les presenta, y gozan con ello. Y todos los hombres son extraños. La radiactividad solar ha producido un sinfín de cambios en personas, plantas y animales. La mayoría de las nuevas especies murieron rápidamente, pero los sobrevivientes son mortíferos en grado sumo. De manera que colaboramos en lo que pudimos, pero en verdad hicimos muy poco. Los terrestres eran un peligro constante entre ellos, pero no para Marte. Eso no ocurrió hasta que Él los unió, hace cientos de años.

-¿Realmente ha vivido todo ese tiempo?

-Parece ser que sí. Tiene la mente tan retorcida como la de esos seres, pero puede comunicarse con ellos. Y ellos lo siguen. De hecho trabajan juntos, levantan esa ciudad que ustedes vieron, construyen una sociedad insólita. Indudablemente es un genio, si bien un genio deformado. Han instalado fábricas y poseen una tecnología rudimentaria. Lo primero que hicieron fue pedir más ayuda a Marte, y no nos creían cuando les respondíamos que ya les estábamos dando el máximo. Sus exigencias descabelladas no nos habrían molestado si no hubiesen desenterrado cohetes equipados, con bombas atómicas que podían lanzar a nuestro planeta. Cuando nos arrojaron los cohetes, organizamos esta expedición. En Marte subsistíamos en base a la colaboración -no había otro modo de hacerlo-; no éramos bélicos. Pero fabricamos nuestras armas y nos veremos obligados a utilizarlas para asegurar nuestra propia supervivencia. Él es la clave de todos los problemas; por tanto, debemos capturarlo o matarlo. Y si para conseguirlo tenemos que matar a otros, también lo haremos. Ya han muerto miles de nosotros y se está incrementando la radiación en la atmósfera de Marte.

-Entonces compartimos los mismos objetivos -dije-. Él ha puesto en marcha una guerra de tiempo contra mi gente, y los resultados son igualmente desastrosos. Usted ha resumido nuestros planes de venganza con suma exactitud.

-¿Cómo haremos para lograrlo? -preguntó Diyan, con vehemencia.

-No estoy seguro -respondí, sombríamente.

-Nos restan poco más de diez horas para actuar -dijo Angelina. Como toda mujer, era la personificación del pragmatismo. Mientras nosotros perdíamos el tiempo evocando el pasado, ella enfrentaba el verdadero problema, el hecho de que la decisión debía tomarse en el futuro, y lo resolvía. Yo ansiaba poder demostrarle mi cariño pero resolví esperar un momento más oportuno, si es que iban a existir más momentos.

-Un ataque total -sugerí-. Disponemos de armas para agregar a las de ustedes. Atacar por todos los frentes, encontrar un punto débil, concentrar nuestras fuerzas, lanzarnos a la victoria. ¿Les queda alguna arma grande?

-No.

-Bueno... eso podemos solucionarlo. ¿Qué le parece la idea de disparar una nave espacial dentro del castillo y así poder introducir una unidad de combate a sus espaldas?

-Todas fueron arrasadas por saboteadores suicidas. Van a mandar otros vehículos desde Marte, pero llegarán demasiado tarde. En realidad, no nos especializamos en guerras y matanzas, mientras que ellos siempre vivieron así.

-Aún no hay que abandonar las esperanzas. Ja, ja -dije riendo, pero sonó a risa hueca. Se percibía en la atmósfera un sombrío abatimiento.

-El paracaídas de gravedad -dijo Angelina en un tono de voz tan tenue que sólo yo alcancé a escucharla.

-Utilizaremos el paracaídas de gravedad -exclamé en voz alta para que todos pudieran oír. Un buen general debe contar con un buen trabajo de sus subordinados. El plan completo se me presentaba claro ahora, escrito en letras de fuego ante mis ojos-. Será un operativo a todo o nada. Angelina y yo le extraeremos las baterías al equipo innecesario para poder poner una carga completa en el paracaídas de gravedad. Luego confeccionaremos un arnés múltiple. Yo haré después los cálculos exactos, pero supongo que podrá acarrear a cinco o seis personas del otro lado de esas paredes antes de consumir toda la energía. Angelina y yo somos dos... el resto serán sus mejores hombres...

-¡Una mujer no! No es empresa para una mujer -protestó Diyan. Le palmeé el brazo comprensivamente.

-No tema. A pesar de ser muy dulce y femenina, es capaz de dejar fuera de combate a diez hombres de esta carpa. Y necesitamos a todos porque las tropas de afuera iniciarán un ataque a fondo. Muy general al principio, pero luego concentrarán las fuerzas en un flanco. Cuando la acción llegue al punto culminante, la patrulla comando saltará la pared del frente y penetrará. Ahora vamos a organizar las cosas.

Organizamos las cosas. O mejor dicho las organizamos Angelina y yo porque estos pacíficos campesinos de Marte no tenían la más mínima noción de lo que era un asesinato científico, y se sentían muy aliviados de poder delegar en nosotros las responsabilidades del liderazgo. Una vez que todo estuvo encaminado me tiré a dormir un rato. Había estado despierto o inconsciente durante dos días enteros y veinte mil años, y era comprensible que me sintiera cansado. Las tres horas que dormí no fueron suficientes. Al despertarme, tuve que tomar una tableta estimulante para compensar la diferencia. Afuera estaba oscuro y seguía haciendo el mismo calor.

-¿Estamos listos para partir? -pregunté.

-En un instante -respondió Angelina, fresca, tranquila, sin dar muestras de fatiga. Debía haber recurrido también a las tabletas estimulantes-. Nos quedan cuatro horas hasta el

amanecer y vamos a necesitar casi todo ese tiempo para llegar a nuestra posición. El ataque comienza con las primeras luces.

-¿Los guías conocen el camino?

-Ya llevan casi un año peleando en este terreno, así que deberían conocerlo.

Este era el momento crucial. Todos los hombres lo percibían. Se les notaba en las expresiones de los rostros, en la manera de cuadrar los hombros. Hoy podía haber un solo vencedor. Quizás no fuesen luchadores natos, pero aprendían rápido. Si uno va a pelear, pelea para ganar. Diyan se acercó dirigiendo a otros tres de sus hombres que transportaban el arnés metálico con el paracaídas de gravedad montado en su centro.

-Estamos listos -dijo.

-¿Todo el mundo sabe lo que tiene que hacer?

-Perfectamente. Ya nos hemos despedido, y ya partieron también las primeras unidades de combate.

-Salgamos nosotros, entonces.

Diyan iba indicando el camino, aunque no tengo idea de cómo hacía para encontrarlo en esa oscuridad envuelta en vapor. Nosotros lo seguíamos tropezando a cada instante, transpirando y maldiciendo bajo la carga del pesado arnés. Cuanto menos hable de las horas siguientes, mejor. El alba nos encontró desplomados junto a la pared del fondo, aparentemente la más alta y fuerte, que era nuestra meta. Por lo que se podía distinguir en medio de la neblina que nos rodeaba, no era nada atractiva. Apreté la mano de Angelina para demostrarle que no sentía miedo y para darle ánimo. Ella me respondió apretándome la mía para demostrarme que sabía que yo estaba tan asustado como todos los demás.

-Lo haremos, Jim -dijo-. Y tú lo sabes.

-Sí, claro que lo haremos. La continuación de la existencia en nuestra porción particular de futuro así lo prueba. Pero no nos señala cuántos van a morir hoy... ni quiénes continuarán viviendo en el futuro pronosticable.

-Somos inmortales -dijo Angelina con tanta seguridad que tuve que reírme y mi moral se elevó a su habitual nivel egoísta. Le di un beso sonoro para retribuirle su estímulo.

Comenzaron a oírse explosiones repentinas a la distancia que retumbaban como truenos desde las paredes de piedra. El ataque había empezado. El reloj andaba, y a partir de ahora todo estaba cronometrado. Ayudé a los demás a calzase las correas y al mismo tiempo iba vigilando mi reloj. Cuando se aproximó el momento de partir, yo también me abroché las correas y pulsé los controles del paracaídas de gravedad.

-Agárrense bien -les indiqué, verificando cómo pasaban los números-. Y apróntense para saltar cuando aterricemos del otro lado.

Oprimí el botón. Con un quejido metálico del arnés, mi pequeño ejército de seis se elevó por los aires, al ataque.

21

Remontamos la negra ladera de la roca como un lento ascensor, blanco fácil para cualquiera que tuviese un rifle decente y buena vista. Íbamos incómodos, por no decir algo peor. Tuve que levantar vuelo gradualmente para que no se nos arqueara el aparejo pero aceleré lo más que pude hasta que alcanzamos el nivel máximo de subida. El paracaídas de gravedad comenzó a irradiar un aura visible de calor mientras luchaba contra todo nuestro peso muerto. Hubiera sido muy desagradable que fallara justo ahora.

Dejamos rápidamente atrás las profundas ventanas, donde felizmente no había nadie. Delante de nosotros la piedra negra se convirtió en oscura pared y apareció el remate almenado del parapeto. Describí una curva en esa dirección y corté la corriente por

completo cuando llegamos al borde. La aceleración que traíamos nos transportó sobre él en un gran arco, luego de lo cual los hechos se sucedieron a un ritmo increíblemente veloz.

Había dos centinelas en la muralla, ambos sorprendidos, furiosos, armados y dispuestos a hacer fuego. Pero Angelina y yo lo hicimos primero. Utilizábamos las pistolas de agujas para pasar inadvertidas el mayor tiempo posible. Los vigías cayeron en silencio, y yo activé la energía para el aterrizaje.

¡El aterrizaje! ¡Allá abajo no había ni un patio ni un techo sólido! Descendíamos sobre el techado transparente, abovedado, de un taller, una marquesina de paneles de vidrio sujetos por una maraña de mohosos tirantes metálicos. A medida que íbamos cayendo contemplábamos el panorama horrorizados. Accioné toda la potencia. Nos quejamos ante la repentina aceleración. El arnés también se quejó, crujió, se dobló. La cúpula estaba demasiado cerca; no íbamos a detenernos a tiempo.

Fue espléndido. Un ataque sigiloso, secreto, fantasmas fugaces en el amanecer. Seis pares de botas golpearon en el mismo momento, esparciendo unos cinco mil metros cuadrados de vidrios. La estructura de sostén se arqueó, y se desprendieron algunos de los herrumbrados soportes. Por un estremecedor instante pensé que íbamos a correr la misma suerte que esos vidrios que se estrellaran en la habitación de abajo, produciendo una atronadora y repugnante cacofonía. El paracaídas dio todo lo que pudo en un último y vibrante estallido de energía, deteniendo nuestro impulso hacia adelante. Luego quedó también envuelto en llamas.

-¡Agarren los soportes! -grité, tironeando de las hebillas que sujetaban el paracaídas a nuestro arnés. Se resistió, me chamuscó la mano, pero finalmente se soltó. Cayó justo en el hall de abajo -donde los ocupantes daban alaridos-, y allí explotó. Suspiré y arrojé algunas bombas de estruendo y de humo para aumentar la confusión.

-Ahora están enterados de nuestra presencia -dije, retrocediendo en busca de protección-. Sugiero que nos bajemos de este precario gimnasio y reanudemos nuestra misión.

Salimos arrastrándonos hasta el parapeto moviéndonos con sumo cuidado, mandando para abajo más vidrios a medido que nuestro peso iba combando la estructura y que se soltaban los cristales.

-Conecte la radio -le dije a Diyan, cuando trepó a mi lado-. Ordene a sus tropas que ataquen por la retaguardia si no han avanzado aún, pero que sigan haciendo fuego.

-Los han repelido por todos lados.

-Entonces dígales que traten de evitar las pérdidas. Nosotros arremeteremos desde adentro.

Abandonamos el lugar. Angelina y yo nos ubicamos en un punto desde el cual podíamos eliminar cualquier resistencia que se nos opusiera, mientras los demás nos protegían por los flancos y la retaguardia. Avanzamos casi corriendo. Teníamos que movernos con rapidez, sembrar la discordia a nuestro paso... y encontrarlo a Él. La primera puerta daba a una inmensa escalera caracol que parecía bajar en espiral hasta el infinito. No me gustó el aspecto, de modo que arrojé unas granadas de estruendo y continuamos la marcha cruzando el techo.

-¿Hacia dónde? -preguntó Angelina.

-Esa maraña de torrecillas y edificaciones que hay allá adelante parece más grande y más funcional que este lugar. Es una suposición como cualquier otra. -Algo explotó en las tejas cerca de nosotros. Angelina barrió de una ventana al francotirador con un solo tiro de su cinturón. Corrimos un poco más rápido. Luego nos pegamos contra la pared por encima de una caída a pique hacia el valle de abajo, mientras yo hacía volar una puerta cerrada. Y entramos.

El sitio había sido diseñado por un demente. Yo sé que esto era literalmente cierto, pero no se necesitaba conocerlo a Él para darse cuenta.

Pasillos y escaleras, habitaciones enroscadas, paredes inclinadas; en un lugar debimos incluso arrastrarnos en cuatro patas a escasa altura del cielorraso. Aquí fue donde tuvimos la primera baja. Cinco de nosotros logramos salir de esta pieza antes de que el techo descendiera silenciosa y rápidamente, aplastando al centinela del fondo sin darle tiempo a decir palabra. Transpirábamos cada vez más. Los enemigos que encontramos en el camino estaban, en su gran mayoría, desarmados, y huyeron o cayeron ante el impacto de nuestras agujas. Ahora hacía falta velocidad y silencio, así que avanzamos lo más rápido posible en medio de esas paredes de extravagantes decorados. Nos resultó muy sencillo no mirar esos cuadros insólitos que parecían cubrir hasta el último espacio libre.

-Un momento -dijo Angelina jadeando, haciéndome detener cuando atravesamos una alta arcada y llegamos a una escalera caracol con escalones de diferentes alturas-. ¿Sabes adónde nos dirigimos?

-No exactamente -respondí, jadeando también-. Nos estamos adentrando en el edificio para llevar la delantera en la lucha, y al mismo tiempo sembrando un poco de confusión.

-Pensé que teníamos mayores ambiciones. Por ejemplo, encontrarlo a Él.

-¿Alguna sugerencia para lograr ese objetivo? -Debo reconocer que hablé con cierta brusquedad. Angelina me respondió con exagerada dulzura.

-Sí, claro. Podrías intentar prender el detector de energía de tiempo que llevas colgado del cuello. Creo que para eso lo trajiste.

-Justo lo que estaba por hacer -dije, tratando de disimular el hecho de que me había olvidado por completo en el ardor del ataque desenfrenado.

La aguja osciló y señaló, con exacta precisión, el piso de abajo.

-Vamos abajo -ordené-. En el punto donde se enrolle la hélice de tiempo hallaremos a El y lo convertiré en picadillo. -Lo decía en serio, ya que éste era mi tercer y último intento. Había fabricado una bomba especial y le había pintado su nombre. Era una mezcla infernal de un coagulante (garantizaba la coagulación de cuanta proteína hubiera en cinco metros a la redonda), una carga explosiva, una granada de veneno y una bomba de aluminio y óxido de hierro teóricamente pensada para cocinar el coagulado y envenenado cuerpo de El.

Luego se reanudó la batalla. Desde abajo, una especie de lanzallamas nos mandó por la escalera una ola de humo y fuego turbios que no pudimos atravesar. Chamuscados y ahumados, penetramos por un agujero que perforé en la pared y caímos en un laboratorio. Hileras y más hileras de burbujeantes retortas se extendían en todas las direcciones, conectadas a un laberinto de tuberías de cristal. Chorreaban líquidos oscuros y las válvulas despedían un vapor maloliente. Aquí los obreros no estaban armados, de modo que se desplomaron ante nuestros ojos. Caminábamos más lentamente y jadeábamos al respirar.

-¡Puaj! -exclamó Angelina, haciendo una mueca-. ¿Viste lo que hay en esos frascos?

-No, ni quiero verlo. No te detengas. -No tenía deseos de ver nada que fuese capaz de alterar la serenidad de Angelina. Me alegré cuando dejamos atrás esa zona y nos topamos con otra caja de escalera.

Nos estábamos acercando. La resistencia se hacía más fuerte, y debimos luchar en casi todo el trayecto. Pudimos hacerlo sólo porque los defensores se habían armado apresuradamente. Al parecer, la mayoría de las armas colgaban de las paredes ya que esta gente nos atacaba con cuchillos, hachas, pedazos de metal, cualquier cosa. Incluso con las manos peladas si no tenían más que eso. Dando alaridos, echando espuma por la boca, se abalanzaban al ataque y nos demoraban por la superioridad numérica. Tuvimos la siguiente baja cuando un hombre se tiró desde algún hueco de arriba y le clavó una estaca de metal a uno de los marcianos, sin darme tiempo a pegarle antes un tiro. Murieron juntos. Lo único que podíamos hacer era dejarlos y proseguir la marcha. Miré rápidamente el reloj y de nuevo me puse a correr. Nos quedaba poco tiempo.

-¡Espere! -gritó Diyan con voz ronca-. ¡La aguja ya no marca!

Hice señas a todos para que se detuvieran en un ancho pasillo que íbamos recorriendo. Se tiraron al piso, cubriendo los flancos. Examiné el detector de energía de tiempo que transportaba Diyan.

-¿Qué dirección marcaba cuando lo miró por última vez?

-Hacia adelante, por el corredor. Y la aguja no formaba ningún ángulo, como si el aparato que señala estuviera a este mismo nivel.

-Se mueve sólo cuando la hélice de tiempo está en funcionamiento. Ya debe haberse ido.

-¿Habrá partido Él? -preguntó Angelina y repitiendo en voz alta las palabras que yo quería alejar de mi pensamiento.

-Tal vez no -respondí, fingiendo sinceridad-. De cualquier manera debemos proseguir mientras podamos. ¡Un último esfuerzo!

Proseguimos. Y sufrimos otra baja cuando intentamos cruzar una capa de ramas retorcidas que estaban cubiertas de espinas. Envenenadas. No me quedó más remedio que quemarlas con la última granada de aluminio y óxido de hierro. Ya nos iban quedando pocas municiones.

En el pasillo siguiente se produjo un enérgico combate que me hizo vaciar la pistola de agujas. La tiré a un lado y pateé la pesada puerta que nos obstaculizaba el paso. Había que hacerla volar pero ya se me habían agotado las granadas. Miré a Angelina en el momento en que se encendía una placa de comunicación junto a la puerta.

-Lo vencí en su última oportunidad -dijo El, sonriéndome maléficamente desde la pantalla.

-Siempre estoy dispuesto a conversar -dije. Luego le hablé a Angelina en un idioma que sabía con certeza que El no entendía-. ¿Te queda alguna bomba?

-Yo soy el que hablo. Usted escucha -dijo El.

-Una -me respondió Angelina.

-Soy todo oídos -le dije a Él-. Sal por esa puerta -le indiqué a Angelina.

-Despaché a toda la gente que necesito hacia un lugar seguro en el pasado donde nunca nos encontrarán. Mandé las máquinas que nos harán falta, al igual que todo lo indispensable para fabricar una hélice de tiempo. Yo seré el último en partir, y cuando lo haga, la maquinaria del tiempo se destruirá detrás de mí.

La granada estalló, pero, la puerta era muy gruesa y permaneció adherida al marco. Angelina la barrió con balas explosivas. El seguía hablando como si nada pasara.

-Yo sé quién es usted, hombrecito del futuro, y sé de dónde viene. Por lo tanto, lo aniquilaré antes de que llegue a nacer. A usted, mi único enemigo. Luego el pasado, el futuro y toda la eternidad serán míos. ¡Míos, míos!

Hablaba a gritos, babeándose. La puerta se derrumbó, y yo fui el primero en trasponerla.

Mis balas explotaban en el delicado mecanismo de la hélice de tiempo mientras la «bomba para El» describía un arco en el aire.

Pero El había alcanzado a encender la hélice.

El resplandor verde se esfumó. El se esfumó, y ya no se necesitaba la maquinaria que había quedado. Mi bomba infernal estalló en el vacío, y fue más peligrosa para nosotros que para su destinatario original. Nos tiramos al piso mientras la muerte zumbaba sobre nuestras cabezas.

Cuando volvimos a mirar, el artefacto se disolvía en medio de una nube de humo.

El retomó la palabra. Yo lo buscaba con el caño de mi revólver.

-Hice esta grabación por si acaso tenía que partir bruscamente. Lo siento. -Se rió como un demente festejando su enfermiza comicidad-. Ya me he ido. Usted no puede seguirme, pero yo puedo seguirlo a usted a través del tiempo. Y exterminarlo. Usted viene acompañado de otros enemigos a quienes deseo hacerles sentir también mi venganza. Ellos

morirán, usted morirá, todo morirá. Yo domino los mundos, la eternidad. Yo aniquilo mundos. Voy a devastar esta Tierra. Les dejo sólo el tiempo necesario para que reflexionen y sufran. No pueden escapar de mí. Dentro de una hora se activarán todas las armas nucleares del planeta. La Tierra será destruida.

22

Hacer estallar el grabador que contenía la repugnante voz de El en sus entrañas me iba a resultar de muy poco provecho pero lo hice de todos modos. De un tiro. El aparato explotó en medio de una nube de trocitos plásticos y componentes electrónicos, interrumpiendo por la mitad esa risa de loco. Angelina me palmeó la mano.

-Hiciste todo lo que pudiste -dijo.

-Y sin embargo no fue suficiente. Lamento haberte mezclado en esto.

-No hubiera querido que ocurriera de otra manera. Lo que nos pase nos va a pasar juntos.

-Da la impresión de que algo muy tremendo le acontecerá a su gente -dijo Diyan-. Lo lamento muchísimo.

-No tiene por qué lamentarse porque estamos todos en la misma situación.

-En cierto sentido, sí. A nosotros nos queda una hora pero Marte se salvó, y los que vamos a morir aquí sabemos que al menos eso hemos logrado. Nuestras familias, nuestro pueblo seguirá viviendo.

-Ojalá pudiera decir yo lo mismo -agregué con el mayor abatimiento. Le pedí prestado el revólver y derribé a dos enemigos que se lanzaban contra nosotros a través de la puerta destrozada-. Al perder aquí perdimos para todo el tiempo. Me sorprende que todavía estemos vivos. Debíamos habernos apagado como velas.

-¿No podríamos intentar algo? -preguntó Angelina.

Me encogí de hombros.

-No se me ocurre nada. Es imposible esquivar las bombas H. El dispositivo de la hélice de tiempo está derretido, así que no podemos utilizarla. Necesitaríamos una nueva hélice, cosa que no vamos a conseguir a menos que nos caiga del cielo.

Como un eco a mis palabras se escuchó un ruido repentino producido por el desplazamiento del aire sobre nuestras cabezas. Me tiré rápidamente al piso y rodé, pensando que se trataba de un nuevo ataque. Pero no. Era un gran cajón verde de metal que colgaba suspendido por sí mismo en el aire. Angelina me miró con una expresión sumamente extraña.

-Si eso es una hélice de tiempo, debes decirme cómo lo hiciste.

Siquiera una vez en la vida tuve que quedarme callado. Sobre todo cuando el cajón comenzó a descender frente a nosotros. Justo antes de que tocara tierra alcancé a leer una inscripción que llevaba en un costado:

«Hélice de tiempo. Abrir con cuidado».

No atiné a moverme. Me parecía todo demasiado increíble: los dos paracaídas de gravedad atados a la parte superior del artefacto, el dispositivo regulador del tiempo, el pequeño grabador adosado al cajón con la descarada leyenda «Hágame funcionar». Retrocedí asustado, boquiabierto. Fue la siempre práctica Angelina quien se acercó y oprimió el botón. Nos llegó la vibrante voz del profesor Coypu.

-Sugiero que se pongan en movimiento con suma celeridad. Ustedes saben que las bombas explotarán muy pronto. Me pidieron que le informe, Jim, que el aparato de control de las bombas está escondido en un estuche en la pared del fondo, detrás de los alimentos deshidratados. Está disimulado como una radio portátil porque en realidad es una radio

portátil. Con agregados. Si se la maneja mal hará estallar todas las bombas ahora. Lo cual sería muy fastidioso. Debe colocar los tres diales en los números seis, seis, seis. Creo que ése es el código de la bestia. Ubíquelos en secuencia de derecha a izquierda. Luego presione el botón disparador. Ahora apague mi voz hasta que haya hecho lo que le indiqué. No se demore.

-Está bien, está bien -respondí irritado, y lo apagué. Su tono de voz era demasiado autoritario para un hombre que no iba a nacer hasta dentro de unos diez mil años, más o menos. ¿Y cómo es que sabía tanto? Protesté pero fui e hice lo que debía. Tiré las raciones deshidratadas al piso. Parecían trozos de tentáculos de pulpo color verde amarillento. Con ventosas y todo. Ahí estaba la radio. No intenté moverla. Ubiqué los diales tal como me instruyeran, y oprimí el botón. No pasó nada.

-No pasó nada -dije.

-Exactamente como queríamos que ocurriera -dijo Angelina parándose en puntas de pie para darme un beso agradecido en la mejilla-. Acabas de salvar el mundo.

Muy orgulloso de mí mismo me acerqué fanfarronamente al grabador y volví a prenderlo, ante las miradas maravilladas de los marcianos.

-No crea que salvó el mundo -dijo Coypu. Aguafiestas-. Lo que hizo fue impedir su destrucción por aproximadamente veintiocho días. Una vez activadas, las bombas esperan ese período; luego se autodestruyen. Pero sus amigos marcianos pueden sacar provecho de esta demora. Tengo entendido que cuentan con naves de auxilio, ¿no?

-Llegarán dentro de quince días -dijo Diyan con un tono de gran respeto frente a esos desencarnados poderes capaces de vaticinar.

-Quince días son más que suficientes. La Tierra se destruirá, pero considerando su estado actual, será más una bendición que una tragedia. Ahora hay que abrir el cajón. Sobre los controles hay un disruptor molecular. Si se lo pone apuntando a la pared exterior donde las ventanas estén bien altas, y se lo inclina en un ángulo de quince grados, cavará un túnel que atravesará las paredes. Sugiero que esto se haga cuanto antes. Por ahí pueden escapar los marcianos. Ahora pulse el botón A y se formará la hélice de tiempo. James, Angelina, colóquense los paracaídas y partan apenas se encienda la luz roja.

No del todo convencido, hice lo que me ordenó. Apareció la hélice de tiempo produciendo chispazos y crujidos al enroscarse. Diyan se aproximó con la mano extendida para estrechar la mía.

-Nunca olvidaremos lo que ha hecho por nuestro mundo. Generaciones de hombres por nacer se enterarán de sus hazañas en los textos escolares.

-¿Está seguro de que sabe escribir bien mi nombre? -pregunté.

-Usted toma esto a la ligera porque es noble y modesto. -Era la primera vez que me hacían esa acusación-. Levantaremos una estatua con la inscripción «James diGriz, salvador del mundo».

A su vez, cada marciano estrechó mi mano. Me dio mucha vergüenza. También Angelina tenía un brillo de admiración en los ojos, pero las mujeres son criaturas sencillas y les gusta envanecerse aunque sea por reflejo. Luego se encendió la luz roja, nos calzamos los paracaídas y -deseé sinceramente que fuera por última vez- nos envolvió el frío fuego de la fuerza del tiempo. El contacto con nosotros debe haber accionado el aparato produciendo un gran estrépito, sin darme tiempo a hacer el comentario pertinente que tenía a flor de labios.

No fue peor que cualquier otro viaje en el tiempo, pero por cierto tampoco mejor. Nunca me acostumbraría a este medio de transporte. Estrellas que corrían como balas, galaxias que giraban en espiral como si fueran fuegos artificiales, movimiento que no era movimiento, tiempo que no era tiempo, lo de siempre. Lo único bueno del viaje era el final, que se concretó en el gimnasio de la División Especial, el mas grande recinto abierto

que había allí. Angelina y yo flotábamos en el aire sonriéndonos como locos, ignorando las miradas de estupor de los transpirados deportistas de allá abajo. Íbamos tomados de la mano, felices de saber que nos aguardaba un futuro.

-Bienvenido a casa -dijo Angelina, y realmente no había nada más que decir.

Descendimos suavemente saludando con la mano a nuestros amigos. Por el momento, no respondimos a sus preguntas. Ante todo, a informar a Coypu, al laboratorio del tiempo. Experimenté una fugaz sensación de tristeza de que se me hubiera escapado El, y la esperanza de que la próxima vez, cuando lo rastrearan en el tiempo, pudiesen enviar unas poderosas bombas en lugar de mandarme a mí o a cualquier otro voluntario.

Coypu levantó la vista y se quedó pasmado.

-¿Qué está haciendo aquí? -preguntó-. Usted tendría que estar matando a ese sujeto El. ¿No recibió mi mensaje?

-¿Qué mensaje? -exclamé, parpadeando velozmente.

-Sí. Construimos diez mil cubos metálicos y los mandamos de vuelta a la Tierra. Seguro que debe haber recibido alguno por la orientación radial...

-Ah, ese mensaje viejo. Recibido y cumplido convenientemente, pero usted está un poco atrasado de noticias. ¿Qué hace eso aquí? -Creo que mi voz se elevó por demás mientras señalaba con un dedo tembloroso la máquina que había en el otro extremo de la habitación.

-¿Eso? ¿Nuestra hélice de tiempo compacta y plegable, la Mark Uno? ¿Qué otra cosa iba hacer? Acabamos de terminarla.

-¿Nunca la utilizaron?

-Nunca.

-Bueno, lo harán ahora. Tienen que acoplarle dos paracaídas de gravedad tome, use estos, un grabador y un disruptor molecular. Luego vuelvan a lanzarla para salvarnos a Angelina y a mi.

-Tengo un grabador de bolsillo. Pero, ¿por qué...? -Del bolsillo de su guardapolvo sacó una maquinita que me resultaba familiar.

-Hágalo primero; las explicaciones vienen después. Angelina y yo vamos a saltar en pedazos si no cumple esto bien.

Tomé pintura y escribí la leyenda «Hágame funcionar» en el grabador, y «Hélice de tiempo. Abrir con cuidado» en la máquina. El momento exacto en que El había abandonado la Tierra fue determinado por el rastreador de tiempo, y se fijó la llegada de este cargamento en la hélice grande para unos minutos más tarde. Coypu dictó la cinta siguiendo mis instrucciones. Sólo cuando se mandó todo el bulto al pasado lancé un agradecido suspiro de alivio.

-Estamos salvados -dije-. Bueno, ahora venga ese trago que me prometió.

-Yo no le prometí nada.

-Lo voy a tomar de todos modos.

Coypu hablaba solo y hacía anotaciones en un papel mientras yo servía grandes tragos para Angelina y para mí. Chocamos copas y estábamos bautizando las gargantas cuando él se nos acercó, sonriendo cordialmente.

-¡Cómo lo necesitaba! -comenté-. Hacía años que no bebía.

-Por fin se van aclarando las cosas -dijo Coypu, tocándose los dientes salidos, tratando de contener la emoción.

-¿Podemos sentarnos para escuchar? Hemos tenido que trabajar mucho estos últimos doscientos mil años.

-Sí, cómo no. Vamos a repasar el curso de los acontecimientos. El puso en marcha un muy exitoso ataque en el tiempo contra la División. Se redujeron considerablemente nuestras fuerzas...

-Sí, claro. Quedamos dos. Usted y yo.

-Efectivamente. En cuanto lo mandé a usted al año 1975, me di cuenta de que todas las cosas eran como habían sido. Muy repentinas. Estaba completamente solo, y al instante siguiente el laboratorio se llenaba de gente que nunca supo que había desaparecido. Dedicamos mucho trabajo a perfeccionar las técnicas de rastreo en el tiempo. Demoramos casi cuatro años en lograrlo.

-¿Cuatro años?

-Casi cinco hasta que pudimos ponerlas en práctica. Las huellas estaban muy distantes y se hacía difícil seguirlas. Se entremezclaban.

-¡Angelina! -exclamé, comprendiendo de pronto-. Nunca me dijiste que habías estado aquí sola durante cinco años.

-No creí que te gustaran las mujeres más viejas.

-Las amo, si son como tú. ¿Extrañaste mucho?

-Horriblemente. Por eso me ofrecí para ir a buscarte. Inskipp tenía otro voluntario, pero se quebró una pierna.

-¡Querida, apuesto a que tú sabes qué le ocurrió! -Ella no es de las que se ruborizan, pero en ese momento bajó los ojos.

-Nos estamos adelantando en la secuencia -dijo Coypu-. Aunque eso es lo que sucedió. Lo rastreamos a usted desde 1975 a 1807... y también rastreamos a El y sus esbirros. Allí se produjo una curva en el tiempo, una cierta anomalía que en el momento oportuno se enquistó. Sabíamos que estaba por desplomarse con usted adentro, pero finalmente pudimos introducir suficiente energía en la hélice como para penetrar esa curva de tiempo enquistado antes de que se derrumbara. Fue ahí cuando viajó Angelina con las coordenadas para su salto siguiente en el tiempo, ese largo brinco de veinte mil años persiguiendo a Él. Usted tenía que perseguirlo porque ahí estaban los senderos del tiempo para indicarle que lo había rastreado correctamente. La historia era muy evidente a ese respecto, y nosotros sabíamos cómo terminaría todo.

-¿Ustedes sabían? -pregunté, sin comprender.

-Por supuesto. Estaba claro el carácter total del ataque, aunque todos ustedes tuvieran que cumplir el papel que se les había asignado.

-¿Por qué no me lo explica de nuevo? Pero más despacio.

-Desde luego. Usted logró destruir el operativo de Él en dos ocasiones en el pasado remoto, cambió el ajuste de su maquinaria y lo lanzó al futuro, a los últimos días de la Tierra. Allí él pasó una enorme cantidad de tiempo -casi doscientos años- trepando para obtener poder, unificando todos los recursos del planeta. Era un genio, aunque loco, y pudo hacerlo. También se acordó de usted, Jim, recordaba lo suficiente como para saber que usted era el enemigo. Por lo tanto, emprendió una guerra de tiempo para destruirlo antes de que usted lo destruyese a él, dándole caza en un planeta que iba a ser aniquilado por una explosión atómica. Desde allí regresó a 1975 a atacar la División. Usted lo persiguió y él huyó a 1807 a prepararle la trampa de la curva en el tiempo. No sé adónde pensaba escapar desde allí, pero da la impresión de que cambió de planes y, en cambio, se lanzó veinte mil años hacia el futuro.

-Sí, yo le alteré la ubicación de los diales de su máquina justo antes de que, partiera.

-Y eso es todo. Podemos descansar ahora que todo terminó, y creo que yo también voy a tomar un trago.

-¡Descansar! -La palabra salió de mi garganta con un sonido desagradable, áspero-. Su explicación parecería indicar que fui yo quien detuvo el ataque a la División al modificar los controles de la hélice de tiempo que lo transportó a Él hasta el mundo desde donde inició su campaña para destruir la División.

-Bueno, ésa es una manera de analizar los hechos.

-¿Acaso hay otra? Yo opino que Él no hace más que dar saltos circulares en el tiempo. Escapa de mí, me persigue, vuelve a escapar. Ah ¿Cuándo nació? ¿De dónde proviene?

-Esos términos carecen de sentido en esta clase de relación temporal. El existe sólo dentro de esta curva de tiempo. Si lo desea y aunque sea algo muy impreciso, sería razonable afirmar que nunca nació. La situación existe aparte del tiempo, tal como nosotros lo conocemos. Por ejemplo, está el hecho de que usted volvió aquí con la información que debía enviarse a usted mismo acerca de las bombas atómicas. ¿De dónde vino, originariamente, esta información? De usted mismo. Y así fue que usted se la envió a sí mismo para enviársela a sí mismo para informarse a sí mismo acerca de las bombas para...

-¡Basta! -gemí, buscando la botella con manos temblorosas-. Anoten misión cumplida y dénme una gruesa recompensa.

Volví a llenar todas las copas, y cuando llegué a la de Angelina advertí que ella ya no estaba. Se había escabullido sin decir palabra mientras yo sufría por haber instigado toda la guerra del tiempo. Empecé a extrañaría y a preguntarme adónde habría ido, pero ella regresó en ese momento.

-Están bien -dijo.

-¿Quiénes? -pregunté. Sin embargo, cuando vi que Angelina entrecerraba los ojos me di cuenta de que había cometido un gran error. Me devané mis pobres sesos maltratados por el tiempo, hasta que súbitamente comprendí-. ¿Quiénes, si no? ¡Ja, ja! Perdóname el chiste. ¿Quiénes están bien?, ¿Quiénes, si no nuestros angelicales mellicitos? Con verdadero instinto maternal corriste a verlos.

-Están aquí conmigo.

-¡Bueno, trae pronto los andadores!

-Los bebés -dijo Angelina cuando entraron, con un tono que me pareció profundamente irónico.

Iban a cumplir seis años de edad, pequeño detalle que había descuidado recordar. Robustos, musculosos, habían heredado la solidez de su padre -Me alegro de poder decirlo-, y una cierta mezcla de los rasgos maternos.

-Estuviste de viaje mucho tiempo, papá -dijo uno de ellos.

-No fue por mi gusto, James. El universo no se salva en un día.

-Yo soy Bolívar; él es James. Bienvenido.

-Muchas gracias. -¿Los besaré o no? Ellos arreglaron la situación extendiéndome la mano, y yo se las estreché con suma seriedad. Fuerte apretón. Me iba a costar un poco acostumbrarme a esta familia. Angelina sonreía orgullosa. Yo me derretí ante esa mirada y comprendí que eso era lo que tenía más valor.

-Angelina, creo que finalmente me has convencido. La alegría de la vida matrimonial merece el precio de renunciar a la feliz y despreocupada profesión de ladrón mercenario...

-Ladrón es la palabra indicada -prorrumpió una voz asquerosamente conocida-. Además de bandido, delincuente, chantajista, sobornador y otras cosas. -Desde la puerta, Inskipp agitaba su colorado rostro y un manojo de papeles en dirección a mí-. Hace cinco años que lo vengo esperando, diGriz, y esta vez no se me escapará. No va a utilizar ninguna guerra del tiempo como excusa. ¡Ladrón, usted roba a sus propios compañeros! ¡Ay!

Dijo ¡Ay! porque Angelina le había reventado una cápsula de gas durmiente debajo de la nariz, y él se desplomó al tiempo que los mellizos, demostrando tener muy buenos reflejos, se adelantaron para facilitarle su caída al suelo. Al pasar, Angelina le quitó el fajo de papeles.

-Al cabo de cinco años, yo te necesito más que este viejo. Quememos este fichero y robemos una nave antes de que vuelva en sí. Va a demorar varios meses en encontrarnos, y para ese entonces habrá ocurrido otra cosa que habrá que solucionar imperiosamente, y nos

mandará de nuevo a trabajar. Entretanto, podemos disfrutar de una hermosa y fraudulenta segunda luna de miel.

-Me parece fantástico... Pero, ¿qué hacemos con los chicos? En un viaje así uno lleva a los hijos.

-No se van a ir sin nosotros -dijo Bolívar. ¿Dónde había visto yo ese ceño amenazador? Supongo que en el espejo-. Donde ustedes vayan, vamos nosotros. Si es por dinero, podemos pagamos el viaje. Miren.

Por cierto que miré cuando me ex tendió un grueso fajo de billetes que alcanzaban para atravesar toda la galaxia. Pero también capté una rápida visión de una dorada billetera que me resultaba familiar.

-¡El dinero de Inskipp! Le robaron a ese pobre hombre cuando debían estar ayudándolo. -Miré velozmente a James-. Y supongo que durante el viaje podrás decirme la hora con ese reloj que de pronto noto en tu muñeca.

-Siguen los pasos del padre -dijo Angelina, orgullosa-. Claro que vienen con nosotros. Y no se preocupen por los gastos, muchachos. Papito puede robar todo el que necesitemos.

Eso ya era demasiado.

-¿Por qué no? -exclamé, riendo-. ¡Brindemos por el delito! -Levanté mi copa.

-Brindemos por el tiempo -dijo Coypu, captando el espíritu de la cosa.

-¡Brindemos por el delito del tiempo! -exclamamos a coro, vaciamos las copas y las estrellamos contra la pared. Coypu sonrió con cara de tío mientras nosotros tomábamos a los muchachos de la mano, saltábamos sobre el cuerpo roncante de Inskipp y salíamos por la puerta.

Afuera hay un universo glorioso, resplandeciente, y vamos a disfrutarlo al máximo.

FIN